ALONSO CAPARRÓS



Un trozo de cielo azul

La verdad sobre cómo lo perdí todo, salvo la esperanza



Índice

Sinopsis

¿Es posible partir de cero cuando crees que lo has perdido todo? En el momento más duro de su vida, cuando no conseguía ni dormir ante el temor de que la muerte lo abordase durante la noche, Alonso Caparrós creyó haber dejado atrás incluso la esperanza. Hundido, sin perspectivas, llegó a ampararse en una certeza: era imposible ir más allá. No había más vacío al que caer.

En esta historia, que es una confesión, pero también un relato de redención, Alonso nos cuenta sin censura los episodios más sombríos de su vida, cómo estuvieron a punto de acabar con él y cómo, contra todo pronóstico, descubrió que en el mundo hay ángeles capaces de ver la luz hasta en los lugares más oscuros.

«Ahora creo que una de las razones por las que aquella etapa supuso el principio de mi salvación fue que, por fin, había dejado de esperar el día en que recuperase todo lo que había tenido.»

Alonso Caparrós se sincera con todos y consigo mismo en estas memorias llenas de remordimientos, de secretos y de esperanza.

Un trozo de cielo azul

La verdad sobre cómo lo perdí todo, salvo la esperanza

Alonso Caparrós

Planeta

A los que he visto y veo sufrir, seguís
salvándome
todos los días.
A mi mujer, que es un ángel en la tierra.
Y, en especial, a mis hijos, Claudia y Andrés:
siempre fuisteis mi trocito de cielo azul.
A todos... os pido perdón.

1

Tocar fondo

Tocar fondo *hace alusión a un estado —negativo, claro— a partir del cual tomas conciencia de que es imposible ir más allá.*

La luz del sol malagueño tiene una luminosidad especial, pero aquel día parecía haberse esmerado. Recuerdo cómo me cegaban sus destellos sobre la vasta extensión de mar que se contemplaba desde aquella ladera. Esperaba a mi madre, a la que no veía desde hacía mucho tiempo.

Aparcó el coche al borde del camino, liberó a sus perros y ascendió lentamente hasta encontrarse conmigo. Siempre se alegraba al verme, pero yo sabía que su sonrisa no había vuelto a ser la misma después de aquella mañana, años atrás, en que se arrodilló delante de mí y me rogó que le contara qué me pasaba. Sentí un dolor familiar, demasiado familiar, cuando al llegar hasta donde yo estaba alzó su mirada para encontrarse con la mía. No ha sido fácil convivir con la certeza de que es culpa mía que su sonrisa siempre haya estado envuelta en un halo de tristeza.

No traté de esconder cómo me encontraba. Además, habría sido inútil: era mi madre. Y por aquel entonces yo era incapaz de ocultar la dimensión de mis infiernos.

Le dije que sabía que iba a morir.

Contempló unos instantes las montañas de su Marruecos natal, que desde allí se atisbaban en el horizonte, y guardó un breve silencio. Se volvió hacia mí y me abrazó con los ojos llenos

de lágrimas.

Llegué al apartamento cargando únicamente una bolsa grande de deporte que era suficiente para contener toda mi ropa. Mi autoestima, mis esperanzas, posibilidades y sueños se habían desvanecido hacía ya tiempo. Tras los últimos años y, más en concreto, tras los últimos seis meses, no me quedaba prácticamente nada, así que mi equipaje era pequeño. Tampoco tenía dinero, aparte de unos cien euros para empezar y la promesa de mi madre de proporcionarme el sustento justo —unos cincuenta euros semanales—, habida cuenta de que corría el peligro de malgastarlo por mi adicción.

Los últimos meses en Barcelona, adonde me había tenido que trasladar con mi pareja, habían sido los peores de toda mi vida, y, hasta mi llegada a Almería, mi ritmo de consumo de alcohol, hachís y cocaína había sido muy elevado. Nada indicaba que fuera a ser capaz de dejarlo. Era un auténtico milagro que siguiera vivo. No sé cómo mi cuerpo y mi mente pudieron soportar el castigo al que los sometí. La decisión de mi madre había sido más que acertada: tenía que salir de allí como fuera.

Tampoco era la primera vez que mi organismo bregaba con estados críticos, pero incluso en las épocas de mayor consumo y degeneración moral, siempre había conservado un atisbo de esperanza. Sin embargo, en aquella ocasión ya no quedaba ni rastro: había llegado a mi límite.

Me resulta complicado describir lo que se siente cuando se pierde toda esperanza, el miedo que emerge de su ausencia, de no encontrar manos tendidas cuando ya se ha esfumado la capacidad de alargar la propia. Sientes cómo la dignidad se escabulle, todo lo invade la vergüenza y la impotencia mientras tratas de acallar las súplicas de tu propia voz interior, cada vez más ahogada.

A esas alturas, no tenía trabajo ni ahorros ni nada que se pudiese convertir en dinero, ya fuesen propiedades, diamantes o coches de alta gama, cosas todas ellas que el azar y mi trabajo en televisión me habían proporcionado. El contacto que mantenía con

mi familia era con cuentagotas y mis hijos estaban creciendo lejos de mí, cada uno con su madre, acostumbrados a una vida en la que su padre era una presencia esporádica y cada vez menos necesaria. Por supuesto, había gente que me quería y necesitaba, pero los actos inherentes a mi adicción los habían privado de la posibilidad de demostrar su amor. Determinadas impotencias pueden llegar a ser una condena en vida, y todo el que ha pretendido quererme lo ha comprobado.

Después de aquel encuentro en la playa, mi madre me había ofrecido su mejor consejo y la única opción viable, dentro de sus posibilidades y dada la urgencia del momento. La suya era una súplica disfrazada de sugerencia a la que me aferré tanto por mi desesperación como por evitarle más estremecimientos a su alma castigada. Me animó a que me fuera al apartamento que ella y mi padre tenían en Almería a pasar una temporada. Mi padre lo había heredado de mi abuela y yo no había vuelto a pisarlo desde mi niñez.

Dispuesto a poner un punto y aparte en la historia, hablé con mi pareja y le dije que necesitaba unos días para descansar y aclarar mi mente. No especifiqué que aquello era una huida en toda regla.

El apartamento de Almería me resultó reconfortante, acogedor y mucho más pequeño de lo que recordaba. Tenía las dimensiones perfectas para hacerme cargo de él sin que las labores domésticas me sobrepasaran. Más que nada, me gustaba su distribución: el salón y el dormitorio principal se encontraban al final de un pasillo en el que estaban dispuestas el resto de las dependencias, lo que me proporcionaba una sensación de protección, de madriguera. Además de la cocina, un baño y una habitación pequeña, mi padre tenía allí montado un estudio de radio.

Dejé la maleta en el dormitorio, orienté el sillón más cómodo hacia la ventana, buscando un trozo de cielo entre los edificios, y me dispuse a pasar la noche fumando un cigarrillo tras otro, sabiendo que no podría conciliar el sueño. No se me ocurrió pensar en qué iba a hacer a continuación, quizá no estaba capacitado en

ese momento. De lo que sí estaba seguro era de que, a pesar de la crudeza de mi situación vital, de mi presente y del futuro incierto que se abría ante mí, todo mi ser agradecía aquella huida.

Ya había experimentado anteriormente el aislamiento y la soledad, durante mis ingresos en la clínica López Ibor o cuando había vivido solo. Me desenvuelvo bien en la soledad. Me gusta. Es una de mis contradicciones, la voluptuosidad que encuentro en ella, el crecimiento interno que siempre he experimentado cuando he estado aislado, mi natural tendencia a buscarla no se corresponden con que siempre haya vivido en pareja, haciendo caso omiso a conductas que cada vez considero más propias de mi naturaleza.

Sin embargo, el carácter desesperado de las circunstancias que, a lo largo de mi vida, me han llevado a hacer retiros ha tendido a convertirlos en una partida desde cero. Y sí, creo que contar con ese punto de partida conlleva ciertos beneficios.

Convivir con una adicción durante tantos años es convivir con la muerte. La presientes en todo momento. Varias veces fue mucho más que un presentimiento. Varias veces hubo más muerte que vida en mi cuerpo, pero esos últimos dos meses había tenido la certeza de que el fin era inminente. Temía dormir porque sabía que era cuando más cerca estaba de ella. Cuando gritando en sueños, estremecido de horror, con los puños aferrados al colchón, conseguía escapar de mis pesadillas antes de que me alcanzara no sé qué, tenía la sensación de haber huido de las puertas del infierno que quizá me esperen un día. Es tanto el dolor que he causado a algunos de los que me han rodeado que sé, y ya sabía entonces, que solo podía rezar por alcanzar en algún momento el perdón: el mío y el de Dios.

A fin de cuentas, pensé, *tocar fondo* hace alusión a un estado —negativo, claro— a partir del cual tomas conciencia de que es imposible ir más allá. Partir de cero, a medida que se va teniendo más edad, es afrontar una situación muy complicada. Pero todos los acontecimientos, todos los fenómenos, encierran una dualidad. La característica de todo es su potencialidad para ser una cosa u otra: dependiendo de nuestra habilidad, podemos dotar nuestras

experiencias, por muy dolorosas que sean, de un signo positivo.

Si bien era cierto que lo había perdido todo, que no tenía trabajo, ni dinero, ni a mis seres queridos cerca, también lo era que gozaba de plena libertad de movimientos a la hora de imaginar y construir mi porvenir.

Perder todo es perder todo, incluida la esperanza de recuperar lo perdido.

Con más claridad que nunca, entendí que a lo largo de nuestras vidas morimos y renacemos miles de veces. Ahora creo que una de las razones por las que aquella etapa supuso el principio de mi salvación fue que, por fin, había dejado de esperar el día en que recuperase todo lo que había tenido. Hasta entonces, en mi vía crucis, siempre había tenido como objetivo restaurar mi posición, mi estatus, mi trabajo y mis vínculos afectivos. Pero era como tratar de rehacer un mundo con las cenizas de su propia destrucción: lo poco que conseguía construir acababa escurriéndose entre mis dedos, una y otra vez. Esta vez partía de la incertidumbre, acompañada de la convicción de que ya nada volvería a ser como antes.

De un momento a otro, con un Marlboro a medias colgando de los labios, me di cuenta de algo muy importante en lo que ni siquiera había reparado. No había rastro de síndrome de abstinencia. No había echado de menos, ni por un solo segundo, un porro, una raya o una copa de vino. Supone un acontecimiento significativo que ya había experimentado en otros retiros y soledades y que es extensible a todas las personas.

La imposibilidad de acceder a cualquiera de mis deseos, debido a mi precariedad en todos los ámbitos —desde el económico al emocional—, se había convertido en la causa inmediata de su desaparición.

Fue entonces cuando sentí que inevitablemente me quedaba solo ante mí mismo, con un tipo con el que había tratado poco desde que, hacía infinitos años, esnifé mi primera raya. Los seres humanos somos muy curiosos, nos aferramos de una manera dañina tanto a las cosas buenas como a las malas, y cuando nos quitan o nos deshacemos de algo, siempre nos encontramos con un

vacío que nos da miedo. Ni quería ni podía huir de mis temores, tenía que pensar en qué hacer para ganarme la vida, pero no sabía bien quién era en ese momento.

De esa forma algo fortuita, aquella noche, por fin, sentado en aquel sillón grande y desvencijado, dejé de sentir el acoso de la parca. Aunque solo me había alejado unos metros de la línea de fuego, me sentí a salvo en aquella trinchera. Y a pesar de que mis recuerdos seguían incendiando el cielo de mi noche, por primera vez en mucho tiempo me sentía capaz de descansar.

Según asomaba la mañana, me recreé en la agradable compañía de la soledad y me levanté dispuesto a organizarme. Alejados momentáneamente los demonios, no tardaron en aparecer mis aliados y sus voces internas. Vino a mi rescate el Alonso niño, cuando seleccioné los libros que me iban a acompañar en mi travesía por el desierto. Vinieron mis ancestros a arroparme cuando encontré una caja repleta de fotos familiares que se remontaban al principio de los tiempos y que contaban parte de la historia de mi familia.

Y allí me encerré con todos y conmigo mismo.

2

Horizontes tan lejanos

Teniendo a la vista horizontes tan lejanos,
resonó en mi interior el significado
de aquellas palabras: clemencia,
misericordia, socorro.

Al cabo de un mes tenía establecida cierta rutina. Me despertaba al alba y me preparaba café suficiente para mi primera sesión de lectura. Después hacía deporte, me duchaba, limpiaba la casa y volvía a leer hasta la hora de comer. Por la tarde me enfrascaba en la tarea de clasificar las fotografías y los documentos de las cajas que había encontrado y, así, iba rellenando los vacíos de la historia de mi familia.

Salía poco y mi perímetro no alcanzaba más de dos o tres manzanas. Lo delimitaban una cafetería, un supermercado y un gimnasio minúsculo que localicé en un callejón, antiguo, con las paredes desconchadas y el material justo. Estaba a unos cien metros de casa y la fauna que lo poblaba, variopinta pero sencilla, era ideal para pasar desapercibido.

Procuraba salir a comprar cada dos o tres días y aun así me daba vergüenza. A pesar de que hacía tiempo que no salía en televisión, seguía siendo bastante popular. Eso significa que cualquier persona podía acercarse a saludarme y, de paso, preguntarme cómo me iba, qué estaba haciendo allí. Solo imaginarlo me daba pavor. A través del prisma de aquel momento, mi mente lo interpretaba no como una pregunta inocente, sino como un reproche, una burla.

Convencido como estaba de que no me quedaba nada que ofrecerle al mundo, recrudecí mi aislamiento. Leía sin parar, pues dejar de hacerlo suponía encontrarme conmigo mismo y no tenía mucho que decirme. Ordenaba legajos de papeles y montones de fotografías, y así habían ido pasando las horas y los días.

Llevaría unos quince días allí, sin beber ni consumir ninguna droga, cuando sentí que mi mente empezaba a aclararse. El futuro estaba fuera de mi alcance, así que debía centrarme en el presente para evitar quedarme en un punto muerto.

Sabía que no podía volver a Barcelona, donde me esperaba mi pareja sentimental, y tampoco podía retrasar por más tiempo el decírselo. Era una mera cuestión de supervivencia, no había una sola célula de mi cuerpo que estuviera dispuesta a volver a aquel sitio donde la muerte me estaba esperando. Estaba convencido de que tenía que terminar con nuestra relación, pero me resultaba muy complicado tomar la decisión.

Una de las razones era que no tenía donde caerme muerto: ni casa ni trabajo ni ahorros. Llevábamos juntos casi cinco años y nuestra economía era familiar. Además, el motivo por el que nos habíamos trasladado desde Málaga a Barcelona era que la madre de mi pareja tenía cáncer en fase terminal y le quedaban escasos meses de vida.

Cuando reuní el valor necesario, hablé con ella por teléfono y le dije que no iba a volver. No se lo tomó demasiado mal, quizá porque aún pensaba que era una situación salvable. Se mostró comprensiva y me propuso venir a pasar un par de días juntos para charlar. No era buena idea, pero no se lo podía negar: habíamos compartido —ella, su hijo y yo— casi cinco tortuosos, difíciles y escasamente felices años.

Llegó dos días después. Hablamos, paseamos, volvimos a hablar y a la mañana siguiente nos despedimos con una cierta dosis de autoengaño a modo de bálsamo. Nos dijimos adiós con una nueva versión imposible de nuestra relación en la que ambos éramos felices a base de libertad, confianza y viajes exóticos. Duró hasta que el taxi que la llevaba al aeropuerto se alejó por el paseo marítimo de Almería. Creo que, en aquel momento, no nos dolió a

ninguno de los dos. Al contrario, supuso una liberación. No podía saber que más adelante volvería a aparecer en mi vida con reproches pendientes.

Terminar con aquella relación supuso un punto de partida. Alejarme de aquel entorno tan peligroso para mí fue un alivio y, aunque el temor al futuro llenó el vacío que quedó tras cortar drásticamente con todo lo que había sido mi vida hasta hacía tres semanas, el recuerdo que conservo de aquellos meses en Almería es luminoso porque en ellos se gestó mi salvación.

Para mantener la mente ocupada tras la partida, volví a sumergirme en una de aquellas cajas que me había propuesto ordenar. Rebosaba fotografías de todos los tiempos. En blanco y negro, en color, descoloridas, instantáneas, negativos, todo mezclado en un desorden que representaba con fidelidad la imagen mental que tenía de mi pasado.

No sospechaba que aquella tarea, aparentemente grata e inocente, me iba a revolver tanto los adentros. Al ir ordenando poco a poco las fotografías y papeles por años, se habían ido llenando muchas de las lagunas que existían en el relato de los años que nuestros padres nos habían hecho a mí y mis hermanos. El paisaje de la vida de nuestros padres, nuestro pasado más inmediato, tal y como nos lo fueron desgranando, estaba más lleno de sombras que de luces, plagado de secretos. Si bien es cierto que lo que contaban aquellos papeles e imágenes del pasado explicaba muchas cosas, también lo era que mi visión se parecía a la de un fiscal: recorría la cronología de nuestras vidas buscando culpables a toda costa.

Esa disposición, la de la urgencia de encontrar pruebas incriminatorias, denotaba un secreto oculto del alma. Debido a varias razones, sentimentales y laborales, que acabaron entremezclándose, la relación con mis padres y mis hermanos se había ido deteriorando y ya casi no manteníamos contacto.

Encontré una carpeta que contenía papeles de una sociedad familiar dedicada a la radio y la televisión. Mi padre, Andrés, llevaba toda su vida en los medios. Yo ya estaba consagrado como presentador nacional, mi hermano Andrés empezaba a hacer sus

pinitos y mi hermana pequeña, Alejandra, estaba decidida a convertirse en actriz. Mis padres habían creado una empresa para llevar adelante una productora de contenidos audiovisuales. No era mala idea. Era de suponer que nuestras privilegiadas posiciones en las distintas emisoras y televisiones serían propicias para sacar adelante innumerables proyectos.

Sin embargo, no había concierto a la hora de planificar nuestros futuros. En aquella oficina en Las Rozas se mezclaron los éxitos y fracasos, las esperanzas y frustraciones, el anhelo y el desorden de todos los miembros de la familia.

Enterrados en aquella caja estaban los papeles, las cartas de reclamación, los avisos y demás documentos de una inspección de hacienda que revelaba la mala gestión en las cuentas: se debía muchísimo dinero. A la hora de afrontar la deuda no hubo entendimiento y yo había sido el más perjudicado. Me arruiné. Tuve que vender todas mis propiedades y, de propina, me llevé una deuda que tuve que arrastrar durante más de quince años y que supuso un grave obstáculo, aunque no el único, a la hora de empezar de nuevo.

Aquello me destrozó. O, mejor dicho, me terminó de destrozar y me abrió la puerta a los años más difíciles de mi vida. La falta de entendimiento para hacer frente a la deuda y la situación habían creado una brecha familiar que no pudo ser subsanada hasta hace poco. Un conflicto con mis padres y hermanos por el que mi familia ha pagado un alto precio.

Cuando menos lo esperaba, recibí una llamada. Sería el segundo de una serie de acontecimientos que, sumados a otros que se fueron produciendo posteriormente en mi vida, cambiaron mi comprensión sobre nuestra existencia y mi visión sobre las casualidades.

Una productora se puso en contacto conmigo para ofrecerme un viaje de una semana a Merzouga, un pequeño pueblo en el sureste de Marruecos, a cambio de usar mi imagen en un reportaje. Acepté, a pesar de que no estaba remunerado, tras asegurarme de

que todos mis gastos estarían cubiertos. Me aseguraron que, una vez grabadas las escenas —que no eran muchas—, podría disponer de mi tiempo sin que nadie me molestara, y un pequeño pueblo aislado al borde del desierto me pareció un buen destino para continuar con mi aislamiento.

Salí hacia Marbella un día antes de la partida para tener tiempo de ver a mis hijos. Con la cabeza apoyada en la ventanilla del autobús y la mirada perdida en el mar, sentí una nostalgia dulce, a pesar de sus crudezas y tormentos, por mi pasado más inmediato, del que me iba alejando. Aunque breve y poco dolorosa, no dejaba de ser una despedida. Me estaba salvando, sin duda, pero huía de todo lo que había sido mi mundo y, aunque escaso, hubo amor, algo de calor y un poco de agradecimiento. Empezaba a descubrir, además, que no habrá nada de mi vida —ni bueno ni malo— que no vaya a lamentar que haya pasado, ni persona que se cruce en ella de la que no quisiera despedirme.

Llegué a mediodía y me reuní con Claudia y Andrés, mis dos hijos. Por aquel entonces temía los encuentros con ellos, sobre todo con Andrés, del que había estado más separado. Muchas veces me pregunto cuál será el recuerdo que atesorarán de mí en aquellos años, qué huella habrá quedado en ellos y para qué les servirá. No sé si la ilusión que pretendía desprender mientras les contaba los planes de mi viaje al desierto consiguió disimular cuán perdido estaba.

Cuando me despedí, ya a solas, lloré, como tantas otras veces, porque no podía soportar el alivio que sentía al separarme de mis hijos. Mi alma respiraba tras haber conseguido permanecer oculta, pero solo era posible a costa de evitar sus dulces miradas, sus preguntas e historias, sus anhelos de padre. Condenado por mi propia vergüenza a ser un mero espectador, bebía de ellos cuando no me veían, cuando corrían lejos por la orilla, y se me fueron escapando para siempre las oportunidades de estrecharlos contra mi pecho y sentir su calor. Jamás pensé que las drogas fueran a quitarme tanto, pero nadie podría haberme hecho comprender lo que significan determinadas pérdidas. Hay cosas inexpresables, quizá porque nunca deberían pasar.

Como proyectiles en el tambor de un revólver, todas las emociones posibles iban abriéndose paso en mi mente y en mi corazón mientras cruzábamos Marruecos. A pesar de que la distancia entre Tánger y Merzouga no era muy grande, el viaje en todoterreno fue larguísimo debido a la desastrosa producción: tardamos veinticuatro horas en llegar. Nuestro conductor, cuyo único aval era su origen magrebí, bien podría haber sido fontanero de profesión: no tenía ni la más remota idea de cómo llegar a nuestro destino. Cada vez que solicitaba alguna indicación en su lengua materna a algún transeúnte, nos decía que íbamos por buen camino. Nos dimos cuenta de su engaño cuando un oriundo acompañó su respuesta señalando, con gestos visibles e inequívocos de sorna, hacia una dirección más allá de las lejanas montañas. Cuando por fin llegamos al hotel, estaba tan cansado que opté por subir directamente a la habitación y me tendí en la cama, donde no tardé en quedarme dormido.

A la mañana siguiente, descansado y con las fuerzas repuestas tras un buen desayuno, empecé a tomar conciencia del entorno en el que nos encontrábamos. El hotel estaba alejado del pueblo, en un enclave solitario, justo al borde de las dunas del desierto. Era un espectáculo que nunca había contemplado antes y me impresionó profundamente. Ansiaba estar a solas.

En cuanto terminamos las grabaciones matutinas, volví a mi habitación, abrí la ventana de par en par y tomé un Corán que había adquirido en Almería junto con otros libros para la ocasión. Desde luego, existía una relación con el país que iba a visitar, pero no sé bien por qué lo compré: no había sentido ni un ápice de curiosidad por él antes de cogerlo. Estaba ahí, resaltando entre otros muchos libros, como esas cosas que parecen puestas a propósito en nuestro camino para que cumplan una misión concreta.

Confieso que no pasé de la décima página: con la excepción de las escrituras budistas, los libros sagrados me producen una pereza inmensa. Creo que fue de Tolstoi de quien leí una

recomendación al respecto. El ruso hacía alusión a lo entremezcladas que se encuentran la verdad y la mentira en sus páginas, y al titánico esfuerzo que requiere discernir entre una y otra. Comulgo con esa visión y hasta hoy sigo sin poder evitar cerrar cualquier libro religioso en cuanto veo asomar las huellas de los castigos divinos. Puede que sea porque aún piense que los merezco.

Contra todo pronóstico, tuve la suerte de toparme con ciertas verdades en las primeras páginas de aquel Corán sin tener que esforzarme demasiado. O puede que fuesen mentiras que necesitaba oír. Fuera lo que fuera, parecieron surtir efecto.

Loa a Dios, dueño del universo,
el Clemente, el Misericordioso,
soberano en el día de la retribución.
A ti es a quien adoramos, de ti es de quien imploramos socorro.
Dirígenos por el camino recto,
por el sendero de aquellos a quienes has colmado con tus beneficios,
no por el de aquellos que han incurrido en tus iras, ni por el de los que se extravían.

Descarté todo excepto: el Clemente, el Misericordioso, el que otorga socorro, el que dirige por el camino recto, por el sendero de los que no se extravían.

Tras seis días de grabaciones en los aledaños, excursiones, paseos por el desierto, lecturas y tranquilidad, ascendí con un guía a la cima de una duna inmensa para despedirme de aquella aventura. Teniendo a la vista horizontes tan lejanos, resonó en mi interior el significado de aquellas palabras: *clemencia, misericordia, socorro.* Empezaron a desfilar por mi mente, sin permiso, las imágenes que esta, consciente e inconscientemente, quiso registrar. Tras habernos perdido, habíamos transitado por inhóspitos caminos que recorrían lugares de mucha pobreza, habíamos descubierto pequeños pueblos en cimas de inmensas montañas, grabado a grupos de nómadas que habían hecho suyos todos

aquellos kilómetros de sequedades y visto rostros que, a pesar de las inclemencias del entorno, se mantenían serenos, surcados de huellas profundas.

Casi todo estaba envuelto por un sonido ambiental en el que destacaban los ruidos que produce el mundo sin las modernidades del hombre: solo cielo, tierra, viento y voces tranquilas. Sentí envidia sana y un brote inesperado de comprensión. Me vi yendo hacía años desde Madrid a Marbella, donde vivía, jugándome la vida y la de los demás a 250 kilómetros por hora. Solía hacer ese trayecto todos los viernes cuando salía de trabajar a las seis de la tarde, con las ambiciones, vanidades, egoísmos, deseos y prisas turbulentamente arremolinados. Me comparé con el hombre que había visto andando tranquilo entre los campos la tarde anterior, al ritmo que marcaba su burro cargado; con los que esa mañana nos habían brindado la mayor de las hospitalidades entre sus cuatro paredes y con los que construían al lado del hotel un muro con ladrillos de adobe hecho con sus propias manos. Supe que todas mis prisas —y lo que perseguía con ellas— habían sido en vano. Lo había tenido todo, menos lo que destilaban aquellas personas que parecían no tener casi nada.

Ante tal certeza me sentí vacío como nunca me había sentido antes y aterrorizado ante mi craso error. Acepté brevemente mi verdadera condición de ser humano: vulnerable, dependiente y ciego, y al caer vencido, sin fuerzas, cuando por breves instantes me despojé de todo deseo y anhelo, me invadió una paz desconocida para mí hasta entonces.

Volví a Almería con fuerzas renovadas y dispuesto a trazar un plan de cara a septiembre. Estábamos a principios de agosto y empezaba a urgirme encontrar una forma de ganarme la vida. Tenía la ambición mermada, amén de que no estaba seguro de poder asumir proyectos de larga duración. Por un lado, desconfiaba de mí. Aunque llevaba un mes sin consumir nada y el síndrome de abstinencia seguía sin manifestarse, mi adicción aún impregnaba todas las facetas de mi vida, era el trasfondo sobre el

que se desarrollaban todos los actos de mi existencia. Y, por otro lado, no tenía claro dónde iba a vivir.

Encendí entonces el estudio de grabación que mi padre tenía montado en el piso para intentar retomar el negocio con el que me había estado ganando la vida en Málaga. Una pequeña productora de programas de radio destinados a las emisoras locales de la provincia, en este caso, de Almería. Convencí a unos amigos que había conocido en el gimnasio, Jesús, Romero y Javier, para que me ayudaran a desengrasarme haciendo de colaboradores en ensayos de lo que pretendía ser un magacín con distintos espacios. Pasé buenos ratos. No recordaba cuánto tiempo hacía que no disfrutaba de la compañía de amigos sin la presencia de drogas, así que me sentí cómodo, agradecido y en paz.

Pero esas primeras sensaciones de curación son un peligro en potencia para un drogodependiente, algo que hay que tener muy en cuenta durante los procesos de recuperación, porque dan lugar con facilidad al exceso de confianza.

Una de esas noches quedamos los cuatro para cenar algo. La velada transcurrió con normalidad, sin amenazas hasta la sobremesa, cuando el vino ya nos había debilitado las voluntades. Después de seis semanas sin consumir nada ni desearlo, después de incesantes horas de soledad, lecturas, paseos por el desierto y sensaciones místicas, una mera palabra desató esa ansia desbocada que parecía dormida, esa que no hay obstáculo que no sea capaz de salvar.

Jesús era hombre de calle, exconvicto, aunque nunca llegué a saber por qué. Era, sin duda, un tipo de una nobleza que se me antojaba incompatible con la delincuencia, pero su historia siempre fue y será un misterio para mí. También intentó resistirse y también sucumbió: conocía dónde y a quién, y fuimos juntos en pos de nuestras perdiciones.

Me desperté abatido y no me sirvió de consuelo saber que la cantidad había sido poca: si hubiese tenido dinero, habría sido muchísima más. Los siguientes tres días los pasé intentando sepultar esa noche, todos sus recuerdos, lo que dije, lo que hice, lo que sentí.

Es un trabajo agotador que hay que acometer después de cada consumo y siempre quedan restos al descubierto, acechando, prestos a emerger cuando las circunstancias sean propicias para menoscabar el alma, como una suerte de sombrío cementerio en el interior de uno mismo en el que las luces parpadean hasta extinguirse.

3
Demasiadas derrotas

Demasiadas derrotas como para no reconocer
los peligros que, una vez más,
se cernían sobre mí.

Tenía dieciocho años cuando mi conducta empezó a cambiar. No ocurrió de la noche a la mañana, pero nadie lo esperaba ni supo verlo venir.

Conocí nuevas y poco recomendables amistades. Empecé a pasar cada vez más noches fuera y me distancié de mi hermano pequeño, Andrés, del que nunca antes me había separado. Poco a poco, me cuentan, fui perdiendo el brillo de la mirada.

Nadie sabía exactamente qué me ocurría, pero, con el tiempo, en casa empezaron a sospechar que el problema guardaba alguna relación con las drogas. Una mañana de aquellas, volvía a casa devastado tras una noche infernal y me encontré a mi madre de frente, esperando, nada más abrir la puerta de casa.

Nos miramos en silencio unos instantes, se arrodilló delante de mí y me suplicó que le dijera qué me pasaba. Yo me agaché para recogerla del suelo y, no sé muy bien cómo, acabamos los dos allí sentados, a solas.

Y se lo conté todo.

Aquel día comenzamos a recorrer juntos un camino plagado de noches en vela, de miedo, de sufrimiento, de psiquiatras, de rescates en prostíbulos, de ingresos hospitalarios, de soledades, de remordimientos, de renuncias y, por encima de todo, de derrotas.

Demasiadas derrotas como para no reconocer los peligros que, una vez más, se cernían sobre mí.

Incapaz de enterrar del todo esa noche de abandono con Jesús y los demás, había decidido marcharme a pasar unos días con toda mi familia. Estaban juntos en Garrucha, el pequeño pueblo almeriense en el que nació mi padre y donde habíamos veraneado buena parte de nuestras vidas. Confieso que no acudí allí movido por un deseo o una necesidad imperiosa de estar con ellos —la verdad, nunca he terminado de sentirme a gusto dentro de mi propia familia—, sino por la necesidad de ejecutar una nueva huida.

Estaba huyendo, sí, como tantas otras veces, de mí mismo. No podía quedarme a presenciar cómo se marchitaba otra esperanza. Siempre me ocurría lo mismo. Cada vez que trataba de empezar una nueva vida, todo a mi alrededor florecía. Me llenaba de fuerza... hasta que volvía a consumir. Entonces todo cobraba aspecto de fin de otoño, quedaban aquí y allá brotes que no llegaban ni a ser suspiros. Intentos vanos.

Ahora sé que mi incapacidad de adaptación en la familia nunca fue una cuestión de falta de amor, pero durante mucho tiempo viví torturado creyendo que aquella incomodidad era culpa de alguien y que era necesario descubrir de quién. Con los años me di cuenta de que se trataba de algo mucho más sencillo: cosas con las que no pude comulgar cuando era niño, por instinto, y que ahora, por entendimiento, se me hacían imposibles. Secretos que se intuían, formas de pensar y ambiciones que nos movían a unos contra otros.

No niego que buena parte de la responsabilidad es mía. Lo reconozco, y puede que tenga que ver con la falta de tolerancia, con la arrogancia, con la facilidad con la que enjuiciamos a quienes más queremos y conocemos. Sea como sea, siempre he sido más beneficioso para mis seres queridos desde la distancia, donde tengo tiempo para entibiar mis reacciones.

Día a día, me fui recomponiendo gracias a las comidas caseras, los buenos ratos con mis hermanos y las largas siestas en la playa. Mi madre y yo nos escapábamos cada tarde para tomar

café y charlar. A pesar de todas nuestras diferencias, siempre hemos mantenido esa tendencia a concedernos momentos a solas.

Una de esas tardes, puse encima de la mesa un sobre con algunas fotografías que había seleccionado de entre todas las que guardaban aquellas cajas de recuerdos familiares en cuyo estudio había estado sumergido las semanas previas. En todas las instantáneas seleccionadas aparecía ella. Abarcaban el tiempo comprendido desde que iniciara su noviazgo con mi padre hasta casi la actualidad. En ninguna de ellas, ya fueran de boda, con sus hijos, en nuestros viajes o en los distintos sitios en los que habíamos vivido, aparecía riéndose. Como mucho, en alguna esbozaba una leve sonrisa que la mayoría de las veces era solo una mueca.

—¿Por qué nunca sonríes, mamá? —le pregunté.

Enmudeció. Pareció estar calibrando algo y se abatió quizá ante la dificultad de desenmarañar todo un universo de acontecimientos, algunos ya demasiado remotos.

—Si te sirve de algo —me dijo—, te prometo que intentaré averiguar el porqué. Pero... ¿a qué viene tanta curiosidad, Alonso?

Me tocó a mí quedarme mudo.

—A nada —dije por fin—, es solo eso, curiosidad.

Pero tampoco aquello era verdad. Alegué curiosidad cuando se trataba de pura necesidad.

Desentrañar los misterios que guardaban las cajas del apartamento de Almería, con todos los documentos de mi familia, era para mí una cuestión fundamental. Confiaba en poder reunir todos los datos para entender lo que nos había pasado. Amor, mucho amor, sí, pero también secretos, murmuraciones, ruptura de vínculos, enfermedades, ruina, infelicidad, tristeza, sudor, lágrimas. Demasiadas lágrimas. Era cuestión de vida o muerte, pues se trataba de aliviar uno de los sentimientos más dolorosos y letales que un drogodependiente puede llegar a sentir: la culpa.

Pasaba el verano y empecé a darle vueltas, aunque sin demasiadas ganas, al programa de radio que intentaría vender en

alguna cadena local en septiembre. Evitaba a mi familia, especialmente a mi padre, pues nuestros encuentros solían saldarse con un buen saco de frustración: cada uno esperaba escuchar algo del otro y ninguno decía lo que el otro necesitaba oír.

Mi estado ausente y mi falta de ímpetu no pasaron inadvertidos a mi madre. Habíamos luchado ya mil batallas juntos y conocía la facilidad con que las cosas podían ir a peor. Preocupada, decidió ponerse en contacto con Yolanda, una vieja amiga mía.

Yolanda y yo nos habíamos conocido veinte años atrás trabajando en la televisión y desde entonces no había dejado nunca de formar parte de mi historia. Hubo un tiempo en el que incluso estuvimos enamorados, justo cuando mi adicción se desbocaba, y sufrió mucho intentando salvarme. Aunque nuestras vidas se separaron después de aquello, conservamos una buena amistad, y algunos años más tarde se convertiría en mi representante.

No podría contar las veces que Yolanda me ha cuidado, regañado, consolado, protegido y alentado a lo largo de mi vida. Aquel verano, cuando mi madre la llamó, fue una de esas veces. Entre las dos, planificaron a mis espaldas un viaje que me permitiría alejarme de todo durante un tiempo. A través de una fundación con la que Yolanda solía colaborar, viajaríamos a Elsie Gaches Village, un lugar en Manila destinado a la acogida de niños abandonados con necesidades especiales debidas a enfermedades como parálisis cerebral, epilepsia, autismo, esquizofrenia y un largo etcétera. Allí, grabaría un reportaje utilizando mi imagen para una buena causa.

Cuando Yolanda me llamó para contármelo, acepté de inmediato. Me sentí muy ilusionado ante la genial idea que habían concebido. Durante una semana conviviríamos en Filipinas con las monjas de Elsie Gaches y los niños acogidos por la fundación; los conoceríamos, ensayaríamos y, ya en los últimos días, grabaríamos con ellos una versión de un concurso musical de televisión muy popular que yo había presentado años atrás: *Furor*.

Mis hermanos se alegraron por mí. Sabían que era un nuevo intento de rescate, una buena oportunidad para encontrarme

conmigo mismo y dar un golpe de timón a mi vida. Salimos a cenar para despedirnos y celebrar mi viaje. Tenía pensado volver a Almería cuando regresara y no sabía cuándo volveríamos a vernos.

Hasta que nos mudamos a Madrid, donde las circunstancias empezaron a separarnos, mis hermanos y yo habíamos estado muy unidos. Por eso, las escasas veces que, como aquella noche, conseguíamos juntarnos los cuatro, me embargaba una añorada sensación de hogar.

Cenamos agradablemente y, tras los cafés, cada uno fue adquiriendo su rol habitual de sobremesa para estas ocasiones: Rosa y yo, los mayores, el de espectadores, y Andrés y Alejandra, el de cómicos expertos en bromear con nuestros recuerdos. Durante un rato pudimos volver a ser los hermanos de antaño, olvidamos el muro invisible que nos separaba, el que apenas podía contener el sinfín de reproches pendientes entre unos y otros por todo lo pasado.

Emocionados, nos prometimos vernos más a menudo, cosa que, como siempre pasa, hoy por hoy aún no se ha cumplido.

Aquella misma noche conocí a Angélica.

Entraba alegre con una amiga en la terraza del restaurante cuando nosotros ya nos marchábamos. Retrasé cuanto pude a mis hermanos y estuve observándola ir de un lado para otro mientras yo hacía acopio del valor necesario para acercarme y presentarme. Su rostro reflejaba felicidad. Brindaba, repiqueteaba con los dedos en la barra, su amiga hablaba y hablaba, y yo buscaba y buscaba su mirada sin conseguir encontrarla.

Cuando ya no pude retrasar más la partida, me aseguré de pasar por su lado al dirigirnos hacia la salida. A medida que me acercaba, me parecía más y más guapa. Hice de la prisa mi aliada, para que me infundiera valor, y poniéndola como excusa para, en caso de que mi solicitud fuera rechazada, no quedarme delante de ella con cara de idiota. Al pasar por su lado, por fin, me presenté con premura alegando que tenía que marcharme. Tuve mucha suerte: a pesar de la torpeza de mi abordaje, me dio su teléfono.

Quedamos dos días más tarde. Me vino bien ese tiempo de espera para editar mentalmente mi situación, amoldarla, de manera que, al contársela a Angélica, no saliera corriendo.

Cenamos a la luz de la luna y le conté que atravesaba una difícil situación económica agravada por mi reciente separación, una verdad a medias que obviaba numerosos detalles. Ella se mostró franca, aunque cautelosa, y me sorprendió con su historia. Sospeché entonces y por primera vez que determinadas fuerzas ocultas, y ya no el azar, me estaban indicando aquel *camino recto* que aparecía en las primeras páginas del Corán.

Me contó que era logopeda y que trabajaba en un gabinete psicológico con niños por los cuales sentía adoración. Su padre había fallecido de un ataque al corazón hacía siete años, vivía con un hermano pequeño, Javier, y con su madre, Celestina, que padecía alzhéimer desde que ella tenía tan solo diecisiete años. Entendí que su vida había estado marcada por la renuncia, que había tenido que asumir determinadas responsabilidades a costa de sacrificar su propia libertad y, sin embargo, no había el más mínimo rastro de queja en su relato. Más bien al contrario, se leía cierto orgullo y, a pesar de las adversidades, alegría por tener aún viva a una madre que ya hacía mucho tiempo que no la reconocía.

Pudimos vernos dos o tres veces más antes de que me marchara a Filipinas, y nos despedimos con la promesa de seguir conociéndonos. Lo que hasta ese momento solo había pretendido ser un breve romance de verano, con los días, empezó a tomar una fuerza nueva. Tal vez todo comenzó a cambiar cuando se avivó en mí la admiración y todo lo que trajo con ella: el deseo de aprender de ella.

De merecerla.

4
Santos o no

Quizá sea osada la división de los actos del hombre en buenos y malos, sobre todo si es bajo la vara de medir de quienes, santos o no, no dejan de ser también de carne y hueso.

Había sido un día agotador de taxis, carreras, maletas, aduanas, transbordos y largas esperas hasta que embarcamos en el último avión que nos llevaría a Manila. Mis acompañantes, Yolanda y Luis, el organizador del viaje, ya estaban dormidos. Arrullado por los leves susurros de la cabina, pude por fin disfrutar de un momento de tranquilidad. A través de la ventana solo se veía oscuridad, así que deduje que debíamos estar cruzando algún mar remoto y experimenté cierta sensación de aventura.

Me sentía contento e ilusionado. Me dirigía a un país para mí desconocido donde iba a descubrir una realidad nueva que, en cierto modo, me asustaba un poco. Tanto Yolanda como Luis me habían advertido de que debía estar preparado para ciertos casos entre los niños que podían afectarme por su crudeza, y, aun así, no pude evitar dedicarme a alimentar mi ilusión imaginando lo que vería, cómo me comportaría, las grabaciones que haríamos... Leí un par de capítulos del libro que llevaba conmigo y, al cabo, apagué la lamparita e intenté dormir.

Sin embargo, no lo logré hasta pasado un buen rato, hasta que no me sobrepuse a la sorpresa de no encontrar un momento entre mis recuerdos —sin tener que remontarme a lo que me parecían milenios atrás— en el que me hubiese embargado un sentimiento

comparable a la felicidad que me invadía en el silencio de aquel avión. Creí atisbar por un segundo la enorme dimensión del tiempo que mi vida había estado rodeada de sombras. Pero solo fue eso, un atisbo cegado rápidamente por el instinto de supervivencia de una mente que aún no estaba preparada. Una breve impresión de que, después de todo, la esperanza no se había perdido..., solo había permanecido bien escondida.

Ya en Manila, a Luis y a mí nos acogió en su casa una de las benefactoras de la misión, una mujer muy religiosa y adinerada que nos trató con infinita sencillez y hospitalidad. Yolanda, por su parte, se instaló en la misión, donde nos reuniríamos con ella por la mañana.

Llegamos a Elsie Gaches muy temprano y nos presentaron a las monjas que se encargaban de la gestión del centro. Desayunamos todos juntos y, acto seguido, iniciamos la primera visita al recinto. Había niños, muchos niños, que además de ser huérfanos padecían diversas discapacidades intelectuales, lo que limitaba aún más sus posibilidades de futuro. A fin de cuentas, son muy pocas las personas capaces de asumir adopciones que, por las características de los niños, exigen enormes esfuerzos, tanto económicos como emocionales.

Los pabellones en los que vivían los chicos gozaban de una excelente higiene, a pesar de las dificultades y los escasos medios disponibles, lo que demostraba el esfuerzo de todos los trabajadores y voluntarios. El primero que visitamos constaba de tres grandes salas: una en la que, aprovechando cada metro de espacio, se había ubicado a la mayoría de los niños, otra para las duchas y una tercera para ejercicios de rehabilitación física y mental. Había algunos niños en movimiento, otros atados en sus sillas y otros, incapaces de cualquier movimiento sin la ayuda de otra persona, postrados en sus camas.

Vi entonces a un niño cuyo aspecto físico me impresionó. Parecía aglutinar él solo todos los males que allí se daban, así que me quedé un buen rato delante de su cama, acompañándolo, intentando comprender. Debía tener unos once años, pero su cráneo crecía desmesuradamente en detrimento de su cuerpo, que

parecía como mucho el de un niño de ocho. Yacía en posición fetal mientras sus ojos lagrimeaban constantemente y parpadeaban como única reacción a las caricias. No podía moverse ni hablar. Su enfermedad hacía que, poco a poco, sus sentidos fueran desvaneciéndose, y, dada la falta de recursos, no era posible salvarlo: lo poco que había debía emplearse en otros niños con más posibilidades de sobrevivir. Él solo podía esperar.

A su alrededor, todo era barullo. Los cuidadores iban de aquí para allí apagando gritos, calmando iras y temores, ajustando ataduras, dando de comer, limpiando, curando, acariciando... Todo ello sin muestra aparente del esfuerzo que a mí me suponía evitar deshacerme en gritos dirigidos contra Dios por la crueldad con que se ensañaba con algunos. Entonces recordé que no sirve de nada preguntar ni exigir nada a los cielos...

Yo lo descubrí una mañana lejana en la que, desesperado e impotente por haber sucumbido una vez más a mi adicción, le pedí —le grité— a Dios que me contestara una sencilla pregunta:

—¡¿Por qué a mí?!

Joder, ¿por qué a mí? ¿Qué había hecho *yo* para merecer esa brutal enfermedad que estaba destrozando mi vida? Lo repetí una y otra vez y rellené el silencio de su respuesta con el estruendo de los muebles de la habitación de mis padres, que en mi ira me dediqué a lanzar por los aires.

No sirvió de nada. ¿O sí?

No sé... Si Dios estuvo allí, me pregunto si lo que sucedió después fue cosa suya.

Cuando ya no me quedaban fuerzas, rendido, llorando lágrimas sin dueño y sin esperar ya nada, vi a mi hermana Rosa entrar en la habitación. Se acercó a mí con cautela, me acarició el pelo y, por fin, me abrazó para que llorásemos juntos. Como tantas otras veces, me cuidó, me acostó y veló por mí para que pudiera descansar. Solo su amor me dio paz en aquel momento.

¿Fue el Dios al que yo demandaba atención unos momentos antes el que puso a mi hermana allí? ¿La envió para ayudarme a

mí o fue más bien al revés? ¿Aparece Dios cuando nos rendimos y entregamos al sufrimiento? ¿Existe acaso? ¿Tiene sentido el sufrimiento? ¿Para quién? ¿Para nosotros? ¿O para otros?

Continuamos con la visita hasta la hora de comer, en que nos sentamos con las hermanas y compartimos, además de la suculenta comida, algo de nuestras vidas en una sobremesa tranquila. Al rato, me excusé y salí a fumarme un cigarrillo a la puerta principal.

Ensimismado como estaba en mis pensamientos, no me di cuenta de que Savita, una de las monjas veteranas, me observaba desde una distancia prudente. Solo se acercó a mí cuando le hice una señal para invitarla. Nos sentamos en un banco desde el que veíamos a unos cuantos niños jugando al fútbol, y allí empezó a contarme con naturalidad sus historias. Las de todos ellos y la de Gabriel, que así se llamaba el pequeño junto al que me había sentado esa mañana, conmovido por su situación. Me habló de cómo habían llegado hasta allí, qué ilusiones tenían y cuáles eran sus posibilidades reales. De cómo su futuro estaba condicionado por la cruel triple alianza de orfandad, pobreza y enfermedad.

A medida que avanzaba su relato, comprendí que aparte del mío había otros sufrimientos en los que las posibilidades de sobrevivir, de salir adelante, quedaban reducidas al azar y a la buena voluntad de seres humanos dispuestos a entregar su vida por los demás. Me invadieron la vergüenza y el temor. La una, por no haber sabido valorar todo lo que tenía —salud, tiempo, hijos, una familia que me quería—; el otro, por lo que pudiera pensar Dios, en el caso de que existiera, de mi egocentrismo.

Savita me miró en silencio como si detectara que algo estaba sucediendo en mi interior, más allá de las impresiones habituales. Al darme cuenta de su repentina atención, me recompuse como pude y continué haciéndole preguntas, ahora ya con la intención evidente de desviar su mirada inquisitiva de mí.

Concluida la pausa, completamos el recorrido visitando otros edificios: el comedor, el colegio, la enfermería..., y nos reunimos para comentar los detalles de las grabaciones que llevaríamos a

cabo al día siguiente. Finalmente, cenamos otra vez todos juntos y nos dimos las buenas noches, agotados por todas las emociones vividas.

Desde que me acompañara esa primera vez, después de comer, en el banco de la puerta principal, Savita y yo conversamos muchas otras veces a solas.

Los días siguientes fueron de mucho trajín: había que grabar mucho y disponíamos de poco tiempo. Desde primera hora de la mañana empezábamos con las tomas en el centro, que se prolongaban durante todo el día. Con todo, agradecí que los tiempos de espera mientras se preparaban las cámaras y la iluminación nos permitieran ir intimando con algunos de los niños que revoloteaban curiosos a nuestro alrededor. Según iban venciendo la inicial timidez, de la curiosidad pasaron al contacto físico, a la ilusión, al cariño, y fueron contagiándonos a todos con su bondad, su ternura y su afecto.

A medida que ampliaba mi conocimiento sobre ellos y su día a día en el centro, mi curiosidad aumentaba. Los detalles de sus historias personales me dejaban boquiabierto: algunos habían pasado los primeros años de su vida, hasta que fueron acogidos por las hermanas, encadenados, como única solución a sus problemas de dependencia. Provenían de familias pobres. Extremadamente pobres. De las que andan descalzas, buscan su sustento escarbando en la basura y no tienen tiempo de preguntarse por su destino.

Pero Savita no solo me contó sus historias, me las *enseñó*. Me brindó la oportunidad de ver con mis propios ojos inmensas áreas, cuyos límites se perdían en el horizonte, donde la vida se desarrollaba en unas condiciones infrahumanas, impensables para cualquiera que haya nacido en un ambiente mínimamente digno. Me hablaba también de cómo se organizaban, de la logística del centro, las dificultades, los obstáculos, los problemas de financiación, y de cómo en muchas ocasiones la providencia había aparecido cuando peor estaban las cosas.

Yo la escuchaba con atención. No había en su discurso

ninguna palabra vana, ninguna inducía a la distracción, cada uno de sus pensamientos tenía un propósito. Hablaba con calma, paciencia y claridad. Para un sinfín de niños, las hermanas de aquella congregación representaban su última esperanza: eran ellas o la muerte.

Por las noches, conmovido por las experiencias del día, hablaba con Angélica. Creo que fue en esos días cuando conocí lo mejor de ella: mientras me templaba las emociones con toda la sabiduría aprendida en su larga carrera como logopeda tratando niños con distintas incapacidades. Me di cuenta en aquellas conversaciones de madrugada de que Angélica era, ante todo, una persona buena. Inmensamente buena.

Y me di cuenta de que no me quedaba nadie más.

No me quedaban amigos, y el concepto que mi familia tenía de mí me entristecía demasiado. No compartía casi nada con ellos, consciente como era de la mezcla de amor y desconfianza bajo la que me observaban. Era doloroso, pero sabía que el hecho de darme por perdido no era algo que pudiera reprochar a nadie.

Angélica apenas me conocía desde hacía unas semanas, pero de pronto era la única persona en el mundo que depositaba algo de fe en mí, la única que me concedía el beneficio de la duda ante un futuro posible. Puso en mis manos su ilusión y, lo que era más sorprendente, parecía conformarse con lo poco que yo podía ofrecerle. Era una apuesta arriesgada que partía de cero y arrastraba, como si de una penitencia inmerecida se tratase, mi adicción latente.

Como cada día desde que la conociera, temí no estar a la altura, decepcionarla, volver a avergonzarme a mí mismo. Pero cada noche su dulzura se convirtió en la brújula con la que pude empezar a navegar entre mis miedos. A medio mundo de distancia, la eché de menos por primera vez y, desde aquellos días, es siempre la isla en la que me refugio cuando mis temores me rodean.

Uno de aquellos días, Savita me invitó a rezar con ella. En el

edificio principal, donde ellas residían, todas las habitaciones se distribuían en torno a una pequeña capilla central donde se llevaban a cabo las oraciones diarias y las misas.

Hacía años que yo no entraba a una iglesia con la intención de orar o escuchar misa. Por aquel entonces me parecía que, desde que me había convertido en adicto, no había recibido de la dimensión celestial más atención que la de un vago desdén. A fin de cuentas, el destino me había elevado a lo más alto de la popularidad y la fama con facilidad, y allí había desatado para mí la frivolidad, el vicio y el abandono moral. Mi desgaste había salpicado a todos mis seres queridos, parejas, hijos y amigos, que, impotentes, vieron cómo los alejaba de mí. Por último, me había quitado mi trabajo, mi sustento, mi esperanza, y me había entregado a noches eternas de soledad, sin nadie que me escuchara, que me abrazara, que me pudiera perdonar. Así pues, aunque a pesar de esas consideraciones no estaba enfadado con Dios, sí estaba convencido de que de nada servía rezar o intentar comprender sus designios. Tal como yo lo veía, un mal día me había señalado con su dedo sin motivo aparente, y todo lo demás era mi historia.

Animado por Savita, después de todo, entré en la capilla y, acompañado por las hermanas, recé por primera vez en lo que me parecían millones de años. Cuando terminamos, me volví hacia mi acompañante:

—Savita… —arranqué dubitativo, viendo marchar al resto de las hermanas—, ¿crees que podría quedarme un rato aquí… a solas?

Ella sonrió complacida.

—Para estar aquí no tienes que pedir permiso —respondió—. Estas puertas están siempre abiertas. —Y poniendo una mano sobre mi brazo, con mirada amable, añadió—: No tengas prisa por salir.

Se fue, cerrando las puertas tras de sí. Yo me senté con cierta timidez y con el crujir de la madera y el sonido de mi respiración por toda compañía. Fui bajando la mirada desde la imagen de santa Ana que presidía el lugar hasta que la barbilla se me clavó en el pecho y, una vez ahí, empecé a llorar desconsoladamente.

Algo en mi interior se había vencido. Se desplomó sobre mí el peso de la culpa acumulada, y, al mismo tiempo, encontré en la liberación de aquel lugar cierto consuelo. La verdad, no era capaz de identificar la sensación que me invadía, así que me limité a vaciarme de oscuridad y me reconocí ínfimo ante el misterio de la vida.

Desde que, una tarde lejana —yo tendría unos tres o cuatro años—, mi tía Elena me hablara inocentemente de la muerte, no pude deshacerme de la necesidad de entenderla.

Nada más esbozar ella el concepto, miré a mi tía con sorpresa y preocupación y le formulé dos preguntas:

—¿Qué pasa luego?

—Pues vas al paraíso, que es un lugar muy bonito en el cielo al que van todas las personas buenas.

—Pero… ¿por qué?

—Ay, Alonsito, ¡pero tú por esas cosas no te preocupes todavía!

Aquella fue mi primera noche de insomnio y durante semanas estuve obsesionado. La irrupción de la muerte en mi vida supuso uno de los primeros y más importantes traumas, sobre todo por la falta de respuestas.

No tardé en comprender que no era una cuestión de tiempo, que podíamos sucumbir en cualquier momento, que dependíamos del azar y, sobre todo, que éramos vulnerables.

Pocos meses después, una mañana tan bonita como otra cualquiera, mientras bajaba con mi madre a comprar el pan, recibí una prueba irrefutable de tales verdades: el cuerpo sin vida de una mujer joven que se acababa de arrojar desde un quinto piso. Sin soltar la mano de mi madre, recuerdo que la miré fijamente. Recuerdo su jersey amarillo y que no había signos en ella del violento golpe. Sencillamente yacía allí, sin vida. Ya no contaban las miradas de los curiosos ni el sol radiante ni lo que pudiera dar de sí aquel día… ni nada.

Aunque todas esas primeras impresiones fueron quedando

enterradas en la memoria, mi comportamiento y mi forma de ser estuvieron siempre condicionados por un profundo temor a la muerte que me volvió asustadizo y tímido en casi todos los aspectos de mi vida. Hasta mis catorce años, además, no conocí otra explicación que la cristiana, la impuesta sin preguntar, como respuesta al gran enigma. Con el tiempo, conforme dejaba de ser niño, las cosas empezaron a desdibujarse y nada de aquello pudo mantenerse firme en mi interior.

Pero, por alguna razón, volví a la capilla una y otra vez. Cada vez que podía, me escabullía para estar solo. A veces, incluso, rezaba un rosario que Savita me había regalado junto a un librito que contenía las instrucciones de uso. El resultado era siempre el mismo: lloraba hasta que me quedaba en paz y vacío.

Tenía claro que mis emociones estaban a flor de piel, pero en esas catarsis había algo más..., algo que parecía guardar relación con los momentos de contemplación, algo insólito en mi vida. Hablé de ello con Savita y, tras pensarlo un momento, me sugirió que me confesara.

Dejé pasar unos días hasta atreverme a concertar una cita con el sacerdote. Cuando por fin lo hice, preferí no pensar en ello mucho, quizá temiendo echarme atrás en el último momento. La noche previa me acosté temprano y dormí plácidamente, pero el amanecer se me hizo eterno. Fiel a mi principio de dejar las cosas para el último momento, no le había dedicado un instante a pensar en mi inminente confesión hasta que abrí los ojos. ¿Qué pecados me atormentaban? ¿En qué orden de importancia debía contárselos al sacerdote? Intenté aclararme mientras despachaba un café y un cigarro en el porche del jardín, pero fue en vano: aquel día todo, los recuerdos que iban recorriéndome, las sensaciones que de ellos se desprendían, la necesidad de decir, el miedo ante el asombro de quien me escuchara, tenía para mí unas dimensiones colosales. Fuera por pereza o por imposibilidad, desistí de intentarlo. Además, llovía de una manera hermosa. Las gotas caían calmas, cálidas, sanadoras e invitaban al silencio, a dejarlo estar. A tener

fe.

Caí en la cuenta, sin sorpresa, de que habían pasado casi treinta años desde mi última confesión. Desde que lo hiciera con trece años, no se me había vuelto a ocurrir contarle a nadie, así en frío, ni mis pecados ni por qué los cometía. Tampoco me bastaron las respuestas que dieron mis padres, mis familiares o su Dios cristiano a las preguntas que por entonces me angustiaban.

Por fin, Luis me sacó de mi ensimismamiento. Desayunamos juntos y salimos hacia la misión para reunirnos con Savita y Yolanda, que también quería confesarse. Desde allí, fuimos andando hasta una iglesia cercana donde nos esperaba el sacerdote. Savita nos condujo hasta uno de los bancos que se extendían a lo largo de un pasillo que parecía no tener fin y desapareció tras una puerta. Tras unos minutos volvió para llevarse a Yolanda, y yo me quedé allí, a solas, esperando mi turno.

Para ser sincero, no tenía mucha confianza en todo aquello. De entre todas las cosas que esperaba encontrar en aquel viaje, el Dios cristiano no era una de ellas. Relacionarme con él no parecía útil en lo que se refería a lidiar con la realidad que me devoraba desde hacía años. Precisamente por eso, sentado en aquella iglesia, me preguntaba cómo demonios había acabado allí, a miles de kilómetros de cualquier cosa familiar, esperando confesión tras ser convencido por una mujer menuda a la que apenas acababa de conocer.

De todos los psicólogos y psiquiatras que me habían atendido a lo largo de mi vida no había obtenido más que indiferencia, bostezos y facturas; de los sacerdotes que me habían escuchado, los juicios más duros y las condenas más explícitas. Y había roto mi coraza de escepticismo aquella mujer de hábito blanco, casi luminoso, a la que no conseguía encajar dentro de ese mundo de pasillos lúgubres y susurros de iglesia que ahora me rodeaba y que parecía decretar con facilidad salvación o condena.

Quizá sea osada la división de los actos del hombre en buenos y malos, sobre todo si es bajo la vara de medir de quienes, santos o no, no dejan de ser también de carne y hueso. ¿Cómo puede nadie saber si en vez de oración, condena o ansiolítico, lo que un ser

humano atribulado necesita son más noches de búsqueda entre versos, amaneceres en solitario, abrazos mudos o incluso seguir perdiéndose?

Cuando por fin llegó mi turno, la habitación en la que entré me oprimió desde el principio. No tenía ventanas al exterior y la luz, como en el pasillo, se me antojaba siniestra. Del hombre que me recibió intuí de inmediato que no iba a obtener, sin saber exactamente lo que era, lo que necesitaba.

Siempre he dudado de los sacerdotes con barriga, y este lucía una de circunferencia casi perfecta, además de una amplia sonrisa, muy parecida a la que me aconsejaba que usara mi director comercial de Antena 3 Radio cuando empecé a trabajar en los medios audiovisuales con tan solo diecinueve años.

Fue él quien inició la conversación. Era italiano de nacimiento, así que rompió el hielo aludiendo a nuestro parentesco mediterráneo. A continuación, soliloquió un buen rato: lo que se dijera a partir de ese momento quedaba dentro del marco de lo estrictamente religioso, para marcar, supongo, una separación entre lo que suponía una conversación natural y lo que debía ser entablar comunicación directa con Dios.

—Ave María purísima...

—Sin pecado concebida. —Al menos aquello sí lo recordaba.

Se hizo el silencio. No sabía por dónde empezar.

Contra todos mis prejuicios, el sacerdote hizo gala de oficio y me dejó estar, tranquilo, sabedor de que el diálogo no tardaría en empezar por dentro. Como él no demostró prisa, no la tuve yo tampoco. Cerré los ojos y esperé paciente, sin forzar la sucesión de mis siguientes pensamientos.

Aparecieron, claro, las primeras mañanas en las que volvía a casa drogado.

Dormía con mi hermano, como hicimos toda la vida hasta que me marché de casa de mis padres con veinticuatro años. Habíamos crecido sin separarnos, compartiéndolo todo: habitación, juegos, amigos, alegrías, penas, vida..., había muy pocas cosas que no

hiciésemos juntos. Cuando volvíamos a casa después de una borrachera, recordábamos entre risas lo mejor de la noche mientras dábamos cuenta del tomate frito de la abuela Memé. Luego, saciados y alegres, nos íbamos juntos a nuestro cuarto y caíamos rendidos hasta la mañana siguiente. Con el clarear del día, nuestro padre nos despertaba dando palmas, malhumorado, al grito de «¡vamos!», para que no se nos escaparan aquellos días en los que aún éramos una familia feliz.

Pero en las primeras mañanas de mi adicción, yo volvía solo y sin apetito. Entraba en la habitación en silencio, para no despertar a mi hermano, y me tumbaba en la cama para fingir que dormía. Se hacía muy complicado conciliar el sueño después de haber consumido cocaína, y esa vigilia era de una clarividencia desesperante. Me daba cuenta, mirando a mi hermano, que dormía tranquilo en la cama contigua, de que me alejaba lentamente, sin remisión, como si fuera en un barco que ha soltado amarras, pero no tiene vela. Dejaba a mis seres queridos en el puerto y me perdía en un mar de niebla que me separaba de todos mis vínculos sagrados, y me atormentaba la certeza de que, en ese momento, ni podía ni quería evitarlo.

A partir de ese recuerdo me sobrevinieron, uno a uno, todos los agravios cometidos contra el regalo que sabía que era la vida. Alejarme de mi hermano, que me regalaba su preocupación. Maldecir a los gorriones que tanto cantaban en el olivo que plantó mi padre y que entonces, en mis delirios, me molestaban. Desaprovechar la oportunidad de asistir a los últimos días de mi abuela Memé y su hermana, la tía María, que vivieron con nosotros toda la vida, colmándonos a todos de sus cuidados y amor. No saborear todo lo que aquel jardín repleto de hierbabuena, rosas, olivos e higueras, aquella casa con abuelas, padre, madre, hermanos, perros, lucha y, sobre todo, un amor inmenso me ofrecía.

Esas y millones de cosas más de esa misma índole, acumuladas a lo largo de tanto tiempo, fueron las que aquel día me brotaron. Hubiera o no hubiera justificación, nunca podría hacer todo lo que no hice en su debido momento, y mi alma se conmovió

profundamente por todo el tiempo perdido. No sabía bien ante quien, pero me arrepentía de corazón y pedía perdón por haber desperdiciado lo que se me había dado, sobre todo el amor de mi familia, que tanto sufrió por mí.

Salí con la sensación de haberme dejado un mundo en el tintero. Tampoco podía pedir mucho más, pues mi mente aún estaba demasiado confusa y alterada por el consumo. Aunque me sentí aliviado en algunos aspectos, fue poco el consuelo, porque de la misma manera que podía verter mi más sincero arrepentimiento, era incapaz de prometerme a mí mismo —y menos a Dios— que no volvería a desperdiciar mis dones por culpa de las drogas.

Volvimos los tres a la misión bastante satisfechos: Yolanda y yo por el desahogo espiritual, Savita por haber cumplido con una de sus sagradas obligaciones al proporcionarle paz al prójimo. Comimos juntos, como todos los días, y cumplimos con las grabaciones que Luis había planificado.

Al atardecer organizamos un partido de fútbol con algunos de los niños acogidos en el centro. Fue uno de los partidos más bonitos, intensos y divertidos que he podido jugar en mi vida. Mientras organizábamos los equipos y repartíamos petos, todo transcurrió con normalidad, pero tras el pitido inicial se desató un caos maravilloso. El campo estaba encharcado en algunas zonas, lleno de barro. Quise jugar con orden y con la intención de no mancharme demasiado, pero no tardé en darme cuenta de que hubiera sido desperdiciar el momento. Era todo un correr, un chocar unos con otros en pos del balón, fuéramos del equipo que fuéramos, un chutar en cuanto se pudiese, pisar cuantos más charcos mejor, resbalar en el barro... Los goles eran lo de menos. Por supuesto, me cansé antes que ellos, salí del campo y me senté en lo que ya consideraba mi banco para seguir viéndolos jugar.

Permanecí allí sentado hasta que terminaron y fueron dejando el campo vacío. Empezó a llover otra vez, con calma al principio, antes de que se cerrara por completo el cielo. Los últimos rayos de sol del día se colaban oblicuos entre los huecos de los nubarrones,

rebotaban en el mundo y quedaban atrapados en la cúpula encapotada iluminando, con una claridad blanquecina, la oscuridad que se iba cerniendo. No había nadie ya en el exterior, todo el mundo había ido a guarecerse. Pero yo, antes de volver a mi habitación para preparar la maleta, caminé bajo la cálida lluvia dejando que me empapara y pude imaginar que lo que debía ser Dios se hacía, durante un breve instante, tangible.

5

Un principio

Ella vio mi historia no como un final,
sino como un principio, y, casi a ciegas,
al contrario que todo el mundo,
me creyó capaz.

Volví de Filipinas con cierta satisfacción interior, con una duda sobrevolando mi cabeza y muchas ganas de ver a Angélica. Sentía que las experiencias vividas me habían servido de mucho y empecé a considerar la idea de rehacer mi vida en Madrid, en vez de en Almería. Entretanto, decidí quedarme unos días en casa de mis padres para contemplar más detenidamente mis opciones, sondear alguna posibilidad laboral y explorar un poco más ese romance que apenas empezaba. Solo nos habíamos visto tres o cuatro veces antes de marcharme de viaje, después de todo, lo justo para dejarme con la miel en los labios.

Pero estar en casa de mis padres no resultaba fácil, por muy temporal que fuera. Me veía a mí mismo como un otoño indeseado que ensombrecía cada habitación en la que entraba, y, como si una racha de viento me anunciase, a mi paso todo se iba deshojando, sobre todo el espíritu de mis padres. La mía no era la visita de un hijo del que enorgullecerse, sino la de un recuerdo viviente de la tragedia que desde hacía tiempo nos acompañaba. Todos teníamos algún reproche, alguna queja o algún llanto ocultos. Se concentraban en un puño apretado en la boca del estómago y nos mantenía presos de esa manera de entender el amor heredada de nuestros ancestros: que no se aireen las penas, que cada uno se

arregle con las suyas.

El choque entre galaxias que se produjo cuando mis padres entrelazaron sus vidas trajo lo que cualquier acontecimiento cósmico en su origen: un caos de luminosidad preñado de posibilidades que el tiempo moldea para tender a la armonía, pero sin ninguna garantía de éxito. No coincidieron dos almas gemelas. Ninguno supuso un bálsamo para el otro a la hora de afrontar los sinsabores de la vida. Si conocieron el amor verdadero, no fue, desde mi punto de vista, hasta que el paso del tiempo, generoso en su caso, los alumbró con su sabiduría. Con todo, creo que sí saborearon en sus inicios un sentimiento puro, uno que supo sobreponerse a las complicadas circunstancias con las que tuvieron que lidiar para construir su vida juntos.

Esos pensamientos cruzaban mi mente mientras miraba una fotografía que había sacado de la caja de recuerdos para llevármela en mi viaje a Filipinas, y que se había deslizado de entre las hojas de mi agenda. En ella aparecían los dos de pie, poco tiempo después de casarse, en el piso recién estrenado de Aluche, en Madrid. El contraste entre sus sonrisas resultaba inquietante. La de ella, resignada y esquiva; la de él, como la de James Dean en *Rebelde sin causa.* Y en ambas, mucha soledad. Los dos habían dejado atrás sus pasados sin resolver para sumergirse en esa modernidad llena de incertidumbre que empezaba a abrirse paso en los últimos años de la dictadura de Franco. Eran, sin duda, tiempos difíciles. Yo seguía tratando de encontrar cualquier fragmento del pasado que me sirviera para entenderme, para entender por qué nuestra forma de amarnos, lejos de unirnos, nos separaba cada vez más.

Aquella fotografía representaba el origen de un proyecto de vida en común lleno de promesas, pero en sus expresiones yo apreciaba un aire de partida perdida, como si presintieran que sus secretos acabarían revelándose cuando fuera ya demasiado tarde. O quizá solo yo los imaginaba así, porque así sucedió. Mi familia no pudo escapar a la ley universal de causa y efecto: el terreno sobre el que mis padres sembraron fue el de los miedos de posguerra de mi padre y la infancia robada de mi madre (mi

abuelo, Pepé el portugués, tenía su propio historial de delitos). Y los frutos… Bueno, como suele decirse: «de aquellos barros, estos lodos».

Me sacó de pensamientos tan sombríos el ruido que hizo mi madre al bajar a la cocina. La oí trastear para encender el fuego del hornillo y sonreí al pensar que seguía haciéndome las tostadas como cuando era pequeño: acercándolas, pinchadas en un tenedor, a la llama. Me gustaba aquel sabor, y me gustaba más aún verla raspar las partes carbonizadas mientras yo esperaba impaciente. Pronto, aquel aroma a pan tostado y café recién hecho inundó la casa, así que me dispuse a bajar para desayunar con ella.

Nunca me preguntaba cómo estaba. No hacía falta. Lo sabía incluso mejor que yo. De esa forma, evitaba ponerme ante la tesitura de tener que contestarle con una mentira o alguna frase hecha. Yo tampoco le preguntaba a ella, pero en mi caso pecaba de arrogancia: pensaba que el sufrimiento de mi madre no tenía secretos para mí, que sus razones ya se habían perdido en el tiempo y que desperdiciaba su presente entregándose a preocupaciones vanas. Por ejemplo —pensaba yo—, se empeñaba en responder a todos los caprichos de mis hermanas, que siempre se habían refugiado bajo su cobijo, y, en mi opinión, les hacía un flaco favor al consentirlas.

Ahora sé que solo me comparaba con ellas porque necesitaba algún cabeza de turco, alguien con cuyos actos poder equiparar los míos, para así sentir, tal vez, que yo no era el único culpable de las penas de mis padres. Compararse con los demás parece casi un instinto del ser humano, lo había visto incluso entre los grupos de individuos con los que compartía mis pecados. Aun siendo todos ladrones, mentirosos y vividores entregados a la sordidez, emitíamos juicios de unos a otros con el fin, si no de justificar, al menos de atenuar nuestras propias miserias. Todos creemos tener buenas razones que legitiman nuestros actos, por endiablados que sean. Así le damos sentido a nuestra vida.

—Bueno, ¿qué planes tienes? —preguntó mi madre tan a bocajarro que casi se me atragantó la tostada.

—Pues… —balbuceé para ganar unos segundos—, estoy

pensando en quedarme en Madrid, en realidad…

Noté el escepticismo en su mirada.

—¿Y eso? ¿Cómo te las vas a arreglar?

—Estoy en ello —dije aparentando más seguridad de la que sentía—. He quedado con un antiguo colega que igual tiene algo para mí.

En realidad, había conseguido concertar una reunión con un amigo que, apiadándose de mí, me ofrecía un clavo al que agarrarme, pero entrenados como estábamos en nuestra filosofía familiar del secretismo, yo no dije nada más y mi madre tampoco preguntó. Almería o Madrid, tanto daba: ambas suponían empezar de cero, así que nos ahorramos la charla sobre las consecuencias que podía tener alargar más de la cuenta mi estancia en su casa.

Después de mucho sopesarlo, marqué por fin el número de Angélica. Podría habérmelo evitado, pero aferrarme a algo nuevo, esperanzador, era una cuestión de supervivencia, la única salida. En esa ingente tarea de reciclaje desde la devastación que acababa de empezar, Angélica era lo más cercano a una aparición divina que yo podía imaginar, ajena a toda la incertidumbre que me rodeaba.

No obstante, inmediatamente después de colgar, y aunque ella había accedido a que nos viéramos esa noche, la realidad de mi situación se impuso: lo único bueno que podía decir de mí mismo era que llevaba casi cuarenta días sin consumir, desde la última recaída en Almería. Me parecía un argumento un poco débil para conseguir el amor o la mera compañía de cualquiera.

Pero si describir mi situación me resultaba complicado, la idea de explicar las circunstancias que me habían conducido hasta ella me producía auténticos escalofríos. El resto del día lo empleé en imaginar todas las posibilidades, cada una peor que la anterior. Me preparé para el momento en que se echara atrás en la silla, esquivándome; para ver la perplejidad en su cara cuando me sincerase; para la distancia y una pronta despedida con, tal vez, un «ya nos veremos, ya te llamaré…».

Cuando por fin la vi, sentí primero felicidad. La vi aún más bonita de lo que la recordaba. Lo cierto es que no sabía qué hacer. El cuerpo me pedía que desplegase todas las armas posibles para seducirla, pero en aquel momento de mi vida estaba desarmado. Me aferré a las experiencias de Elsie Gaches para romper el hielo. Hablamos sobre ello mientras buscábamos un bar escondido en algún pueblo de la sierra madrileña.

Sentí algo de alivio cuando comprobé que el sitio elegido solo tenía una mesa en la terraza. No quería tener a nadie alrededor, prevalecía en mí la vergüenza. No dejaba de preguntarme qué hacía Angélica allí conmigo, qué había podido suscitar su interés por mí. A la hora de enamorarnos, contamos quiénes somos, qué tenemos y cuáles son nuestros sueños. Yo no tenía nada que decir al respecto, pues no era nadie, no tenía nada y mi único sueño era ella. El miedo se me quedaba atascado en algún lugar entre el corazón y la garganta. No tanto por su posible rechazo como porque sería la confirmación de que el amor también estaba fuera de mi alcance.

—¿Qué te pasa? —preguntó inesperadamente, fijando su mirada en la mía y sonriendo. No había dejado de sonreír desde que nos encontramos.

Hubiese podido huir fácilmente alegando cualquier cosa, cansancio, nervios, preocupaciones fingidas, pero mi devoción recién nacida me prohibió la mentira.

—Angélica, yo… —Creo que habría podido buscar cualquier salida, alegar cansancio o nervios, pero mi reciente devoción por ella me impedía mentirle—. Yo no tengo nada que ofrecerte.

Y le conté quién era yo.

Se echó atrás en su silla, sí, pero no para esquivarme ni por perplejidad, solo para escuchar mejor. Fui breve, no di cuenta de las razones ni presenté a otro culpable que no fuera yo mismo. Al terminar, volvió a sonreír. Miró a su alrededor y seguí su mirada. Recorrió furtivamente el cielo estrellado, los árboles que se mecían cerca, las siluetas de las montañas recortadas en el horizonte por la luz de la luna, e inspiró el aire fresco de la noche. Extendió la mano sobre el mantel sorteando los cubiertos hasta dar con la mía.

—Yo tampoco tengo nada que ofrecerte. Ya veremos. —Y me besó.

Más tarde lloraría a solas por aquel beso que sabía a esperanza. Descubrí entonces y para siempre que bastaban sus ojos, por los que se desbordaba su espíritu, para desbrozarme el camino. Contra todos mis temores, Angélica, que podría haberme cautivado simplemente por su belleza evidente, su pelo negro, sus ojos almendrados o su vertiginoso cuerpo, me sedujo en realidad con su aura de bondad: ni en el mejor de mis sueños podía haber esperado encontrarla.

Aquella noche y las que le siguieron hablamos sin cesar, con las palabras y con las miradas. Cada una de nuestras confesiones servía al otro para confirmar que no había en el mundo otro lugar en el que quisiera o necesitara estar. Ella vio mi historia no como un final, sino como un principio, y, casi a ciegas, al contrario que todo el mundo, me creyó capaz.

Yo vi la suya como un libro sagrado escrito solo para mí.

Las seguridades que me animaron finalmente a aventurarme en mi vuelta a Madrid fueron muy escasas: la promesa de un trabajo breve, un bizcocho de limón y el recuerdo de Gabriel, aquel niño de Elsie Gaches.

Mi viejo amigo Edmundo había renacido y prosperado desde que le viera por última vez, haría unos veinte años. Lo último que le vi hacer entonces fue vender cocaína. Empezó con los colegas de la urbanización y acabó codeándose con narcotraficantes de los que no se andan con bromas. Incluso entre tipos de esa calaña, Edmundo conseguía hacerse querer.

Ahora era un hombre casado, con dos hijos, odiaba todo lo relacionado con las drogas e intentaba redimirse de su pasado ayudando a salir del hoyo a antiguos clientes. Clientes como yo. Nos reunimos, hablamos de los viejos y malos tiempos, de cómo habían cambiado las cosas y, por fin, de dónde nos encontrábamos. Uno de sus últimos negocios era una pequeña productora de audiovisuales, así que me contrató para un par de meses por un

sueldo de setecientos euros.

Andaba calibrando la oferta una tarde cualquiera cuando sonó el timbre. Acudí a abrir la puerta y al otro lado me encontré a una Angélica sonriente.

—¡Sorpresa! —dijo alzando un plato con entusiasmo.

Sostenía un bizcocho con una pinta deliciosa sobre el que, para más mérito, había unas letras escritas con chocolate fundido: «Alonso».

—Es de limón —precisó—, ¡y lo he hecho yo!

A fuerza de recibir su cariño, mis temores se iban amansando. Cada uno de sus actos desprendía una calidez desconocida para mí. Imposible no sucumbir ante una mujer que con tanta delicadeza amasaba y horneaba nuestros encuentros. Es cierto: enamorarme de ella fue la rendición más dulce de toda mi vida.

A esas alturas, si aún me quedaban dudas sobre si iniciar de nuevo mi camino, pensar en Gabriel me hizo decidirme. Aquel niño me había regalado, desde su silencio y su quietud forzados, un valioso pensamiento: con qué horror habría contemplado él todos los instantes que desperdicié, todos los pasos que no di, todas las vidas que se me escaparon. Resonaba en mí su voz, nunca escuchada, que me decía: «Levántate y anda. Haz lo que yo nunca podré hacer».

Así pues, de todo ello extraje el ánimo que me faltaba para empezar a reconstruirme a mí mismo. Aunque entonces no me daba cuenta del todo, la diferencia respecto a las muchas otras veces en que había intentado desintoxicarme era que, por primera vez, mi motivación se nutría de un aprendizaje: el contacto con el sufrimiento ajeno, la fe, la compasión por los demás y no por mí mismo…

Angélica fue la primera persona a la que le confirmé mis planes: me instalaba en Madrid para empezar una nueva vida. Como no podía ser de otra forma en ella, se alegró por mí.

Tras ella, hablé con mi madre, que acogió la noticia con alegría mal disimulada. Hacía ya tiempo que su esperanza por mí se había esfumado y no existía razón alguna para pensar que esta vez superaría mi adicción, así que perderme de vista, por duro que

fuera, suponía un alivio.

Mi padre fue el tercero en saberlo, pero en él sí pude observar algo, algo quizá demasiado sutil, pero que marcaba una diferencia. En su mirada presentí el enfado latente, el reproche y la incomprensión de siempre, pero esta vez, además, mientras me sujetaba la cara entre sus manos trémulas para que no pudiera evitar su mirada, atisbé una necesidad. Y de la misma manera que los ademanes, el olor, la risa franca y las palabras que captaba cuando era niño en las escasas veces en que le veía, aquella necesidad habría de quedarse dentro de mí, resonando, sirviendo unas veces de consejo, otras de consuelo y otras de tortura. Para mí, mi padre siempre estuvo hecho de viento y de caracolas, su rastro era como una senda imposible de seguir bajo las olas. Mi padre era una ausencia llena de voces de una sabiduría elemental, que te indicaban el camino, pero que nunca te acompañaban.

6
Soñarlo todo

Tiene mucho de maldita nuestra naturaleza, dotada de conciencia y de una imaginación que nos permite soñarlo todo.

No contaba con mucho: una relación sentimental en ciernes, un trabajo de dos meses con una remuneración de apenas setecientos euros y una más que insistente adicción que hacía que todo estuviera en la cuerda floja, como de costumbre.

Pero con el presente lleno de novedades que parecían mantener alejado mi deseo de consumir, alquilé por fin un piso minúsculo de veinticinco metros cuadrados repartidos en dos plantas. En aquel rincón de Canillas, sin coche y sin demasiadas posibilidades, trabajaba todo el día. Y me encantaba. Me encantaba la sensación de barrio, que me recordaba a mi infancia en Barcelona, a Juan, el portero del bloque, y a nuestro perro, Ligero. Me hacía pensar en aquel primer hogar al que tantas veces, en un anhelo imposible, había deseado volver cuando el latido de mi corazón, desbocado por las drogas, alcanzaba la desesperación. Era pobre —sin duda lo era, mi sueldo cubría el alquiler y la comida, nada más—, pero, alumbrado por Angélica, aquel trecho del camino se convirtió en uno de los momentos más felices de mi vida.

No olvidaba que mi mundo se había evaporado una y otra vez en el pasado. Ya habían sido tres las veces que me había separado dejando atrás hijos, amigos, trabajos y ciudades. Y, aun así, sentía que de nuevo recuperaba la esperanza por tener una vida. A fin de cuentas, estaba enamorado, y mientras se iban gestando los azares

que estaban a punto de cambiar nuestros rumbos, pude sentirme pleno con lo que la vida me ofrecía.

Tiene mucho de maldita nuestra naturaleza, dotada de conciencia y de una imaginación que nos permite soñarlo todo. Solo podemos aspirar a llegar a ser una ínfima fracción de lo que imaginamos. Hoy por hoy, con mis cincuenta años cumplidos, quiero ser todo lo que soñaba de niño, médico o astronauta; todo lo que soy ahora, hijo, padre, esposo y periodista; todo lo que quiero ser en el futuro: un caminante.

Angélica vino a pasar conmigo la primera noche en el piso. Luego la segunda, la tercera y la cuarta. Hasta que se hizo evidente que no dejaría de venir ninguna, excepto aquellas en que los cuidados a su madre enferma se lo impidieran. Le entregué una llave, la recibió con naturalidad, y acto seguido quedó claro sin necesidad de decirlo que vivíamos juntos, con todo lo que ello conlleva.

Parecíamos una pareja de jóvenes recién salidos de sus hogares familiares. Desayunábamos juntos todas las mañanas, nos despedíamos como si nos fuéramos a la guerra, cada uno se iba a su trabajo, y volvíamos a encontrarnos al anochecer con la sensación de que no nos habíamos visto en tres meses. Angélica iba y venía todos los días a Guadalajara para trabajar y para atender a su madre, Celestina, que seguía viviendo con su hermano, Javier. No hubo un solo día en que dejara de hacerlo.

Como el piso estaba en una planta baja, sus tacones bajando por la calle me anunciaban que llegaba, y su ritmo, apresurado, me hacía sonreír pensando que se debía a su ilusión por volver a verme. Como cualquier otra pareja de enamorados, empezamos a cambiar por influencia del otro y, día a día, nos fuimos convirtiendo en una pareja.

Empecé también, poco a poco, a redescubrir entre los escombros mis cualidades olvidadas: aunque desorganizado, era constante y emprendedor. Y tampoco era un ingenuo: sabía que todo lo que me había sucedido, éxitos y fracasos, me había sobrevenido sin esfuerzo, sin buscarlo, y que aún tenía por asignaturas pendientes otras virtudes como la disciplina, la

paciencia o el amor por lo que uno mismo ha conseguido.

Para ganar algo más de dinero, adapté el formato de *Furor* para llevarlo a cabo ante público en directo, y empecé a representarlo para empresas y salas. Fue un arranque lento, casi a tientas, que no me dejaba apenas ingresos al principio, pero constante gracias a la reputación que había adquirido el nombre en sus años de emisión en televisión.

Bajo esos signos, las semanas se sucedieron felices. Ambos trabajábamos, y aunque la suma de nuestros sueldos no nos dejaba alejarnos demasiado de lo esencial, no necesitábamos mucho más que estar el uno al lado del otro.

A finales de noviembre de 2013, dos días después de que finalizara mi contrato como asesor en la productora de Edmundo, recibí una llamada de mi hermano Andrés. Le habían ofrecido presentar un magacín de tarde, pero como tenía otros proyectos que atender, me había propuesto como sustituto.

Entre intrigado y esperanzado, acudí con él a las oficinas de Córdoba TV, una televisión local propiedad de un jeque que ofrecía una programación local centrada en difundir el islam. A pesar de que nuestra relación era muy difícil, me alegré de ver a mi hermano.

Las drogas me llevaron tan lejos de todo y de todos, y tan de repente, que mis asuntos con los míos quedaron suspendidos en el tiempo. A fin de cuentas, desaparecí. Por la adicción, pero también por egoísmo, ignorancia, vergüenza y un sinfín de cosas más. Me fui de sus vidas dejando atrás tan solo un rastro de sufrimiento, sin darles la oportunidad de quejarse, exigirme o, como mínimo, desahogarse, algo a lo que sin duda tenían derecho.

Nos abrazamos con cariño sincero al vernos, hablamos de superficialidades y subimos rápidamente al despacho del director.

—Andrés —le detuve antes de entrar—, oye, ¿tú por qué has rechazado el puesto?

—Hombre… —dudó un segundo—. La verdad, espero poder encontrar algo mejor.

Ni siquiera en mi infinito agradecimiento podía pasar por alto unas palabras como esas, y él lo notó en mi cara.

—No lo digo como algo malo, Alonso... —dijo encogiéndose de hombros—. Es la verdad. Acabo de terminar en Intereconomía, aún estoy de actualidad, y estoy seguro de que alguna puerta más se abrirá.

—Ya, ya...

—Hermano, que yo tengo que sacar adelante una familia —me recordó—, que tengo una mujer y dos hijos, y aquí no ofrecen mucho para las horas que hay que echarle. Tendría que coger otro trabajo y, en realidad, ni siquiera me daría tiempo...

Aunque pensé que cometía un error, no le dije nada. Mi propia necesidad me volvía egoísta, y si yo plantaba la duda, podía animarse a aceptar el puesto.

—Bueno —dije al final—, claro, te entiendo.

El Alonso que soy hoy sabe que no le he dedicado a mi hermano pequeño el tiempo que merecía. Durante mucho tiempo le miré, como al resto del mundo, por encima del hombro, pagado de mí mismo y de mi éxito arrollador. Mi única excusa para todo ello es que siempre vi en él, al contrario que en mí, la capacidad de tomar buenas decisiones, por muy sacrificadas que fuesen, para conseguir sus anhelos. Creí, equivocadamente, que Andrés era el que menos necesitaba de todos, porque en el fondo admiraba sus progresos, su determinación y su entrega.

Después de un par de tanteos, me ofrecieron el puesto y yo acepté. Tal como me había contado Andrés, era un magacín con entrevistas y concursos, de lunes a viernes, por mil euros al mes con sus correspondientes descuentos por impuestos. A pesar de la casi ofensiva contraprestación económica, lo tomé como una estupenda noticia que Angélica y yo celebramos en nuestro pequeño piso de Canillas iluminado con velas.

Me garantizaban trabajo durante seis meses, lo que equilibraba algo nuestra economía, y me daba la oportunidad de volver a ponerme delante de una cámara, de desengrasarme. Ahora recuerdo aquellos meses con nostalgia: un oasis en el tiempo. Seguía sin consumir y estaba experimentando la satisfacción,

desconocida para mí hasta ese momento, de labrarme poco a poco un futuro, de ganarme las cosas con mi esfuerzo. Estaba entusiasmado con mi trabajo y progresé rápido, fui recuperando reflejos y mis días pasaban entre aquel pequeño plató y mi nuevo hogar.

De madrugada, seguía revisando la caja de recuerdos familiares que ya era mi compañera inseparable desde que la descubriera en Almería. Al abrir una carpeta me encontré conmigo mismo, veinte años atrás, en una de mis primeras apariciones en televisión. El recorte me presentaba como «Alonso Caparrós, hijo del conocido periodista y presentador Andrés Caparrós». Reincidí en aquello de reprocharle al pasado que las cosas no hubieran sucedido como a mí me habría gustado. Lo admito: aunque lamentar lo que no fue sirve de poco, no puedo evitar deslizarme de vez en cuando hacia ese terreno, rayano en la autocompasión, para escenificar lo ideal en el teatro de mi imaginación.

Tal vez —y solo tal vez— si no hubiese elegido la televisión, si hubiese tenido que empezar de cero en cualquier otro oficio, habríamos tenido la oportunidad mis padres y yo de acompañarnos, yo como aprendiz, ellos como consejeros, en algún trecho del camino. Por estas o aquellas razones, esas circunstancias no se dieron. Mi adicción y mi éxito nos separaron y dejé de escuchar su historia.

En aquel momento, ante un futuro incierto, con Angélica durmiendo en la cama de nuestro diminuto piso de Madrid y con un antiguo recorte en la mano, eché en falta muchos de los detalles del día a día de mis padres, cuando empezaban su vida en común en el piso de Aluche. Cosas que quizá me sirvieran para seguir completando la cartografía de nuestros pasados. ¿Veía mi padre despuntar el alba preguntándose si estaría a la altura de sus metas? ¿Qué les daba fuerzas a los dos para seguir adelante? ¿Cuáles eran sus sueños y a cuántos de ellos tuvieron que renunciar a causa de mis adicciones? Añorando una vida y unos momentos que nunca fueron, cerré los ojos y esperé que amaneciera un nuevo día.

Ya estaba bien entrada la primavera de 2014 cuando, una mañana, salimos hacia Guadalajara para ir a ver a Celes. Aunque la ayudaba una mujer que tenían contratada, el alzhéimer avanzaba y sus problemas de dependencia iban a más. Angélica y sus hermanos tenían que hablar, tomar decisiones, y allá que fuimos.

Yo solo la había visto en un par de ocasiones y en visitas casi furtivas. Todo lo demás, lo poco que aún sabía, provenía de los relatos de Angélica.

Cuando entré al salón, vi a una anciana sentada en una esquina del sofá, con el pelo teñido de rubio y el flequillo despeinado. Su cuello se inclinaba ligeramente hacia el lado derecho y sus ojos, de un azul claro y hermoso, permanecían fijos en algún punto lejano y sereno al que solo ella podía llegar. Qué sitios serían aquellos de los que no podía volver ni ante el abrazo de su hija, que la besaba, la acariciaba y le hablaba con susurros llenos de esperanza. De vez en cuando, sus miradas se encontraban, y en los ojos de Angélica yo veía el deseo de congelar esos instantes para que durasen eternamente. Era la expresión del amor puro, sin medida, que se derramaba por sus mejillas cuando tomaba conciencia de la fugacidad de aquel resplandor.

Esperé sentado en el sofá junto a Celestina mientras Angélica cocinaba para toda la semana. Así, cuando llegaba de trabajar, solo tenía que calentar la comida y ahorraba tiempo para volver corriendo a Madrid. La tele estaba encendida y Pigu, el pequeño *bulldog* francés de Javier, no me quitaba ojo. El mensaje estaba claro: más me valía no acercarme más de la cuenta a su protegida, de la que solo se separaba para comer.

Celestina llevaba enferma casi veinte años, y entonces pensé que era difícil imaginar una despedida más cruel e interminable. Hoy por hoy, Angélica sigue negando que renunciara a independizarse antes por no abandonar a su madre, pero ambos sabemos que es mentira, una mentira preciosa. Eligió no irse, no independizarse, no enamorarse más de la cuenta, no hacer cientos de cosas porque sentía que debía quedarse donde estaba, haciendo de hija y madre de todos.

Cuando pienso en qué la llevaría a dar ese paso conmigo, la

única explicación que encuentro es que debieron actuar en mi favor algunas fuerzas invisibles, la propia esencia de Celestina, quizá, que desde su lejanía consideró que su hija merecía un nuevo futuro.

Cuando terminó de cocinar, Angélica volvió al salón trayendo consigo unas toallitas húmedas, un bote de crema, un peine y un frasco de colonia. Arrodillada en el suelo y arrullándola con frases de cariño, le lavó los pies a su madre. Luego, le puso crema en las piernas, los brazos y la cara, la peinó y, por fin, la cubrió de fragancia de flores. Concluyó el ritual con un beso. Esa imagen se me grabó en la retina como la luz intermitente de un faro remoto que, con el tiempo, alumbraría la salvación en los momentos de tempestad.

Cuando esa noche llegamos a casa, Angélica estaba triste. Más de lo que nunca la había visto.

—¿Estás bien, cariño?

—No sé, es que... —dudó, pero en sus ojos vi que empezaba a asumir lo inevitable—. Creo que... que a lo mejor la solución a estas alturas es ingresarla en una residencia, ya sabes... Un sitio donde puedan atenderla como es debido.

Sabía que era una idea que Angélica siempre había rechazado, pero la situación se había complicado y no quedaban ya muchas opciones. Aquella noche nos unimos aún más como pareja al compartir por primera vez uno de los sufrimientos esenciales inherentes a nuestra condición humana: el miedo y la incógnita que subyacen al cambio y la pérdida, sobre todo, cuando se trata de nuestros seres queridos. Hablamos poco, nos abrazamos mucho, y que fuera al abrigo de mi pecho donde decidiera soportar su dolor hizo que me sintiera el ser más afortunado del mundo. No solo porque la amaba y no quería verla sufrir, sino porque me recordó lo que era ofrecer consuelo.

En verano, mi padre me pidió que le sustituyera cada viernes en un programa de radio que él hacía diariamente en Intereconomía. Acepté de inmediato. Me apetecía muchísimo

trabajar, hacer cosas nuevas y no oxidarme en el oficio.

Yo había aprendido a hacer radio en los siete años durante los que viví en Málaga. Por entonces, la necesidad me había abocado a superarme en un reto que nunca me había planteado asumir. Había terminado un pequeño proyecto en la televisión local y no había trabajo a la vista. Debido al consumo de drogas, lo poco que tenía ahorrado se esfumaba con rapidez y me estaba quedando sin recursos. Recuerdo, sin embargo, que la perspectiva de futuro no me preocupaba demasiado.

Mi horizonte vital se había reducido a un estrecho pasillo en el que cabía lo justo para una vida anodina, la ilusión de que vivir al lado del mar era un destino final y la hipnosis de un estado perpetuo de dependencia. Con ir cubriendo las necesidades de mi adicción me bastaba. El problema era que esas necesidades se volvían día a día más exigentes. En alguna ocasión, con apenas doscientos euros para llegar a fin de mes, guardaba cincuenta para subsistir y el resto lo destinaba al consumo. El resto de las veces, la recaudación de mi deseo era absoluta y dejaba mi alimentación básica a la generosidad de mi vecino Alfonso, que era pastelero y por las noches me descolgaba desde su ventana un cubo con pan, leche, huevos y algunos pasteles.

Así que a mi padre no le habían faltado entonces razones para sugerirme que probara con la radio y montara mi propio estudio para producir programas. La tecnología ya permitía hacerlo sin inversiones desorbitantes. Me envió el material sobrante del que disponía y algo de dinero para completar lo que pudiera faltar, que era poco. Lo monté en mi despacho y aprendí de cero, tutelado por mi padre, que desde Almería me indicaba, corregía y motivaba.

Pasé infinitas horas aprendiendo, disfrutando. Me permitía estar a solas, grabando, hablándole a nadie en voz alta, escribiendo, pensando…, en aquella pequeña habitación de paredes cubiertas de libros, lo único que ha sobrevivido a tantas mudanzas, a tantos cataclismos. Estantes que contenían todo lo que había leído desde que tenía uso de razón. Por algún motivo, a medida que todo se volatilizaba, mi instinto de conservación me había impedido deshacerme de los tebeos, los cómics y todos los libros

que había ido atesorando a lo largo de mi vida.

Aún hoy los conservo todos. Reposan en mi buhardilla, cubriéndose con esa solemne pátina de polvo que solo otorga el paso del tiempo, esperando el día, cuando toque, en que el pasado cobre más importancia que el futuro y suba a desempolvarlos, para releerlos en mi mecedora, abrigado con el batín verde a cuadros heredado de mi padre y una manta que proteja mis entumecidas piernas.

Pero no solo espera la palabra escrita, también la hablada. En un lugar especial, a buen recaudo, guardo también los discos duros de los viejos ordenadores que estaban entre el material que mi padre me envió para montar el estudio de radio. Los había estado usando durante años, cuando, como yo, en un momento dado de su vida huyó a Almería, donde se dedicó a escribir y a hacer radio, su único refugio entonces. Trasteando en aquellos ordenadores descubrí archivos con las viejas canciones de mi padre, las primeras, las que compuso recién salido de su pequeño pueblo pesquero y que estaban llenas de poesía y anhelos. Las escuché una y otra vez, cientos de veces. Aquellos discos guardaban bien su voz modulada y solemne, esa que durante tanto tiempo había vertido a través de las ondas con la esperanza de que fuera captada por alguna alma gemela y sirviera de inspiración. Tan clara que, tras su timbre de locutor veterano, no se podían disimular las penas y el empeño de hacer real el refugio que solo estaba en su imaginación: un trozo de playa, en cuyas arenas se quedó varado de niño, al que acudía para buscar consuelo y respuestas a las palizas que mi abuelo le propinaba cuando se saltaba las clases para ir a cantar con los gitanos del pueblo.

Así que, cuando en verano de 2014, mi padre me ofreció aquella sustitución que era una vuelta a la radio, acepté y, poco a poco, fui ampliando mis sustituciones. Además de que me gustaba y de que seguía aprendiendo, observé que estaban construyendo un plató de televisión nuevo de cara a septiembre, para la nueva temporada. El instinto me picó y consideré que aquellos días de radio eran perfectos para acechar nuevas oportunidades.

El universo estaba en movimiento, sucedían cosas a mi

alrededor que anunciaban cambios y podía presentirlo. El probable ingreso de Celestina en una residencia de ancianos hizo que me planteara irme a vivir a Guadalajara: de esa forma, Angélica podría estar más cerca de su madre y no tendría que ir y venir todos los días. Lo haría yo, pues mi trabajo estaba en Madrid, pero en aquel momento no suponía un inconveniente. Cuando arrancase septiembre, tendría mi trabajo en Córdoba TV, el espectáculo de *Furor* para empresas, las sustituciones en radio y una esperanza en el aire con el nuevo plató. Y además estaba enamorado.

Era consciente de todas esas cosas, de lo que me pasaba por dentro. Nunca había sentido nada parecido, no había construido ninguna de mis relaciones, proyectos o planes anteriores sobre cimientos tan sólidos. Todo habían sido adobes y cañas incapaces de soportar los vientos. Por primera vez, no creía que mereciera las cosas porque sí, sino que tenía la tranquilidad de haberlas ganado con el sudor de mi frente.

Seguía sintiendo, desde que me recluyera en el piso de Almería, que mis pasos estaban siendo guiados por algún misterioso designio. Solo hubo una cosa que no vi venir, que se me olvidó... No hay paraíso detrás de cuyos árboles no se esconda el demonio, sobre todo cuando ese paraíso es aún una promesa.

Prometer es una osadía. Decir que, por encima de las nuevas condiciones, sea cual sea su signo, bondadoso o maligno, uno mantendrá su palabra supone rebelarse contra las reglas de este universo cambiante. Sé que hay hombres que han cumplido sus promesas. Me falta la conversación con cada uno de ellos para saber a qué precio. Tampoco importa demasiado, a fin de cuentas, la respuesta será la misma: si cojo de mi pasado todas mis decisiones y las divido por sus resultados en buenas o malas, me doy cuenta de que, hayan sido tomadas consciente o inconscientemente, el reparto es equitativo. Lo que demuestra que acertar o errar no está en nuestra mano, o quizá que no hay nada bueno ni malo, que las cosas son lo que son y que lo que hay que hacer es operar con habilidad para que nos salgan lo mejor posible. La única promesa segura es que, en algún momento, se acabarán nuestros días, y que la certeza de nuestra fecha de caducidad nos

convierte en lo que somos, un campo de batalla entre la desesperación y la esperanza.

Allí estaba. Me pareció verlo en una de mis noches en vela. Desde la ventana de la cocina se veía una calle sin salida con una farola al fondo que solo alcanzaba a iluminar un estrecho círculo en el suelo, lo demás eran todo sombras. Algo se hizo notar, como un sicario que aguarda paciente, que se delata deliberadamente aspirando su pitillo dando a entender que no hay remedio, pero que cabe una conversación, un pacto con el diablo. Lo peor de todo es que no aparté la mirada. Al contrario, pude sentir casi con placer cómo la tentación recorría mi cuerpo.

Había pasado un año desde que consumiera por última vez. Los horrores de la última batalla en Barcelona eran un recuerdo borroso. La Sombra que vino a visitarme lo sabía. Sabía que su presencia ya no evocaría la visión de la muerte al mirarme en el espejo. Traía consigo el viejo cuento de prometerme un trono de oro con el mundo a mis pies, en un lugar oscuro rodeado de perversión, abandono moral y depravación. Como rey de ese imperio oscuro, podría mantener el control, dosificar y beber de aquel veneno sin necesidad de tiranizar mi presente y a sus protagonistas.

Cegado de nuevo, bajé mentalmente a la calle, me vi a mí mismo desde la ventana caminando hacia la tenue luz de la farola, detenerme un segundo bajo ella y, después de una breve conversación con aquella Sombra, confundirme con ella y desaparecer.

7
Letra pequeña

En cualquier pacto con el diablo existe una letra pequeña que te condena sin remisión.

Durante los siete años de mi autoexilio fuera de Madrid, había vivido en cuatro pueblos y seis casas distintas. Con mi adicción en pleno auge, solía ocurrirme que unas veces no podía seguir pagando el alquiler, y otras, los propietarios se negaban a renovarme por las quejas de los vecinos, que daban cuenta de mis malos hábitos y ruidos nocturnos. De ninguno de esos sitios me fui con pena.

No mire hacia atrás por no convertirme en estatua de sal, pero al cerrar la puerta del ya vacío piso de Canillas, y aun convencido y feliz por irme a vivir a Guadalajara, sentí una nostalgia extraña para mí. Desde que me marchara de la casa de mis padres con veinticuatro años, no había vuelto a sentir que tenía un hogar, probablemente porque no pensaba que lo mereciera. Las primeras casas donde viví y tuve a mis hijos eran de mis respectivas parejas. Luego, estuve yendo y viniendo, solo o acompañado, en pisos de alquiler, sin quedarme en ningún sitio demasiado tiempo.

Salí hacia Guadalajara con el coche cargado de maletas, libros y mi ya eterna compañera: la caja familiar con todos mis recuerdos desordenados. En el trayecto, me sumí en el silencio rumiando esa agridulce emoción que nace de las despedidas. Iba reviviendo la lección nunca aprendida de que solo se alcanza a conocer el verdadero valor de las cosas cuando se pierden para siempre.

Me vino a la cabeza un recuerdo aleatorio: el día que,

acuciado por las deudas, tuve que vender mi Porsche descapotable. La pena, no obstante, no era por el coche, sino por la nitidez con la que recordaba la cara de mi hija, entonces pequeña, mientras me preguntaba con los ojos húmedos:

—Papá, ¿por qué tenemos que vender a Negrito? —Así lo llamaba, por su color.

Golpeé la chapa con los nudillos y le contesté:

—¿Esto? Pero si es solo metal, ¡chapa y pintura! Se puede recuperar.

Se habría podido, en efecto. Lo irrecuperable era otra cosa, algo que no tenía medida. Era lo que surgía del mero hecho de tenerla allí delante, de acercar su cara tibia a la mía y que su lágrima mojara mi mejilla. Lo complicado no era soportar lo que yo perdía, sino todo lo que esas pérdidas habían supuesto para mis hijos. En mis ausencias, cuántas veces me habrían necesitado, echado de menos, llamado en sueños, recordado sin saber de mí.

Me pregunté por la crueldad de Dios al entrelazar en mi vida tantos milagros hermosos con una maldición que los pisoteaba dejándolos llenos de heridas. Cuando llegué a Guadalajara, el recuerdo de aquellas faltas aún me tenía los ojos húmedos. Angélica me cogió de la mano, nos miramos y respiré con cierto alivio. Al menos, tras esta última etapa en Madrid no quedaba ningún cadáver, al contrario, había sido feliz con un hogar humilde habitado por un amor, una mascota y un sinfín de sueños por cumplir.

Encontramos un chalet adosado con tres plantas y un pequeño jardín. Vivir junto a Guadalajara, en un pequeño pueblo, es notoriamente más barato que hacerlo en la capital. Abrí las puertas de aquella casa como quien abre las ventanas a un nuevo mundo y, a pesar de sus dimensiones, se quedó pequeña nada más entrar. La amueblé mentalmente al instante con lo que traíamos puesto, que era poco, y con un torrente de buenos deseos que llevaban toda una vida resignados en algún rincón apartado de mi memoria. Me vi plantando rosas en primavera, sesteando a la sombra de las

moreras en verano, apretándome junto a Angélica frente al calor de la chimenea cuando avanzase el otoño y resguardado en la buhardilla durante el frío invierno, con una estufa en los pies, a salvo del mundo, de los errores de los demás y de mí mismo, entregado a eternas horas de lectura.

La felicidad, a Angélica, le rebosaba por los cuatro costados. Para ella también suponía un paso importante: nunca antes se había dado permiso para empezar una vida lejos de su madre. Su deseo de formar una familia propia, tanto tiempo contenido, se abría paso ahora como una mariposa anhelante de vida saliendo de su crisálida.

En aquel primer día de mudanza, busqué un momento de reposo y me senté a fumar un cigarrillo en los escalones de la entrada. Desde el interior, escuchaba ilusionado como ella entraba y salía de las habitaciones hablando sin parar, diciendo dónde pondría esto o aquello. Más tarde descargamos el coche, distribuimos algunas cajas sin saber muy bien dónde acabarían y, por fin, al anochecer, nos relajamos en nuestro nuevo jardín para contemplar lo que podrían ser los días venideros.

Nos reímos y nos susurramos lo mucho que ambos pretendíamos, que en realidad se podía resumir en poco: un hogar tranquilo, salud y estar juntos toda la vida. Tras deseárnoslo, se hizo un silencio y una idea cruzó por mi cabeza.

—Hay una cosa que no hemos pensado… —dejé caer sin apartar la vista del cielo.

Ella se irguió en la silla, como una niña pequeña ante una adivinanza.

—¿De qué se trata?

—A este jardín… Sí, a este jardín le quedaría genial un niño. —No dijo nada, pero sonrió—. ¿Tendrías un hijo conmigo?

La forma en que su sonrisa se adueñó de su cara fue respuesta suficiente. Enmudecimos y, en el silencio, pareció acentuarse el canto de los grillos, el roce de las hojas mecidas por la brisa y la promesa de una vida feliz.

No se necesita mucho para que un drogodependiente en fase inicial de desintoxicación recaiga en sus adicciones.

Basta con pensar, ante los problemas o el sufrimiento, que nos podemos librar por la vía rápida. Solo añadir la falsa sensación de seguridad, el exceso de confianza, y la mezcla está servida. El cambio a una nueva casa, las perspectivas laborales, el amor y el paso de los meses sin consumir me habían provisto de este ingrediente final. Solo restaba a la Sombra que me perseguía tener una ocasión para terminar de doblegar mi resistencia. Y yo mismo se la proporcioné.

Le propuse a Angélica que saliéramos a cenar para dar pistoletazo de salida a nuestra nueva aventura. Le pareció muy buena idea y además le apetecía mucho, era algo que no podíamos permitirnos muy a menudo. Reservamos mesa en un pequeño restaurante y puse una excusa para ausentarme un par de horas: el tiempo que necesitaba para ir a conseguir mi dosis de perdición. No haría falta mucha cantidad para aquella primera recaída.

El acuerdo establecía que, a cambio de sucumbir, podría calentarme eternamente con las mismísimas llamas del infierno sin llegar a quemarme. Pero en cualquier pacto con el diablo existe una letra pequeña que te condena sin remisión.

Revisándolo ahora, me doy cuenta de que lo más curioso de ese saltar por los aires de la voluntad es que no fue nada estrepitoso. Más bien pareció un simple clic de la mente, fugacísimo, imperceptible para cualquier alarma. Un clic y toda mi astucia estaba ya puesta al servicio de la necesidad: volver a consumir sin ser descubierto. Mi cabeza, haciendo gimnasia mental para encajar el consumo dentro de la normalidad de mi vida cotidiana. Calculaba cantidades que no llegaran a delatarme ante los demás y espacios de tiempo para evitar el hábito. Tracé todo un *modus operandi:* el momento adecuado, las dosis, el escondite, el día después..., las mentiras que estaba a punto de verter sobre mi relación aquella misma noche.

Podía hacer ese esfuerzo prodigioso y, sin embargo, era incapaz de percibir la evidencia de que todas y cada una de esas cosas estaban diseñadas para mi propia destrucción y la de todo lo

que me rodeaba, una vez más. Y este *una vez más* es quizá lo más trágico del asunto. No era la primera vez que recaía, de hecho, habían sido cientos las veces, pero aun así volvía a estar completamente cegado: ni siquiera recordaba aquella habitación de hospital donde estuve a punto de morir.

Recuerdo aquel día de una manera extraña, como un sueño. Sucedió cuando tenía treinta años, vivía con mi primera pareja y mi hija tenía dos años. Llegué a casa después de una larga noche. Antes de entrar, me aseguré de que ya se hubiesen acostado para evitar que me vieran en ese estado, sobre todo mi hija.

Empecé a sentirme mal y, al ver que el malestar no remitía, como lo hacía habitualmente, me preocupé. No recuerdo mucho... Solo sé que dos horas después estaba ingresado en un hospital por sobredosis.

Según las pruebas médicas, mi corazón debería haberse parado hacía ya mucho rato. Solo bombeaba veneno. Los médicos que me atendían lo hacían con urgencia y preocupación, el tiempo era vital, debían dejarlo todo preparado para el inminente paro cardíaco.

Aplicados los remedios, solo cabía rezar y esperar, pero a mí no se me ocurrió hacerlo. O puede que sí. Vete a saber. No lo recuerdo. Me quedé allí solo, con el sonido de mis latidos monitorizados como único compañero. Los sentía retumbar dentro de mí y en la almohada, como tambores de procesión, y oía el pitido de la máquina que acompañaba a cada uno de ellos.

Así estuve durante horas sin más futuro que mi siguiente latido, atendiendo a cada «bip» de la máquina y explorando el abismo de tiempo que parecía transcurrir en el breve lapso que los separaba. Daba vueltas a la idea de que cualquiera de ellos podía ser el último y, aun así, no sentía temor.

El tiempo dejó de existir y no recuerdo paredes ni suelo, solo a una enfermera que entraba de vez en cuando a extraerme sangre y una presencia a mi lado que no se marchaba: la muerte. Mi muerte.

A la mañana siguiente comprobé que todo estaba bajo control. Aparentemente, nadie había notado que me había drogado. Todo lo extraño de mi comportamiento, que lo hubo, podía achacarse a un exceso de euforia provocado por unas copas de más ante nuestras buenas perspectivas. La Sombra había actuado con sigilo y conseguido instalarse. Si hubiese sido más explícita, habría llamado la atención, tanto la de Angélica como la mía, y no hubiese podido prosperar. De esta manera, sin embargo, podía mantener la ilusión de su compromiso.

Yo ya había fijado en mi calendario mental la fecha de mi próximo consumo. Volvería, pero en un plazo no inferior a un mes. Así que, sabiendo que pasado ese tiempo tendría vía libre para volver, la Sombra se retiró a esperar pacientemente, silbando, triunfadora.

Las semanas siguientes transcurrieron tranquilas, y ya mediaba agosto cuando decidimos irnos unos días de vacaciones. Nos quedaban aún algunos días libres antes de empezar a trabajar, pero la mudanza había supuesto muchos gastos y no nos quedaba dinero suficiente como para alquilar ninguna estancia. Tampoco quería ir a Almería, donde estaban veraneando mis padres y mis hermanos. Durante ese año, solo nos vimos alguna que otra vez. No se decía abiertamente, pero estaba claro que algo nos repelía a unos de otros.

Se me ocurrió entonces una idea: recurrir a mi familia portuguesa, la de mi madre.

Teniendo en cuenta que hacía años que no hablaba con nadie ni de mi abuelo ni de Portugal, que no había estado allí desde niño y que cualquier recuerdo que pudiera tener de mi familia materna era remoto, mi propuesta de viajar a la casa de un primo lejano solo se podía entender por la necesidad de seguir obteniendo respuestas sobre mi pasado y el de los míos. Aquel primo, Antonio, era una de las últimas personas que quiso a mi abuelo Pepé, el Portugués, y era una fuente de información sin contaminar. La historia de mis abuelos contada por mi madre estaba llena de

silencios y secretos, resultaba difícil saber qué partes eran reales y cuáles no. Hablando con aquel primo podría conseguir una pieza importante del puzle familiar que cada vez se me hacía más necesario completar.

Era una mezcla de todo, creo. Necesitaba resolver. Necesitaba entender. Y también encontrar un cabeza de turco sobre el que descargar el peso de mi inconsciencia. Porque si bien es cierto que las drogas me atraparon, también lo es que mi forma de entender la vida y la muerte me empujaban de alguna manera a buscar la segunda sin necesidad de que interviniera ninguna sustancia. Hoy por hoy, y aunque he empezado a comprenderme, sigue siendo un sentimiento sin terminar de domar: hay algo en mí que tiende a la autodestrucción.

Leí una vez, en algún libro que ya no recuerdo, que dentro de cada cosa se hallan las causas de su propio final, y yo amo tanto la vida, tanto, que a veces me sale de muy hondo el acabar con todo cuanto antes. Es como una suerte de rebeldía, una pataleta ante un universo cuyas promesas, ciertas o no, me gustaría poder rechazar. No sé qué tiene esta existencia que, aun imaginando el mejor de los paraísos y a la vista de todo lo que sufrimos por estos lares, no quisiera dejar de ser lo que soy: una débil llama a merced del viento.

Mi primo Antonio, al que solo había visto una vez cuando era niño, nos acogió en su propio hogar, en el pequeño pueblo del que era natal mi abuelo Pepé. No imaginaba que el encuentro fuera a ser tan especial: se comportó como si llevara tiempo esperándome, como si se cumpliera un anhelo. Su mujer y sus dos hijas no tardaron en hacernos sentir como en nuestra propia casa, brindándonos un cariño infinito.

Como solo podíamos quedarnos cuatro o cinco días, establecimos inmediatamente una rutina que me permitiera disfrutar una parte del tiempo con Angélica, a solas, y otra con mi primo y mi familia. Desayunábamos todos juntos bien temprano. Es la escena cotidiana con la que más me he regocijado siempre, y

más si la mesa, como aquella, está bien surtida. No le faltaba de nada: café humeante, zumo de naranja, pan tostado untado con tomate de su propia huerta o con miel, un bizcocho casero... y, sobre todo, un tumulto de gente de aquí para allá, riéndose, complaciéndose, queriéndose. En definitiva, una familia unida, como la que yo sentía perdida desde hacía tiempo.

Después de desayunar, Angélica y yo emprendíamos la excursión prevista para visitar los alrededores, de la que no volvíamos hasta el atardecer. Cuando volvíamos, nos reuníamos de nuevo en torno a la mesa de la amplia cocina, convertida aquellos días en el centro neurálgico de la casa.

La última noche, al terminar de cenar, me senté a charlar con mi primo Antonio en el salón. En el transcurso de los días anteriores habíamos hablado de nuestro abuelo, pero solo rememorando lo alegre y colorido. Aquella noche, sin embargo, quise ir algo más allá y preguntarle por determinados detalles.

Le alegró mi curiosidad. A fin de cuentas, él era una de las últimas personas, por no decir la última, que quedaba con vida que había mantenido una relación estrecha con mi abuelo. Lo había querido con todo su corazón. Conocía de primera mano no solo una buena parte de lo que hiciera o dejara de hacer, sino también de qué cosas había llegado a arrepentirse y de cuáles no. La oportunidad de utilizar todos esos conocimientos, transmitiéndoselos a un familiar que aparecía después de casi treinta años, era para él una tarea noble y un desahogo a la vez.

Fue una conversación emotiva. Sacó algunas fotos antiguas y un par de cuadernos con dibujos y reflexiones de sus días de cárcel. Me contó cosas dignas de una película de gánsteres, pero que fueron tan reales como sus consecuencias, cuya principal víctima parecía ser, cada vez más, mi madre.

Según avanzaba la historia, me fui dando cuenta de que toda su infancia estuvo marcada por la huida. Las actividades ilegales de mi abuelo, la persecución policial, la amenaza de sus enemigos hicieron que tuvieran que cambiar continuamente de ciudad y de vida. Antonio me contó también que mi abuelo no fue el único al que la policía detuvo cuando apareció en su casa para detenerlo

por falsificación de billetes: se llevaron a mi madre, que por entonces tenía tan solo diecisiete años. Mi abuelo había manipulado sus dones para el dibujo, que eran muchos, para que copiara las esfinges de los billetes que estaban en curso, implicándola en el delito sin que ella fuera consciente.

Al final, la soltaron con cargos, pero su belleza no había pasado inadvertida para un alto comisario de la policía de Tánger. Se encaprichó de ella y, al no ser correspondido, empezó a usar como arma de conquista su influencia en el caso de mi abuelo, insinuando en cada uno de sus actos y regalos que el asunto de mi abuelo podía saldarse de una manera más o menos satisfactoria dependiendo de si ella se avenía o no a aceptar sus avances.

Creo que fue entonces cuando mi madre, viéndose rodeada de tanta podredumbre, decidió marcharse de allí y se llevó consigo las razones que habrían de entristecer su sonrisa toda la vida. Entre ellas, la duda sobre si el amor que su padre le profesara podría ser compatible con haberla puesto en peligro de aquella manera. Ahora, se veía obligada a emigrar sola a Madrid y buscar trabajo para mantener a mi abuela y a su tía María, que, con él en prisión, se quedaban solas en Tánger.

Aún estaba dándole vueltas a toda la historia cuando entré en el dormitorio.

—¿Qué tal con Antonio? —me preguntó Angélica.

Yo ni siquiera sabía por dónde empezar a contarle.

—¿Sabes? Ahora me doy cuenta de que mi madre se fue a Madrid rota de dolor, sin entender cómo su padre, que supuestamente la quería tanto, la había expuesto de esa forma, rompiéndole la vida.

—Bueno... Parece que la historia se repite, ¿te das cuenta? Una y otra vez.

—¿Por qué lo dices?

—Tú me has contado que tampoco entiendes lo que tus padres hicieron con la deuda de Hacienda... Eso también te rompió la vida.

Enmudecí. Era una gran verdad, y una muy complicada de encajar. Yo también llevaba años transitando por este mundo

preguntándome si era compatible el amor que mi madre siempre me demostró con el hecho de que, en un momento de su vida, dejara recaer sobre mí, deliberadamente y sin remediarlo después, la responsabilidad de una deuda que habían generado ellos, mis padres. Saldarla me supuso la pérdida de todas mis propiedades, dos casas que había comprado con la esperanza de que en un futuro fueran para mis hijos.

Pero yo sabía que no solo se trataba de mi madre. También mi padre perdió al suyo sin llegar a saber el motivo por el que le pegaba. Yo había pensado siempre que mi padre no había estado con nosotros en los momentos más complicados, y, sin duda, algo parecido le estaría ocurriendo a mi hijo, Andrés. Empezaría a hacerse preguntas cuyas respuestas solo podría proporcionarle el tiempo, pero que, mientras tanto, le llevarían a cuestionarse mi amor hacia él y a padecer los sufrimientos que esa terrible duda, aparentemente heredada, conlleva.

Pensé si acaso era algo inherente a todo ser humano sentir o pensar que, en algún momento de nuestras vidas, nos quedamos huérfanos por ausencia o incomprensión. Recordé a Jesucristo, justo en aquel momento en el que miraba al cielo buscando a su propio padre y exclamaba: «Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado», y me estremeció la crudeza de esa pregunta que, por lo visto, nos hacemos todos en algún momento de nuestras vidas.

8
Inmortales

En pleno clímax del consumo, unos se creen inmortales; otros se vuelven iracundos; otros, ladrones; otros, depravados.

Aunque empecé septiembre descansado y con más ilusión de la que tenía antes de marcharnos de vacaciones, yo notaba que no era el mismo: la mentira se había instalado en mi vida. Aún no había signos externos que pudieran dar pistas de la guerra de guerrillas que empezaba a librarse en mi interior, una en la que los combatientes eran el deseo y la sensatez. Me daba cuenta de que el terreno conquistado por esta última desde que huyera de Barcelona se había ido reduciendo poco a poco, y no sabía cuánto más podría resistir.

De momento, la mentira era llevadera porque las ganas no habían vuelto a aparecer… Solo me había dado licencia para consumir cuando la Sombra apretara y, mientras tanto, yo seguía con las sustituciones en radio y con mi programa diario en Córdoba TV, aparentando una normalidad que sabía ficticia.

De cara a la galería, todo iba sobre ruedas: a mediados de mes apareció la oportunidad que yo había intuido desde que empezase a dejarme ver por las instalaciones de Intereconomía. Mi presencia contribuyó a que contaran conmigo para su programación de otoño, y todo ello se concretó cuando, finalmente, me ofrecieron presentar un programa diario de debate deportivo centrado en el fútbol, *Punto Pelota,* que se relanzaba en una nueva versión.

Como era de esperar, la noticia me hizo sentirme muy feliz, ilusionado y, sobre todo, satisfecho conmigo mismo. Me reconocí

el mérito de haber seguido mi instinto y haberme atrevido a merodear aquellos pasillos, con lo que gané algo más de confianza en mí mismo para seguir adelante.

Las mismas felicitaciones me llegaron de Angélica y de mis padres. Para Angélica supuso una gran noticia, se alegró tanto por mi logro personal como por lo que suponía para nuestra vida. Daba el salto a un medio con más repercusión, lo que incrementaba mis posibilidades laborales a medio y largo plazo.

En cuanto a mis padres, notaba que seguían recibiendo mis noticias sin poder disimular, a pesar de sus esfuerzos, los malos presagios. Presentían que volvíamos todos a la casilla de salida de una historia que se seguiría repitiendo hasta que un día sonara el teléfono, del que saldría una voz que les dijera que, por fin, había muerto. No podía culparlos por pensar así. No era la primera vez que intentaba levantarme después de que mi vida quedara arrasada, y siempre acababa sucediendo lo mismo: un buen comienzo, un acercamiento, quizá, una desaparición y, luego, los lamentos. Y era precisamente esa oscilación entre la esperanza y el desaliento lo que consumía sus ánimos y el de todo aquel que me quisiera.

Cuando inauguramos el año 2015, Angélica fue consciente de que no podía demorar más la búsqueda de una residencia para su madre, así que me pidió que la acompañara a visitar algunas que había preseleccionado como candidatas. De su mano, me sumergí en un mundo en cuya existencia nunca había reparado de forma consciente: el de la ancianidad. Mis padres rebasaban la barrera de los setenta y gozaban de muy buena salud, y todos mis mayores habían disfrutado de una vejez saludable, disfrutando casi hasta el final de sus días sin enfermedades que los postraran en camas o los hicieran dependientes. Impactado, al empezar a visitar residencias me di de bruces con una posibilidad que nunca había valorado: la de la decrepitud.

Angélica me repetía una y otra vez que aquello era lo mejor para Celestina, que de esa forma estaría atendida y cuidada, que

todo iría bien. Necesitaba decírmelo, pero sobre todo necesitaba oírlo ella para tratar de convencerse a sí misma. Y no parecía surtir efecto. Todo lo referente al ingreso de su madre le producía agitación y tristeza. Lo que no hizo nunca fue quejarse. Ahora que lo pienso, nunca la he visto hacerlo ante ningún avatar de la vida. Fue paso a paso, con su dolor a cuestas, atendiendo a lo único que lo hacía soportable: buscar la residencia que más le habría gustado a Celes.

Todo era importante: que estuviera cerca de nosotros, que las instalaciones fueran adecuadas y de la mejor calidad, que el personal fuera atento y profesional, que la luz entrase por la ventana de la que sería su habitación… y que no se sintiera sola. A pesar de que presenció durante años la disolución progresiva de su conciencia, Angélica nunca llegó a creer que el alzhéimer hubiera privado a su madre de sensaciones como el calor humano o el cariño. Hicimos acopio de la información necesaria y la distribuyó entre sus hermanos de cara a la toma de decisiones. El cambio de residencia a Guadalajara le permitió intensificar sus visitas y cuidar de su madre en la que fue su casa toda su vida y de la que dentro de muy poco se tendría que despedir para nunca volver.

El arranque del año, no obstante, también trajo buenas noticias. Yo había estado compaginando el programa en Córdoba TV y *Punto Pelota* hasta ese momento, pero con el año nuevo me subieron el sueldo en Intereconomía. Los meses anteriores habían transcurrido con normalidad. Trabajaba muchísimo, con ilusión, nuestro amor iba viento en popa y aunque mi adicción seguía merodeando, mantenía las distancias.

Con la noticia de un aumento de sueldo, pude dejar Córdoba TV y centrarme en *Punto Pelota*. Pasaba el día entero en la redacción, hasta las ocho de la tarde que empezaba el programa en directo. Los viernes por la tarde seguía haciendo una hora de radio. Me lo pasaba muy bien. Sentía que recuperaba la pasión perdida por mi oficio y que, por primera vez, lo disfrutaba de verdad. Jamás lo había hecho, hasta ese momento solo bebía de la euforia de los resultados, del efecto de la popularidad y los halagos en mi día a día, rociado todo ello por un miedo canalla a perder mi

posición, no mi quehacer.

Yo no había conocido hasta entonces esa magia de la que siempre hablaba mi padre: la de la voz y la palabra, la de la comunicación. Fuera de manera escrita, hablada o cantada —para él, sobre todo, esta última—, mi padre la consideraba una misión importantísima. Debíamos esforzarnos por transmitir, de manera que el mensaje no solo se entendiera, sino que cautivara los pensamientos y los sentimientos. Lo que más le gustaba era cantar. Lo hacía a todas horas: en sus discos, en la radio, en casa, en la calle… Recuerdo una vez que, siendo yo muy niño, en Barcelona, cogimos el ascensor de casa junto a un vecino. Mi padre iba tarareando una copla que acababa de componer:

La llamaban la florera sevillana,
y era Pepa más hermosa que una flor.
Y un marino del Perú se fue a Triana,
y la niña lo volvió loco de amor.
Y aunque fuera a tierra extraña,
tu recuerdo irá conmigo…
Volveré otra vez a España,
para casarme contigo.

El vecino se bajó antes que nosotros. Cuando lo hizo, me volví hacia mi padre malhumorado:

—Papá, ¡no cantes! Que me da vergüenza…

—¿Por qué? —Y anticipándose a lo inoportuno que estaba a punto de ser, añadió—: Un hombre que canta es un hombre libre.

Y siguió con su canción.

De vuelta a mi presente en aquella pequeña redacción llena de actividad, en aquel plató y con aquellos compañeros, empecé a sentir esa magia de la que tanto me hablara. A mi experiencia se sumaban ahora nuevos conocimientos, nuevos maestros, nuevas sensaciones e ilusiones. Cada día estaba mejor, el programa se consolidaba, los jefes estaban contentos y me lo reconocieron.

Mal asunto.

El halago fue, tal vez, el grano de arena que desequilibró la

balanza. Volví a sentirme seguro de mí mismo. Confiado. Más de la cuenta. Lo suficiente como para que mi sombra olfateara la debilidad y saliera de su escondite. Había pasado tiempo suficiente: sería un consumo sensato.

Esta vez, al despertarme, no sentí la engañosa tranquilidad de la vez anterior. Tampoco me pilló de sorpresa. Ya conocía cada recodo del camino, cada uno de los peldaños de ese descenso a los infiernos: habían sido muchas las veces que lo recorriera.

La noche anterior había salido a cenar con Angélica y, a pesar de que aún controlaba las cantidades para no levantar sospechas, había bebido más de la cuenta, lo que potenció el efecto de la cocaína que había tomado a escondidas. Las fronteras empezaban a desdibujarse.

Al consumir cocaína sentía un placer muy efímero seguido de una profunda desesperación. La única manera de aplacarla era tomar más: para evadirse, la mente busca con qué entretenerse, y al no poder apelar a ningún valor humano que me facilitara la toma de conciencia, solo le quedaba recurrir a lo peor de mí mismo.

Llevamos dentro todo lo que podemos ser, somos una vasta posibilidad latente, una miríada de alternativas que, según quién sea el timonel, puede o no llegar a buen puerto. Todo depende también de cómo se conjuguen el resto de las circunstancias. Estoy convencido de que somos luz, compasión, bondad y amor, pero también odio, ira, perversión y oscuridad. En pleno clímax del consumo, unos se creen inmortales; otros se vuelven iracundos; otros, ladrones; otros, depravados. En mi caso me convertía en un ser vil y solitario que se encerraba en las habitaciones más apartadas de los prostíbulos para dar rienda suelta a sus fantasías sexuales. Allí, en el centro de una sala débilmente iluminada, encontraba, rodeado de mujeres postradas ante mi vicio liberado, el trono de oro que la Sombra me prometía. Más que inusual, era un sexo egoísta, vacío y destructivo, exento no ya de amor, sino incluso de placer sexual. Era una suerte de sumidero por el que

uno, convertido en despojo, se iba perdiendo, intentando olvidar.

Algo de aquello se me escapó aquella noche en la que por segunda vez recaía. La suerte o la excepción vino en mi ayuda y a Angélica incluso le agradó que traspasara alguno de nuestros límites en la cama. Lo interpretó como un juego de amantes, y bien hubiera podido serlo si al mirarme en el espejo del dormitorio no hubiese visto en mí a un demonio lascivo lamiendo su espalda.

Así que cuando, a la mañana siguiente, fui consciente de que lo ocurrido esa noche ya era irreversible y, entre otras cosas, demostraba que yo ya no era dueño de mi voluntad, me invadió la tristeza. Sabía que después del arrepentimiento vendrían de nuevo el olvido, el autoengaño y, por último, la rendición. Me sentía como un cansado veterano de guerra y, con la mirada perdida, ya ni siquiera me paraba a revisar los daños de la batalla, sino que divagaba en elucubraciones sobre la naturaleza de la guerra misma. El mismo miedo, el mismo horror, las mismas pesadillas, la misma trampa repetida una y otra vez con un mismo resultado: derrota.

Aunque Angélica no había notado nada, me preocupé y, sobre todo, sentí que estaba mancillando lo nuestro. A mi alrededor se tejía la mentira y, sobrepasado por el miedo, no lo quise permitir. Había iniciado un renacimiento y conseguido cosas importantes: ¡había vislumbrado la calma! Me propuse resistir e hinqué la rodilla en el suelo sin llegar a creer del todo que lo pudiera conseguir. Me concentré más si cabe en el trabajo y en nuestro amor, que seguía creciendo. Quería que pasara el tiempo, que pasara hasta que mis dos recaídas acabaran convirtiéndose en vagos recuerdos, perdidas entre el cúmulo de los días. Me valía cualquier cosa, fueran alegrías o tristezas, que pusiera tierra de por medio entre el presente y esos recuerdos que parecían capaces de perseguirme eternamente.

Mediada la primavera, tras mucho cavilar y buscar, por fin la familia de Angélica decidió que había llegado el momento de ingresar a Celestina. Era un paso doloroso, pero la unión y el

cariño que se demostraban unos a otros contribuyó, y mucho, a que todo fuera más llevadero.

Entre todos escogieron la residencia que creyeron que ella habría elegido. No hubo discusiones, solo entendimiento y comprensión. No abordaban nada sin hacer gala de una constante consideración respecto a los sentimientos del resto. Yo participaba de ello, pero me mostraba reticente a integrarme en su familia. Eso me permitía abstraerme de su dilema y colocarme en la posición de un observador externo, imparcial. La verdad: me embargaba la envidia. Tenía ante mis ojos algo parecido a lo que un día yo también tuve, y su sola visión avivaba en mí un rescoldo de incomprensión que, escondido entre mis cenizas, seguía al rojo vivo.

Sabía que estaba progresando. Los resultados saltaban a la vista, pero todo se encontraba dentro del marco de una primera fase de desintoxicación. La respuesta a mis tormentos y a la fragilidad de mi voluntad seguía oculta y, aunque presentía dónde se hallaba, aún quedaba mucho que desescombrar para poder acceder a ella. A esas alturas, incapaz aún de encontrar un porqué convincente a la destrucción de mi familia, tenía que resignarme a pensar que eran las consecuencias de mi adicción las que estaban en el origen de todo. A la incomprensión se sumaba la culpabilidad, y a esta, el autocastigo.

Angélica tardó mucho en despedirse de su madre. Estuvo triste durante varios días y, aunque di lo mejor de mí, no sé si estuve a la altura. Debo decir que la gestión del dolor de la que ella hacía gala era infinitamente más refinada y eficaz que la mía. Ante todo, afrontaba aquel momento tan difícil con muchísima calma. Al principio pensé que gracias a su oficio en un gabinete de psicología había aprendido a lidiar con ese tipo de situaciones utilizando el análisis razonado y la entereza. Descubrí, sin embargo, que era otra su capacidad, una más hermosa que cualquier razonamiento y que me ponía trabas a la hora de intentar sondear sus penas.

—¿Cuántas veces voy a tener que perder a mi madre? —me preguntó una de esas tardes sentada en el columpio del jardín.

Lanzó esa pregunta al aire sabiendo que no tenía respuesta. Me senté a su lado y apoyó su cabeza en mi hombro.

—Te quiero, Alon. Te quiero mucho. ¿Tú me quieres? —preguntó con voz dulce a la vez que agarraba mi mano como si no quisiera soltarse nunca.

Quise afirmárselo abrazándola en silencio, pero no le bastó.

—¿Tú me quieres? —repitió.

La miré a los ojos siendo consciente de que la respuesta era un sí inmenso. Sí, la quería, mucho y por miles de razones. Porque era preciosa, porque me amaba, porque me cuidaba y porque me dedicaba todas sus sonrisas, porque estaba conmigo, pero, sobre todo, porque era una persona buena, como ninguna otra que hubiera conocido.

—Claro que te quiero. Te quiero muchísimo.

Pero su forma de preguntármelo me había descubierto que sufría más de lo que me demostraba y que me necesitaba más de lo que yo pensaba. Angélica llevaba mucho tiempo sufriendo con la certeza de que iba a perder a su madre, pero había aprendido a llorar por dentro. Supongo que lo aprendieron juntas, madre e hija, a largo del tortuoso camino impuesto por el alzhéimer. Veinte años dan para mucho, para incontables horas de templar el desconcierto y la impotencia, de aprender a extraerle todo el jugo posible al presente, que solo llegamos a valorar cuando nos hacemos conscientes de su fugacidad. Veinte años dan para familiarizarse con el sufrimiento y, en este caso, dada la naturaleza bondadosa de Angélica, guardarlo para sí con el fin de no empañar ni mi felicidad ni la de nadie.

Durante unos instantes me deslumbró. Por un lado, volví a sentirme afortunado por que alguien como ella depositara su fe en mí, y no fue un sentimiento leve: me invadió por completo. Por otro, el peso de mis recaídas y de mi silencio respecto a ellas me hizo encogerme sobre mí mismo, como si hubiera recibido un golpe. No tenía claro si mentía por temor, para que no se desengañara, o por consideración, por evitarle el sufrimiento. Tal vez fuera un poco de ambas.

Ya no pude obviar por más tiempo el hecho de que Angélica

estaba absolutamente entregada a lo nuestro. Su nueva apuesta estaba en la vida que juntos habíamos iniciado, y había ido con todo.

Hice lo que tenía que hacer: esta vez fui yo quien aferró sus manos con fuerza, y fui yo el que formuló la pregunta:

—¿Quieres casarte conmigo?

9

Descanso

En cierto modo, me sentí aliviado.
También proporcionan eso las rendiciones: descanso.

Cada uno eligió la canción del otro, la que sonaría cuando nos dirigiéramos al altar.

Yo avancé por aquel pasillo, de la mano de mi madre, escuchando *Arte,* de El Barrio, y me dispuse a esperar a Angélica al ritmo de *Mi marciana,* de Alejandro Sanz.

Que me casara era algo con lo que nadie contaba. Ni mi convivencia con la adicción ni mi manera de pensar hacían presagiar un compromiso de ese calibre. A mí mismo me parecía un imposible, y no precisamente por las cosas conocidas a las que debería renunciar, sino por todas las que pudieran estar por venir y a las que siempre me había costado un mundo resistirme. Suena en mí, como un canto de sirena, la oferta infinita de esta existencia. ¡Cuánto hay por todas partes y qué poco tiempo tenemos! Por contradictorio que resulte, fue ese pensamiento el que, finalmente, me animó a casarme con Angélica. Ella era ese algo desconocido e inesperado que siempre había anhelado.

La noticia de que me casaba causó mucho revuelo en mi familia. Se alegraron, y mucho. Mi relación les había dado algo de tranquilidad y vieron mi boda como un paso lógico tras los logros que había ido consiguiendo. Aun así, yo no era tan ingenuo como para no saber que nada de aquello arreglaba nuestros asuntos pendientes.

De todo se aprende, y a mí la drogodependencia me convirtió en un experto en miradas. Adquirí la pericia de tanto husmear en

busca de los ojos del camello en cada tugurio escondido, los del policía secreto en cada callejón, los de la prostituta dócil en cada antro… Había aprendido a esquivar la mirada cargada de sufrimiento de mis seres queridos y el examen inquisidor de la sociedad, la que más te roba la dignidad cuando se trata de justificar sus faltas. Mi padre, mi madre, mis hermanos y el resto de mis familiares más cercanos, cada uno a su manera, guardaban detrás de la mirada su sospecha, y tras la mía, huidiza, se escondía la certeza de que sus razones estaban bien fundadas. Pero ese día, tácitamente, optamos todos por señalar solo lo bueno de los otros y por alegrarnos de tener la oportunidad de estar juntos.

Justo antes de empezar con la ceremonia de los anillos, mi hija Claudia subió al atril para leer una carta que había escrito. A menudo le suplico a Dios que me conceda el conservar siempre conmigo ese recuerdo y llevármelo allá donde vaya el día que deje de existir. Está dentro de mí: allí, de pie, con su vestido de gasa azul turquesa, irradiando tanta luz que se me difuminan los contornos de su rostro. Se acordó delante de todos de aquellas veces en que la llevé al bosque en busca de unicornios y yo atisbé, entre el lodazal que era mi pasado, los vestigios de lo que un día había llegado a ser: nada extraordinario, solo un padre normal y corriente que procura que sus hijos no dejen de creer en la magia, nada más. ¿Y qué hay mejor?

Qué curioso que sean esas pequeñas cosas las que, cuando salen a flote, nos recuerdan lo mejor que hay en nosotros. Resultó sanador. Mi tarea desde hacía meses consistía en rastrear en mi ayer cualquier indicio de mi propia identidad. Aquellas palabras de Claudia consiguieron en un minuto lo que yo no había logrado en meses: dar cuenta de una versión aceptable de mí mismo. Cuando terminó, entre sollozos, le di las gracias y le pedí un perdón que pretendía abarcar demasiadas cosas.

Noté vibrar la felicidad de Angélica cuando le puse su anillo, cuando me puso el mío. Nos miramos y sellamos nuestro compromiso besándonos en una ceremonia cargada de emoción. Luego, hubo momentos para todo: banquete, brindis, bailes, risas, niños correteando, copas y más brindis.

Vi en mi madre algo de paz cuando, tras el banquete, se sentó en los jardines a contemplar a sus hijos y nietos. Una paz parecida a la que se siente cuando, al acabar el día, se echan las llaves de la casa con todos los que importan dentro, sanos y salvos. Al amanecer ya nos enfrentaremos a lo que venga, a los peligros del mundo y a nuestros propios miedos. Veía a mi madre, pero parecía una niña siguiendo con la mirada una pompa de jabón, consciente de que en cualquier momento desaparecería.

Mi padre se dejaba querer y mostraba con prudencia cierto orgullo al poder, por fin, ofrecer una imagen decente de su hijo. Reflexioné sobre eso y sobre la cantidad de veces que habría tenido que maquillar su respuesta ante una pregunta tan corriente como «¿qué tal tu hijo?». Fuera por protección, por vergüenza o por las dos juntas, tuvo que mentir cientos de veces. Conociéndolo, creo que la mayoría de las veces fue por evasión: para no tener que enfrentarse a la realidad, aunque tal vez había también en todo aquello algo de culpa. Pensar en mí le suponía cuestionarse su papel como padre. No quise ahondar más en la reflexión por temor a que se apagara en mí la urgente necesidad de abrazar su vulnerabilidad. Así lo hice.

La noche, como todo lo bueno, pasó volando. Me marché solo al hotel justo antes de que despuntara el alba. No dejé que Angélica viniera conmigo. Entre los pocos invitados que quedaban estaban sus amigos de toda la vida, de esos que te acompañan casi desde la infancia y, aunque hizo el ademán, vi en su mirada las ganas de complacerme lidiando con las de exprimir con ellos hasta el último segundo. No podía privarla de que sumara con ellos una batallita más de la que pudieran regocijarse, con el paso del tiempo, en torno a una mesa. Angélica recibió cantidades ingentes de amor y de comprensión de aquel grupo de gente que adquirió la dimensión de familia a medida que el alzhéimer de Celestina ganaba terreno. Entre las cosas que compartían abundaban las alegrías, los logros, los momentos de felicidad. Y también los consuelos que unos a otros se prodigaron cuando las enfermedades, accidentes y otras tragedias llamaron a sus puertas.

Me vino bien disponer de unos minutos a solas. Las últimas

cuarenta y ocho horas habían sido vertiginosas y no había tenido un momento de sosiego para apaciguar una triste emoción y el deseo voraz de consumir que hubiesen podido malograr un día tan especial. Conseguí contenerlos, a duras penas, mientras mi mente se ocupaba de los preparativos y los invitados, pero, libre ya de ellos, reclamaron la atención que merecían.

Esta vez no consiguió traspasar mis murallas, pero el asedio de la Sombra fue más violento que nunca. Quizá fuera especialmente vehemente en aquella ocasión porque me había propuesto rechazarla a toda costa. Estuvo acosándome desde días antes, la noche anterior, durante el banquete y hasta en la misma fiesta.

«Es una ocasión que lo merece... No pasa nada... Nadie lo notará... Y si lo hacen, lo entenderán... No hace falta mucho... Tienes el poder...», me susurraba al oído sin cesar, persiguiéndome al caminar, en el coche, en mis sueños. Me pasé la noche zafándome de su garra en mi brazo. Intentaba arrastrarme a sus dominios y casi lo consiguió, en un momento crítico en el que mis fuerzas estaban mermadas por el cansancio, pero la fortuna estuvo de mi lado y no se dio la oportunidad.

Ya en la habitación del hotel, salí a la terraza. La vista abarcaba una vastísima extensión de playa que, sin embargo, parecía diminuta ante el océano. La franja de luz que la luna proyectaba sobre el agua revelaba su cadencia, su palpitar, calmo y amenazante a la vez. Aferrado con fuerza a la barandilla del balcón maldije a la Sombra en silencio, la maldije una y otra vez. Haber conseguido resistirme podía considerarse todo un logro para un drogodependiente, pero para mí no dejaba de ser una victoria pírrica. No se puede estar en dos sitios a la vez, y su presencia aquel día, al igual que en el resto de mi vida, me impedía disfrutar de las cosas en su plenitud. Era como vivir con el ojo siempre avizor, escuchando, sintiendo y amando siempre a medias.

Con toda su belleza, sin embargo, aquel día tuvo otra sombra, aparte de la que siempre me acuciaba para que consumiera: había tratado de reunir a todas las personas que quería y me querían — mi hija, mis padres, mis hermanos, mis sobrinos, tíos y primos

lejanos—, pero no había conseguido que mi hijo Andrés estuviera conmigo.

Se dieron muchos inconvenientes para su ausencia, es verdad, y hubiesen podido achacarse a unos u otros, pero todos tenían la misma raíz: yo y el desconcierto que sembraba a mi paso. Había cierta justicia poética: experimentaba, probablemente, algo parecido a lo que sintiera mi hijo las mil y una veces que falté a mis compromisos con él.

Puede que, en los capítulos venideros de mi vida, escritos y aún por escribir, se cuenten más ratos compartidos con mis hijos, en especial con Andrés. Así lo espero, pero cada vez que quiera releer mi pasado habré de afrontar también la tinta indeleble que narra todo lo que me perdí de ellos.

Ya estaba bien, era demasiado tiempo. Quería librarme como fuera de mi adicción, que ya me había quitado demasiadas cosas. Ocupaba demasiadas páginas en el libro de mi historia y esa noche se escribía un capítulo nuevo en el que su presencia rivalizaba con la de la alegría que sentía por casarme con Angélica. En esas estaba cuando me dejé invadir por el cansancio y, con la puerta de la terraza todavía abierta para escuchar el rumor del mar, me derramé sobre la cama sin desvestirme, preguntándome si algún día podría perdonarme a mí mismo.

Debí deambular un par de horas entre el sueño y la vigilia mientras los miedos que barruntaba transitaban por la habitación. Unos se sentaban en el sofá, otros me miraban desde la terraza, y aun otros, desde el lateral de la cama, donde yacía tendido. Siluetas oscuras con forma humana, sin rostro, susurrando a mi alrededor, cuchicheando sobre el paso de mis días.

Cuando Angélica irrumpió en la habitación, se disiparon al instante, acobardadas ante el nuevo día que traía consigo. Se lanzó sobre mí y me espabiló besándome, pidiéndome perdón entre risas por haberse quedado un rato más en vez de haber cruzado el umbral de la habitación colgada entre mis brazos. Entonces algo cambió, algo que no esperaba. Creía que el mero hecho de intercambiar unos anillos no cambiaría en absoluto la percepción que tenía de nuestra relación ni lo que sentía por ella, pero no fue

así. En aquel preciso momento, con ella aún vestida de novia y su felicidad espantando mis miedos, me sentí muy feliz, sin dudas con respecto al paso que habíamos dado. Me sentí para siempre acompañado y fui consciente por primera vez de que nos habíamos convertido en marido y mujer.

Volví de la luna de miel y empecé la nueva temporada con muchas ganas. Tenía por delante el arranque de *Punto Pelota,* el del programa de radio, que ahora hacía dos veces por semana, y el espectáculo de *Furor,* que cada vez tenía más consistencia.

Las primeras semanas fueron de mucho trabajo, pero a mediados de noviembre el engranaje estaba lo suficientemente ajustado como para que, poco a poco, las cosas se fueran convirtiendo en rutina. Nunca antes hasta ese momento había conseguido soportarla. Hasta entonces, oía *rutina* como una condena, y cada vez que lo novedoso pasaba a ser cotidiano acababa echándolo a perder.

No quiero mentir ni es este lugar para ello: me gusta esa parte de mí. Es cierto que, desatada, me privó de la ocasión de profundizar más en las cosas, de recoger los frutos maduros, pero a cambio tuve libertad o, por lo menos, una ilusión de ella. Pocas cosas hubo que me ataran a los sitios o a las personas, pero ahora, quizá por agotamiento de tanto deambular, me hallaba cómodo instalado en esa corriente de lo habitual.

No eché en falta tampoco la necesidad de alcanzar más metas laborales: estaba satisfecho y convencido de que no podía alcanzar ninguna más alta. Me lo impedía, por un lado, mi reputación: no se había hecho público mi problema de adicción, pero la rumorología llevaba tiempo campando a sus anchas. Por otro lado, estaba lo que yo creía de mí mismo. No me sentía capaz y ya había renunciado a ser más de lo que las circunstancias me permitieran ser.

Al contrario que en otras ocasiones, estaba en lo cierto: eran el momento y el lugar perfectos para quedarme quieto, un remanso de tiempo en el que ir cobrando fuerzas, seguridad, aplomo, y en el

que las cosas se fueran posando poco a poco para poder seguir construyendo sobre cimiento sólido. Los esfuerzos laborales se traducían en un sueldo razonable; los domésticos, en un cada vez más cálido hogar, y los del amor, en la idea de tener un hijo con Angélica.

Pero también la Sombra había desplegado sus armas y obtenía resultados. Su estrategia en aquella primera fase fue la guerra de desgaste, a pesar de mi resistencia. Halló la manera de colarse en mi nuevo presente confundiéndose con cualquier pensamiento, sentimiento o sensación, ofreciéndose unas veces como recompensa en los triunfos, otras como consuelo en las derrotas, y otras como el descanso del guerrero. Cuando estuvo lista, atacó, dispuesta a conquistar la siguiente parcela de mi voluntad.

Terminábamos la jornada a las nueve de la noche y muchos días acabábamos en el bar de enfrente, comentando los más y los menos del programa. No solía quedarme mucho tiempo porque tenía un largo trayecto de vuelta a casa hasta Guadalajara y Angélica siempre me esperaba para que cenásemos juntos.

Un día de finales de noviembre, uno como otro cualquiera, la Sombra decidió actuar sacándose de la manga una maniobra inesperada que me pilló por sorpresa. Puso en mi camino una oportunidad fácil. No era la primera vez que me tentaba: muchas veces se me había acercado gente a la que de una u otra manera le había llegado el rumor de mis hábitos, buscando complicidad para consumir. Pero aquel día, un conocido con el que había consumido drogas en el pasado vino al programa como invitado. Más tarde, en el bar, me propuso recordar viejos tiempos, celebrar nuestro reencuentro. Intenté zafarme alegando que le quedaba poco y que era mucho lo que se podía perder si nos arriesgábamos a buscar más.

La verdad, si hubiera podido eludir la propuesta, con seguridad lo habría hecho, pero solo con oírla mi adicción había despertado hambrienta. Un ruego apagado sonó desde algún sitio profundo en mi interior para que diera marcha atrás, pero ya era

demasiado tarde. Mi propia respuesta estaba revestida de astucia, buscaba dos afirmaciones posibles: «llevo más encima» o «se consigue fácil». Y resultó ser fácil, demasiado fácil. Con una llamada de teléfono bastaba y no había que desplazarse. En cuestión de veinte minutos, como máximo, se lo traían a la puerta. Pensé «no» y de mi boca salió un «sí» rotundo.

Volví a consumir, poco y rápido, porque tenía que marcharme y seguir ocultando mis recaídas. Mi mente, manipulada por el deseo de consumir, continuaba engañándome, haciéndome creer que tenía el control de la situación y que, poco a poco, el ansia se iría disipando a través de un consumo moderado. Hasta ese punto puede llegar a engañarse un drogodependiente. A esas alturas, la droga es capaz de retorcer la realidad de tal forma que puede incluso presentarse como la solución al problema que ella misma ha provocado. Pero lo que más revela su carácter malvado es la capacidad de aparentar ser compatible con tu felicidad y la de los tuyos.

Llegué a casa borracho y drogado, pero solo manifesté lo primero y lo banalicé, tachándolo de normalidad. Unas cervezas de más, la visita de un antiguo amigo... No cené con Angélica ni la abracé aquella noche en el sofá. Me quité de en medio para evitar que notara la ansiedad que sigue al consumo. Subí a la habitación y me tomé dos pastillas para dormir.

Aunque no me daba cuenta, en esta ocasión había cedido de forma irreversible: ahora ya me parecía posible merodear de vez en cuando al borde del infierno. Podía, de tanto en tanto, introducir un consumo exprés en mi vida, combinando el contacto del nuevo camello con servicio a domicilio con una excusa estúpida y un par de pastillas para dormir.

En cierto modo, me sentí aliviado. También proporcionan eso las rendiciones: descanso. Mantienes los dientes apretados mucho tiempo, resistes, eriges tu fe para contemplar cómo se derrumba una y otra vez. Es agotador. Declararse vencido hace innecesaria la lucha y, durante un tiempo, lo agradecí.

Me vi de nuevo a mí mismo a las afueras de las débiles murallas que me guardaban, negociando con la Sombra, que ya

apenas se esforzaba en contener a sus ávidos ejércitos. Como en todas las ciudades asediadas y a punto de ser conquistadas, cabían dos posibilidades: el degüello o el acato de sus condiciones. Impotente, acaté.

Utilizando ese modelo exprés, empecé a consumir de manera regular, dejé de resistirme. Cada quince días aproximadamente usaba como excusa el quedarme con los compañeros a tomar algo para acudir a mi cita con mi adicción. Al contrario que las veces anteriores, mi vida empezó a verse afectada. Al principio, Angélica no lo notó, pero no tardó en darse cuenta de que mi comportamiento no era normal. Un rato con los compañeros y dos o tres cervezas no justificaban el grado de intoxicación con el que llegaba. Mis excusas eran endebles, y tras esgrimirlas, de manera casi ininteligible, me retiraba al dormitorio para tomarme un somnífero.

En mi enajenación, solo empecé a ser consciente de que algo no iba bien entre nosotros cuando comenzó a rechazarme en la cama. El sexo que le solicitaba en aquellas condiciones solo buscaba contentar a mis vicios agazapados, lo que significaba que, poco a poco, empezaban a asomarse por encima de las almenas de mis murallas.

Angélica empezó a sospechar, pero optó por no decir nada y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Mi nuevo *modus operandi* tenía defectos y levantaba sospechas, pero aún se podían albergar dudas. De momento, su onda expansiva solo alcanzaba los dos o tres días siguientes a mis salidas, y mi comportamiento ejemplar durante el resto de los días entorpecía la visión del problema real. Eso y que también es difícil afrontar determinadas cosas. No estábamos preparados para asumir que, justo ahora que acabábamos de casarnos, las drogas volviesen a poner en peligro no solo mi recuperación, sino todo lo que habíamos comenzado a construir. De alguna manera, los dos cerramos los ojos esperando que ocurriera un milagro.

Ignorando, pues, los nubarrones que iban apretujándose en el horizonte, seguimos permitiéndonos el lujo de jugar a ser felices. Todos los agregados físicos y mentales que me constituían parecían

haberse dispuesto de una manera natural sobre el tablero del destino. Mis padres estaban medianamente satisfechos viéndome casado, con trabajo y en aparente evolución. Se consolidaba nuestro pacto de no agresión y secretismo, confiados en que nuestros vínculos se irían purificando en el torrente silencioso del tiempo. A mis hijos los veía poco, pero mi relación con ellos había mejorado. Se iban haciendo mayores y empezábamos a tener otro tipo de comunicación. En lo laboral gozaba de estabilidad y, además, progresaba en mis quehaceres como presentador y locutor. Incluso mi adicción y los desgastes mentales que conlleva parecían haber encontrado un sitio en mi vida donde acomodarse sin alterar demasiado las cosas.

Todas esas circunstancias esperaban con calma el soplo divino que hace que las cosas se muevan y choquen unas con otras. A finales de febrero, dos noticias inesperadas provocarían que las fichas del tablero se pusieran de nuevo en movimiento.

Que fuera una catástrofe anunciada no lo hizo más fácil de digerir. Hay cosas para las que uno nunca está preparado. Atendía una mañana los contenidos del programa de ese día cuando me llamaron del departamento de contabilidad.

«Cara de póker, Alonso», me iba diciendo para mis adentros mientras me dirigía a la primera planta.

—Siéntate, por favor —me indicó el subdirector del departamento. Resultaba evidente que no era grato lo que estaba a punto de decirme.

«Cara de póker.» Llevaba más de diez años repitiéndomelo mentalmente ante esas situaciones.

—Nos ha llegado una notificación de Hacienda.

«Cara de póker, cara de póker.» Era como un resorte mental, me ayudaba a no demudar el rostro ante la posibilidad de que reaparecieran mis deudas del pasado.

—A partir de ahora, no podemos pagarte. Hacienda reclama tu sueldo por una deuda de 120.000 euros.

—Sí… Contaba con ello, era algo que estaba esperando —

contesté aparentando una naturalidad que estaba lejos de sentir—. Perdona que no os lo haya comunicado. Ya estoy con los trámites del aplazamiento, en un par de días espero tenerlo resuelto.

Aquel día perdí todos los trenes, estuve vagabundeando por los alrededores de la estación a la espera de rehacerme lo suficiente como para que Angélica no se preocupara al verme. No podía hacer mucho más que pedir un café americano en vaso de cartón y buscar algún banco remoto donde coger aire sin que nadie me molestara.

No quería pensar, aspiraba profundamente mi cigarrillo y dejaba salir el humo, entreteniéndome con las volutas que dibujaba ante mis ojos. Todo el rumor de los alrededores se convirtió en un solo sonido sordo, como el de un ariete golpeando unas puertas no muy lejanas. Era mi pasado persiguiéndome, era el momento de mi rendición total, de la entrega de mi vida.

En el pasado, la drogodependencia me había garantizado la evasión. Había llegado a estar tan deshecho, tan perdido, que no me importaban en absoluto las consecuencias de mis actos. Esta vez, sin embargo, me sentí especialmente ridiculizado por la vida. Cuando, derrotado, me aparté del mundo, renuncié a todo. A la vida, al amor, a mi familia, a mis hijos. Solo me propuse subsistir y casi desaparezco. Llegué a olvidarlo todo y entonces algo —alguien— me colocó sin yo pedirlo en un nuevo punto de partida. Había rozado algo parecido a la felicidad y, justo cuando empezaba a creérmelo, la adicción y las deudas del pasado, que reabrirían viejas heridas con mis padres, asomaban de nuevo.

Me sentí víctima de una broma macabra. El olvido era una farsa, todo aguarda esperando su momento.

10

Tormenta cercana

Notaba en el ambiente el peligro
que me rondaba, como el olor a tierra que levanta
la tormenta cercana, pero mantenía la esperanza
de que el aguacero pasara de largo,
dejando a su paso un arcoíris.

Febrero trajo más cosas consigo, además de la reaparición de la vieja deuda de Araujo Príncipe, la productora familiar.

Recibí una llamada de Elena, la madre de mi hija Claudia. Estaba teniendo problemas en el instituto. Había cambiado a uno nuevo ese mismo año y no conseguía adaptarse. Por aquel entonces tenía diecisiete años y, a pesar de su juventud, se sentía ya lo bastante cansada y frustrada como para plantearse abandonar los estudios. Como alternativa había puesto sobre la mesa la posibilidad de irse a Mánchester, donde vivía un exnovio suyo. Allí buscaría trabajo como camarera y en septiembre empezaría algún curso relacionado con el arte y el diseño.

Hablé con ella: estaba perdida y pasándolo mal. Argumentaba con convicción, aunque sin darse cuenta de lo que suponía el paso que estaba a punto de dar. Era una decisión peligrosa: una solución desesperada al encontrarse perdida y sin rumbo, no el fruto de un auténtico deseo por irse a trabajar o estudiar al extranjero.

Recurrir a la autoridad paterna era arriesgado. Tenía que ser muy cauto a la hora de dar consejos a mis hijos. Mi pasado y mis ausencias podían convertirse fácilmente en un arma arrojadiza con la que zanjar cualquier conversación: bastaba dar un golpe sobre la

mesa y utilizar ese enfado como excusa para eludir sus verdaderas responsabilidades. Lo había vivido otras veces con conocidos, amigos y familiares. Es una consecuencia natural. La drogodependencia se convierte, por parte del círculo más cercano del afectado, en la excusa perfecta para eludir o justificar los deberes propios de cada uno. De todas formas, el problema de base estaba en que yo no me creía con derecho a decirles a mis hijos lo que tenían que hacer.

Le pedí a Claudia que, aunque no renunciara a la idea de marcharse, lo pospusiera unos meses. Mientras tanto, podía vivir durante una temporada con Angélica y conmigo en Guadalajara, para coger aire y planificar con tranquilidad la decisión que había tomado. Mi sugerencia pareció darle un respiro, aunque no dejó de recalcar que bajo ningún concepto cambiaría de opinión. Tras las debidas conversaciones con las partes implicadas, Elena y Angélica, se tomó la decisión de que en mayo se trasladaría con nosotros.

No era la primera vez. Hacía siete años ya le había pedido a Elena que la dejase venir a vivir conmigo y me llamó la atención la repetición, aunque ligeramente modelada, de las circunstancias: por aquel entonces también acababa de recibir notificación de la deuda con el Ministerio de Hacienda, así que me sentía como inmerso en un viaje en el tiempo, un regreso al quehacer de las cosas que teníamos —mi familia y yo— durante el periodo de Araujo Príncipe.

Al anochecer me senté frente a la chimenea, encendí el fuego y la leña empezó a crepitar. Con el cuerpo inclinado hacia delante, ensimismado mientras veía crecer las llamas, pensé en las similitudes con el pasado: había tantas que, por un momento, fui incapaz de trazar la línea que separaba el hoy del ayer.

—Papá, ¿a dónde vamos?

Era septiembre de 2009 y mi hija de diez años estaba sentada enfrente de mí, en la terraza de una cafetería cualquiera, rodeada de gorriones a la espera de alguna miga del mollete untado con tomate que desayunaba. El sol había salido después de varios días

de lluvia, las calles aún estaban húmedas y sus destellos ofrecían la imagen de un mundo recién bautizado, esplendoroso y prometedor.

Hacía tres semanas que Claudia había llegado a Marbella para quedarse a vivir conmigo.

—Ya lo verás… —respondí—. Te va a encantar.

Elena había decidido mudarse de Madrid a Estepona, su ciudad natal, el próximo año, y, mientras tanto, había mandado a Claudia para que se quedase con su abuela. Iban a ser unos meses muy agitados mientras vendía la casa, traspasaba el negocio y planificaba su futuro en Málaga, y temía no poder encargarse de ella como era debido. Cuando me llamó para contarme sus planes, le dije que lo lógico era que durante aquel tiempo Claudia viviera conmigo, no con su abuela.

No le reproché que titubeara, más bien al contrario. Además, lo hizo con la misma delicadeza con la que siempre me había dicho las cosas. Quiso saber si estaba en condiciones, si era capaz, y la verdad era que ni yo mismo lo sabía: no eran buenos tiempos. Llevaba una vida desordenada, llena de vicios, y ya había empezado mi decadencia laboral. Además de eso, que ya de por sí era suficiente como para cuestionarme mi propia capacidad, Hacienda acababa de llamar a mi puerta, por primera vez, para reclamarme la deuda que había dejado la productora familiar al cerrar, hacía ya algunos años.

Con todo, insistí: era mi hija, cualquier otro razonamiento estaba fuera de consideración. Se lo debía desde hacía mucho tiempo. Desde una mañana en que, con apenas tres años, irrumpió en mi habitación buscándome. Cuando la oí, me escondí rápidamente detrás de la puerta: llevaba toda la noche sin dormir, apestaba a alcohol y a sudor, y en mi rostro se leía aún la ansiedad por consumir más. No quería que guardase ese recuerdo de su padre y puede que fuera lo mejor para ella. No podré saberlo nunca a ciencia cierta, pero aquella mañana empecé a convertirme en un fantasma.

Así me sentí, como un espíritu avergonzado, acobardado, en tierra de nadie. Escuchaba desde aquel sepulcro sus pasos correteando alrededor de la cama mientras levantaba las sábanas

buscándome debajo, y su voz de niña pequeña llamándome sin obtener mi respuesta. Poco tiempo después me marcharía de casa convencido de que era lo mejor para todos, sobre todo para ella.

Es casi imposible redimirse de algo así, pero que viviera conmigo de nuevo, poder cuidarla, era una segunda oportunidad para compensarle aquel y otros tantos abandonos. Era mi segunda oportunidad. Quería asumir mi responsabilidad de padre. Me sentía con fuerzas y me ilusioné pensando que quizá, siempre quizá, había llegado el momento de dejarlo todo. Las cosas, sin embargo, se pusieron difíciles desde el primer momento.

—¡Papá! —insistió, y me sacó de golpe de mis pensamientos, para acto seguido darle muy tranquila otro sorbo a su Cola Cao—. Dime a dónde vamos...

—Que te digo que es una sorpresa. Espera y verás, que te va a encantar.

La verdad era que no sabía a dónde ir, ni qué decirle, ni qué hacer. Acabábamos de abandonar el piso de mis padres en el que nos habíamos instalado no hacía ni quince días. Acababa de discutir con mi madre y, agotado, trataba de disimularlo para que Claudia no lo notara.

Mi madre y yo no nos habíamos entendido: cuando llegó la notificación de deuda y averigüé que lo que se me reclamaba no provenía de la gestión de mis propias cuentas, sino de las de la productora Araujo Príncipe, la llamé para preguntarle. Me confirmó que, efectivamente, la empresa había cerrado dejando deudas pendientes, pero que estas se habían generado a raíz de los ingresos que yo había seguido percibiendo y, por tanto, tenía que pagarlas yo.

Tuve dudas. Era cierto que existía una firma mía que me permitía sacar dinero de la empresa: una mera formalidad para que pudiera acceder a mi sueldo, que cobraba a través de la productora, pero yo en ningún caso había llevado o gestionado las cuentas. Aun así, le dije que me enviara la documentación para constatar todo lo que había y afrontar el pago.

Me respondió que la documentación se había traspapelado.

Y tuvimos la primera de cientos de discusiones.

No conseguía entenderla: aunque fuera el responsable de la debacle económica —cosa que yo no tenía nada clara—, debía haberme enterado en el momento de cerrar las cuentas. Lo lógico hubiera sido comunicármelo para poder solucionarlo, y no permitir que los intereses por demora ascendieran y ascendieran hasta precisar del embargo de mis propiedades y cuentas bancarias. Pero no: había tenido que enterarme a través de mi inquilina, cuando me comunicó que Hacienda le prohibía pagarme el alquiler.

Discutí con mi madre. Discutimos y seguimos discutiendo, y, poco a poco, la cuestión monetaria empezó a abrir una extraña y nueva brecha entre nosotros. Ninguno era consciente aún de lo que estaba sucediendo, del odio que estábamos sembrando en la familia.

Ella insistía en que recurriera, que pidiera aplazamientos y lo pusiera todo en manos de abogados, pero me negué. La deuda estaba a mi nombre y bajo ningún concepto quería vivir arrastrándola durante años. Prefería poner mis casas a la venta, pagarle a Hacienda y seguir adelante. Al final, conseguimos llegar a un acuerdo: asumiríamos la deuda al cincuenta por ciento.

Vendí una de las casas y entregué la otra para que saliera a subasta. En total, junto con la venta del coche, pude reunir lo suficiente como para pagar algo más de la parte que me correspondía de la deuda y guardar una pequeña cantidad para afrontar el año con Claudia. Mis padres, sin embargo, no pudieron aportar toda su parte, con lo que no se pudo cancelar la deuda al completo.

Hubo más peleas y cada vez más dolorosas. Yo tenía un grave problema de drogodependencia, sí, pero también había planificado un futuro convencional que se sustentaba en esas dos casas que había adquirido. Como cualquier persona, a pesar de mis problemas, me había propuesto consolidar un patrimonio decente para mi futuro y el de mis hijos. Estaba decidido a atajar el problema rápido y como fuese, así que vendí todos mis sueños confiando en mi juventud y en mis fuerzas para recuperarlos: tenía tiempo, aún no estaba todo perdido. Confiaba en poder curarme. No comprendía por qué mis padres, a los que además consideraba

responsables, no hacían todo lo posible, incluida la venta de alguna de sus propiedades, para terminar de solucionar el asunto y librarnos a todos de la deuda.

Después de muchas idas y venidas, convinimos que, para compensar la parte que faltaba, me cederían un piso que tenían en Marbella, y en esas condiciones me instalé allí con Claudia: aquel techo era lo único seguro que podía darle en aquel momento.

No conseguía dormir por las noches. Me sentaba en el salón con las manos en la cabeza preguntándome si iba a ser capaz. Si iba a poder dejar de consumir, pagar la deuda, conseguir trabajo, cuidar de mi hija…, y si podría dejar de sentir aquella impotencia, aquella rabia hacia mis propios padres.

Aquella mañana, mi madre acababa de comunicarme que habían vendido la casa, que ya habían firmado el contrato de arras y que teníamos que abandonarla antes de cinco días. Supuse que, a continuación, añadiría que pensaban utilizar los beneficios para saldar lo que quedaba de la deuda que compartíamos, pero no fue así: tenían pensado dedicarlo a afrontar otros pagos.

No esperé el plazo de cinco días, le dije a Claudia que hiciera las maletas y salí de aquella casa con ella dejando las llaves dentro para asegurarme de que no podría volver.

—Papá… —repitió Claudia con tono cansado mientras subíamos a un taxi—, ¿a dónde vamos?

—Ya te he dicho que es una sorpresa. Te va a encantar.

La llegada de Claudia a Guadalajara supuso un esfuerzo de adaptación para todos.

Decidió retomar sus estudios y quedarse a vivir con nosotros por lo menos los dos años que le quedaban de instituto. Me sentí muy orgulloso: era todo un logro como padre, en el que, sin embargo, Angélica tuvo muchísimo que ver. En todo momento fui consciente del enorme sacrificio que para ella supuso la llegada de Claudia a nuestras vidas. Hubo que alterar y posponer algunos de los planes que, como pareja sin hijos, nos habíamos fijado. Pero hizo de amiga, de maestra y de madre. Fue generosa, paciente y

sabia consejera, y con cada cuidado prodigado a mi hija crecía mi amor por ella.

La situación llegó a estabilizarse, por lo menos durante un tiempo. Y podría haber durado, como otras tantas veces en las que intenté rehacer mi vida, si no fuera porque mi adicción seguía allí agazapada. De vez en cuando dejaba oír su roer, como la carcoma, horadando poco a poco mi voluntad.

Sin saberlo, Angélica y Claudia actuaban contra ella a modo de remedio. Su presencia en mi vida no conseguía hacer desaparecer el mal, pero sí contenerlo, al menos de momento. Había seguido consumiendo a escondidas. Dos o tres veces al mes me quedaba en Madrid después del trabajo para satisfacer mi deseo. Tenía que tener mucho cuidado, elegir días en los que Claudia no estuviera en casa y consumir poco. No quería que nadie se diera cuenta y tampoco que afectara al transcurrir normal de mi vida o de mi trabajo.

Pero eso ya no era posible. Empezaban a aparecer señales de que algo me pasaba y, sobre todo, de que mentía. Angélica seguía sin mencionar el asunto, pero sus sospechas aumentaban y fue invadiéndola un aire de tristeza.

Saberlo, ser consciente del daño que le hacía, sin embargo, no evitaba que sucediera. En gran medida, ese era el origen del sufrimiento que me causaba mi adicción. Desde el preciso momento en que fui consciente de su poder —cosa que ocurrió al cabo de muy poco tiempo después de empezar a consumir por primera vez, con diecisiete años— quise librarme de ella. No quería ser un drogadicto, pero por mucho que lo deseara, me torturara o lo intentara, no conseguía sobreponerme al deseo.

En las horas de arrepentimiento posteriores a mis capitulaciones, hastiado ya de mi eterna derrota, solía recordar las veces que, siendo más joven, mi padre me había pedido con aire entre suplicante y autoritario que no cayera en la trampa de las drogas. La principal razón que esgrimía mientras fijaba su mirada en la mía era que para él supondría un sufrimiento indescriptible, la peor de las torturas. Ese recuerdo, junto con muchos otros seleccionados al azar, acudía a mi mente exhausta. Era mi propia

conciencia burbujeando como el aire que trata de escapar de la lava ardiente. Me arrollaba un tsunami de todas las cosas que, fuera posible o imposible ya, quería remediar.

Quería dejar de evitar la mirada de mi padre para no tener que decirle que me había convertido precisamente en eso que tanto temía, en un drogadicto, y que no lo podía remediar. Quería borrarle el recuerdo a mi madre de verme sobre una cama con una toalla enrollada entre los dientes y mi cuerpo sacudiéndose por las descargas eléctricas en mi cerebro. A mi hermana, el del sonido del teléfono todas las veces que la llamé de madrugada para que me rescatara de algún prostíbulo. La lista parecía no tener fin. Sin embargo, de nada servía tanto castigo, sufrido ni infligido..., luchaba, caía, hacía padecer, padecía y volvía a empezar.

Con todo, lo que me estaba sucediendo tenía un aspecto positivo: la situación no podría mantenerse, tarde o temprano se precipitaría en una u otra dirección, pero esta vez, al margen de mi adicción, de momento contenida, todo lo que me rodeaba gozaba de un aspecto más sólido.

A fin de cuentas, había conseguido dar grandes pasos. Estaba casado, tenía trabajo estable y vivía en un chalet adosado con mi mujer, uno de mis hijos, tres perros y un gato. Hacienda y todo lo demás podían incluirse, por el momento, dentro del grupo de problemas a los que cualquier familia normal tiene que enfrentarse.

Había recuperado la ilusión por vivir que había perdido muchos años atrás, y a eso me aferraba. Esa ilusión se alimentaba de todo: del ejemplo y la capacidad de sacrificio de Angélica, de mi responsabilidad como padre. Notaba en el ambiente el peligro que me rondaba, como el olor a tierra que levanta la tormenta cercana, pero mantenía la esperanza de que el aguacero pasara de largo, dejando a su paso un arcoíris.

Me embarqué en un nuevo proyecto. Un programa de televisión que se emitiría los domingos por la mañana, un magacín con distintas secciones, entrevistas, actuaciones, debates y

concursos.

Supondría un esfuerzo titánico: contaba con el plató de Intereconomía, pero no con el personal necesario. Para sacarlo adelante, abarqué personalmente todo el trabajo de producción, guion, dirección y, por supuesto, presentación. Todo ello combinado, además, con *Punto Pelota* y el programa de radio. Trabajaba muchísimo, pero estaba tan entusiasmado que nada me parecía imposible. La parte que más me gusta de mi trabajo es la oportunidad de desarrollar la creatividad, y aquel era un programa que, por su sencillez y falta de presupuesto, precisaba de grandes cantidades de ingenio.

Tal era mi entusiasmo que, a pesar de las circunstancias, me animé a recurrir a mi hermano y a mi padre para que colaboraran en el programa. Era consciente de que eso supondría entrar de nuevo en contacto con mi familia… Y me creí preparado.

11

La hora de la Sombra

Era una fantasía, una ilusión provocada por mi inseparable Sombra, que llevaba tiempo aguardando pacientemente su momento y al fin lo veía a su alcance: había llegado su hora, la hora de la Sombra.

Todo lo que pretendía era bueno, o al menos así lo creía yo. Ampliar horizontes laborales, aumentar mis emolumentos, recuperar a mis hijos y a mi familia, cuidar mi matrimonio… Lo normal, ¿no?

—Lo sé —me decía Angélica—, pero deberías tomártelo todo con más calma. Vas como pollo sin cabeza.

Tenía razón, y ya no podía disimular su preocupación. No solo empezaba a darme cuenta de que estaba abarcando demasiado, sino que volvía a mirar al futuro con impaciencia. Tenía prisa, demasiada, y era una sensación que ya conocía: la de ser como una veleta mareada, incapaz de orientarse ante demasiados vientos.

Por supuesto, tenía mucho que ver la tiranía que la cocaína iba ejerciendo en mi sistema nervioso. Aunque las cantidades no eran significativas, llevaba semanas consumiendo regularmente y, poco a poco, dejaba de ser dueño de mis pasamientos, actos y emociones.

Pero, aunque la espolearan, las drogas no eran la razón principal de mi avidez. Aún no me había remontado al origen de mi impaciencia, no la comprendía, eso vendría más tarde. Hoy por

hoy sigo llevándola muy dentro, anclada en algún lugar profundo de mi conciencia. Me resulta tan familiar que, por increíble que pudiera ser, a veces creo que ya estaba conmigo cuando vine al mundo. Hace tiempo que dejé de rechazarla: es ineludible. Estamos condenados a entendernos.

Mi afán era que se sintieran orgullosos de mí. Siempre lo había sido. Y tampoco lo quiso el destino aquella vez.

Les había pedido a mi padre y a mi hermano que colaboraran conmigo en mi nuevo programa de los domingos, pensando que con ello nos ayudaríamos mutuamente. La idea era generar un espacio en el que se encontraran tres generaciones, en este caso, representadas por mi padre, mi hermano Andrés y yo, y mi hija Claudia, a la que animé para que catara el oficio.

Si el proyecto prosperaba, tendríamos la oportunidad, nada habitual por otra parte, de producir juntos un pequeño formato televisivo y explotarlo todo el tiempo que nos fuera posible. Era un buen plan, a la medida de nuestras posibilidades reales, habida cuenta de que nuestra popularidad como presentadores no hacía más que mermar en ese momento. Además, y quizá eso era lo que más me animaba, nos permitiría estar juntos e ir recuperando los vínculos perdidos.

Los primeros días parecía que volvíamos a ser los de siempre. Nos divertíamos, intercambiábamos ideas y las hacíamos converger. Mi hermano Andrés generó sus propias secciones, al tiempo que participaba del resto, y mi padre se encargaba de la entrevista principal. Le pedí que cantara para cerrar sus espacios. Era bueno para el formato, sí, pero el motivo principal era que a mí me gustaba verle y complacerle.

Había armonía... Y, como no podía ser de otra forma, duró poco.

Andrés y yo empezamos a discrepar. Él no estaba de acuerdo con mi forma de llevar a cabo las cosas; yo no aprobaba su comportamiento. Empezó a llegar malhumorado y con desgana, y ahora creo que en parte tenía razón: yo transmitía una sensación

de caos que lo hacía todo inestable a mi alrededor.

Coincidía con él en que al programa aún le faltaban muchos ajustes y que reinaba cierto desorden, pero tan solo llevábamos dos o tres semanas grabando. Como cualquier proyecto que arranca, argumentaba yo, pasábamos por una fase de prueba y ensayo. Ante sus quejas y críticas, yo alegaba lo endebles que eran mis recursos, pero en realidad lo único que hacíamos era dar vueltas alrededor del verdadero fondo de la cuestión sin llegar nunca a tocarlo. Las discusiones sobre retrasos, contenidos, planificación y resultados no eran más que nuestra mutua disconformidad ancestral con respecto al otro, disfrazada de cuestiones técnicas. Se barruntaba que no tardaríamos en traspasar la línea de lo profesional para adentrarnos en la personal. Y así ocurrió.

—¡Que esto no va a ninguna parte, Alonso, que así no funciona!

La discusión ya venía de largo, pero nos íbamos acercando al punto de inflexión.

—¡¿Solo vas a quejarte o vas a poner remedio a los problemas?!

—¡Pero si es que no te enteras: el problema eres tú!

Ahí estaba: la acusación más temida, la que reconocí de inmediato. Yo, mi manera de ser, mi trastorno... Esos eran los causantes de su malestar y el origen de los dudosos resultados del programa. Me sentí ofendido, claro, pero sobre todo dolido. Dolido porque no era la primera vez que me decían algo así.

—Lárgate de aquí —sentencié, ya sin gritar—, y mejor no vuelvas.

No era la primera vez que acababa en ese punto con alguien de mi familia. Ya conocía ese acceso de furia sobrevenida, nacido de la impotencia, que me impulsaba a alejarlos para siempre.

Claro que sabía que era responsable —culpable— de haber desgastado con mi problema las vidas de todos ellos, eso era innegable. Volver la vista atrás, hacia mi juventud, era como mirar a una montaña, majestuosa, sí, pero calcinada tras el paso de un incendio. Pero algo en mí, supongo que el instinto de supervivencia, afloraba con una determinación cruel cuando cabía

el peligro de que se confundieran los defectos de los demás con los míos.

Desde que, siendo muy joven, cuando el rumor de que me drogaba demasiado ya había corrido por el pueblo donde vivía, un día me gritaran «¡yonqui!» desde la acera de enfrente, no había dejado de sentir vergüenza de mí mismo. Con los años, me había convertido en una persona de aspecto franco y sonriente, pero profundamente solitaria y huidiza.

Aun perdido como estaba, me daba cuenta de que, bajo los harapos con los que me habían recubierto las drogas, mi alma permanecía intacta, intentando lucirse aquí y allá, entre tanto barullo, tratando de salvaguardar, quizá, cualquier ápice de mi identidad y conseguir algún que otro mérito con el que aspirar a la salvación.

Aquella mañana de septiembre en que abandoné la casa de mis padres con mi hija de diez años de la mano también me prometí renunciar a ellos para siempre.

Mi prestigio profesional se desplomaba por culpa de mi adicción, pero eso corría de mi cuenta y lo asumía sin remilgos. El peso de la deuda de una empresa familiar que yo no gestionaba era algo completamente diferente. Todo lo que mis padres habían hecho hasta ese momento al respecto (no hablarme de la deuda, hacerme responsable de ella sin un solo documento que lo justificara, aplazar los pagos aumentando mi deuda, destinar el dinero de la venta de la casa de Marbella a otras «urgencias» suyas...) parecía anteponer al gran problema que nos afectaba algún otro interés o necesidad que me sentía incapaz de comprender.

Pero, con todo, el aspecto económico, aunque grave, no era el quid de la cuestión.

Lo que más me mortificaba era el contraste entre la madre que siempre había conocido y la que ahora se descubría: me iba dividiendo a cada paso que daba en busca de un hotel. A Claudia le ofrecía calma y ternura; en mi interior, se desataban la

desesperación y el odio.

Mi madre, que se había sacrificado por mí lo indecible. Que había sufrido conmigo. Que me había acompañado durante años por el camino de mi propia destrucción, intentando recomponer lo que quedaba de los dos después de cada recaída. No hubo nada que estuviera en sus manos que dejara de hacer por mí. ¿Quién era ahora esa persona?

No conseguía entenderla, y tampoco a mi padre, con el que por aquel entonces prácticamente no hablaba. Hacía tiempo que habíamos dejado de hacerlo, casi desde que era niño y jugábamos juntos al balón. Ni siquiera él mismo sabía cuánta verdad guardaba aquella frase que tantas veces me dijo:

—El peor de mis infiernos sería que cayeras en el mundo de las drogas.

Tanto que no lo pudo soportar. Cada vez que yo llegaba a casa después de haber consumido, si se daba el caso de que aún estaba en casa, se marchaba. Y no volvía en días. No acudió nunca a las sesiones con psicólogos o psiquiatras, ni a los tratamientos, ni a los ingresos cuando sufrí una sobredosis. Evitaba cruzarse conmigo en aquellas circunstancias. Impuso la distancia como remedio, y eso me impidió expresarle mis remordimientos, mi arrepentimiento, mi súplica de perdón.

Habría gritado pidiéndole socorro, le habría dicho que ese no era yo, que era una enfermedad, que no sabía qué hacer, que no podía con ella, que me estaba matando en vida y que lo necesitaba más que a nadie en el mundo. Hasta me habría nutrido de sus reprimendas, de haberlas habido, para agarrarme a algo más con lo que intentar salvarme. No sé si hubiese servido de algo, no lo sé. Sencillamente lo eché en falta.

La necesidad de solucionar el problema con Hacienda nos brindaba una oportunidad única para volver a hablar, aunque fuera para discutir, pero mantuvo la misma conducta y dejó que fuera mi madre la que asumiera el papel de portavoz familiar.

Entonces sucedió. No sé exactamente en qué momento, pero se insinuó: todo aquello —el problema con Hacienda, que la deuda fuera mía y solo mía, los malentendidos, la distancia— era

consecuencia directa de mi problema con las drogas.

Me supo a traición y, desde ese momento, todo cambió para mí.

Tantas responsabilidades sobre mí…, demasiadas, tantas que resultaban sospechosas. Su ruina, la mía, y hasta la de mi hermana pequeña, Alejandra, a la que con dieciocho años mis padres habían asignado como administradora de la empresa, y a la que ahora Hacienda también perseguía. 120.000 euros sobre mi conciencia: en mi espalda, la carga de ser el causante de este nuevo sufrimiento familiar.

Todos lo creyeron así. Yo no pude. Y lo poco que aún me unía a mi familia se rompió. Cerré la puerta al salir y me quedé solo, con mi hija, a la deriva.

Todo aquello afloró con las palabras de mi hermano: «el problema eres tú». Repetía la misma fórmula que ya les valiera en el pasado. Y yo había estado tan inmerso en la situación que no me había percatado de lo que había estado sucediendo desde que nos reencontramos: nuestro punto de encuentro había sido el mismo que nos condujo a la catástrofe años atrás, la profesión. Volvíamos a mezclar trabajo con familia, como si fuera la única argamasa capaz de sellar nuestras relaciones, y los resultados se repetían.

Tras el desencuentro con mi hermano, todos los miembros de la familia se pusieron manos a la obra con la mejor de sus intenciones. Aunque trataran de mediar, prevalecía la convicción, arraigada entre ellos y no sin fundamento, de que mis decisiones, nervios, enfados o el mantenimiento de mis argumentos eran consecuencia de mis desequilibrios emocionales, de mis problemas con las adicciones.

Así que el proyecto acabó malográndose. Mi padre perdió el ánimo; sin mi hermano, el esfuerzo se multiplicó; el equipo estaba cada vez más estresado y, por fin, en noviembre de 2016, tras un mes escaso de emisión, decidí cancelar el proyecto.

Escuché el trueno lejano del pasado cerniéndose sobre mí y presentí su repetición. Ninguna persona sensata hubiese dado mi

siguiente paso: no solo dejé el nuevo proyecto, lo dejé todo. Dejé Intereconomía. No había ninguna razón lógica para tomar aquella decisión. No estaba a disgusto en mi trabajo, lo necesitaba y, además, lo abandonaba sin tener ningún otro a la vista.

Angélica tampoco lo comprendió, y yo no pude darle ninguna respuesta satisfactoria a su perplejidad. Aparentemente, me había lanzado al vacío y, además, lo había hecho sin tenerla a ella en cuenta. Lo más sólido que pude contestarle fue que, aunque frustrado, el último proyecto me había abierto los ojos. Me creía perfectamente capaz de producir programas de bajo coste por mi propia cuenta y vendérselos a cadenas locales.

Mi poder de convicción trataba de imponerse desesperado. Más que a Angélica o al mundo, necesitaba convencerme a mí mismo. A falta de razones serias, usé la magia de la ilusión, la fuerza de la fe y el poder de la confianza, y para ocultar que todas ellas eran ciegas, expuse mis logros, todo lo obtenido partiendo de cero en los dos últimos años. Los programas de televisión, la radio, *Furor*... En lo personal, me alababa mencionando nuestro hogar, nuestro matrimonio y el haber conseguido reorientar a mi hija Claudia.

Era una fantasía, una ilusión provocada por mi inseparable Sombra, que llevaba tiempo aguardando pacientemente su momento y al fin lo veía a su alcance: había llegado su hora, la hora de la Sombra.

Siempre conseguía acceder a mi voluntad si las emociones que me invadían me sobrepasaban. Hasta ese momento solo había podido servirse de algunas, sin alcanzar aún el poder de destrucción necesario para conquistarlas definitivamente. En aquella última etapa solo consiguió hacerme sucumbir cuando el sentimiento que aparecía, fuera confianza o satisfacción, era positivo.

Aunque cada vez que consumía se ralentizaba la progresión natural de cualquier avance vital, pasada la tormenta, seguía apareciendo el horizonte repleto de promesas, incluida la del fin de mi adicción, y eso me ayudaba a seguir adelante, aunque fuera engañado. Solo me habían sucedido cosas buenas en los dos

últimos años.

Ahora, en cambio, la evocación de uno de los peores episodios de mi vida a raíz de la disputa con mi hermano ponía a disposición de la Sombra el que en ese momento bien podía ser mi talón de Aquiles: el olvido.

12

Un acto de muerte

Basta con mezclar unos polvos blancos en ese inhalar que nos infunde la vida para convertirlo en un acto de muerte.

Ya estaba allí cuando desperté. No me sorprendió, la esperaba.

Me senté en el borde de la cama y me concedí unos instantes, antes de levantarme, para asumir lo que su aparición significaba.

—Sabías que este día llegaría.

Le devolví una sonrisa amarga como única respuesta.

Abajo se oía el ruido de lo cotidiano. Angélica cocinaba y desde abajo me llegaba el rumor de la tele de fondo y el trajín de ollas y sartenes. Los perros le ladraban al cartero, Claudia inauguraba el día abriendo las puertas del jardín para ir templándose con su consabido Cola Cao y con la luz amable del sol que alumbraba aquel día de finales de noviembre.

—Sabías que este día llegaría.

Quise añadir algo, pero me interrumpió.

—Sabías que llegaría.

Bajé a la cocina, pero mi compañera no me dejó estar demasiado tiempo en casa: se lo jugaba todo a una carta y no quería dejar ningún cabo suelto. Angélica y Claudia eran los mejores remedios contra su osadía, y estar demasiado tiempo junto a ellas podía inducirme, en un arrebato de valentía desesperada, a delatarla o a resistirme más de la cuenta.

Fuera hacía un día hermoso. Me habría sumergido en él, pero solo lo vi un instante, como a través de un corredor de destino incierto, una suerte de milla verde que recorrería sin vuelta atrás.

Me llamó la atención lo lejano que me parecía el mundo, la poca importancia que, para mí, a pesar de su esplendor, tenía en ese momento. Nada de lo que pudiese suceder en él, bueno, malo o neutral, me resultaba relevante. El deseo me parapetaba de todo y a la vez me impedía escapar.

La Sombra había dejado ya clara su estrategia: no dejar hueco a la esperanza ni a la lucha, acorralarme, llevarme cuanto antes a la desesperación y ofrecerse entonces como remedio.

No tendría que implorarlo cuando no me quedase dignidad. Bastaría con un sencillo gesto por mi parte: ese que no parece nada, ese al que nunca prestamos atención y que repetimos sin cesar desde que inspiramos aire por primera vez.

Basta con mezclar unos polvos blancos en ese inhalar que nos infunde la vida para convertirlo en un acto de muerte.

La Sombra abrió fuego con una andanada de recuerdos a modo de advertencia. Imágenes, pruebas documentales traídas de las estanterías de mi memoria que me acribillaban con las mismas emociones perturbadoras de entonces.

Una de ellas me estremeció: mi hermano tratando de ocultar el rostro para que no le viera llorar. Iba en el asiento de atrás de un taxi, flanqueado a ambos lados por él y por mi madre. Volvíamos a casa después de someterme a una sesión de terapia electroconvulsiva. Mi cuerpo estaba desmadejado y sin conciencia, pero el breve instante de lucidez que recuerdo me bastó para verle fugazmente a través del espejo retrovisor del coche: él miraba hacia fuera para evitarme sus lágrimas mientras sostenía mi cuerpo apretándolo contra el suyo. Mi cabeza se apoyaba en su hombro y de mi boca colgaba un hilo de baba. Asomó la mano de mi madre para enjugarla y su trémula caricia me lo dijo todo sobre su honda tristeza.

«Nada ha cambiado», resonaba en mi interior.

Aún quedaba algún que otro foco de resistencia intentando sabotear los planes de la Sombra. Intenté condensar la oscuridad cerrando los ojos con fuerza para que lo absorbiera todo.

Pero, como si quisiera regodearse, a pesar de que tenía la batalla ganada, quiso asegurarse de que la derrota era total:

—Nada ha cambiado. No tienes escapatoria.

Las sienes me latían con fuerza. Me encendí otro cigarrillo con la colilla del que acababa de apurar sin conseguir desembarazarme de su voz.

—Ya sabes que la deuda —siguió con su acto final—, tras años de intereses acumulados, vuelve a superar los 80.000 euros. Nunca podrás pagarla. A ellos no les importa, siempre será tu culpa.

El guiño de mis ojos se desbarataba y mis piernas temblaban. Mi cuerpo empezaba a desconectarse de todo lo que ocurría por dentro.

—Sí —admitió—, lo sé, has vuelto a construir una vida, como tantas otras veces. Incluso te reconozco que has llegado más lejos en esta ocasión, pero ya sabes que el pasado siempre te alcanza. Siempre. Eres lo que eres.

Poco a poco, muralla tras muralla, iba derribando lo poco que quedaba de mis fuerzas.

—No puedes escapar —dijo sin enojo, tan solo como si esa conclusión fuera natural como el respirar—. No podrás olvidar, no podrás perdonar… Vamos, hombre, ¿cuántas veces lo has intentado?

Quería huir de mí mismo. Rebotaba una y otra vez, enredado en mi garlito, boqueando como un pez fuera del agua. Si hubiera podido salir de mi cuerpo en ese momento, no habría mirado atrás.

Intenté, en un último esfuerzo desesperado, atarme al recuerdo de la reconciliación; cuando en aquel momento de abandono, años atrás, di por terminada la relación con mi familia, acabé por comprender que los necesitaba, a pesar de todo. Fue una noche cualquiera, justo después de acostar a Claudia. Ya llevábamos unos meses viviendo juntos y no sabía nada de mis padres. Había masticado mi odio hacia ellos durante todo aquel tiempo sin ponerle cortapisas. Nunca pensé que llegara tan lejos. Lo más abominable del universo está dentro de nosotros, y no pasa sin dejar huella. Acababa de besar la frente de mi hija y desearle

buenas noches cuando me sobrevino un llanto inesperado e incontenible que me ahogaba.

Una victoria y una derrota a la vez... Victoria, porque triunfaba el amor por encima de todas las cosas; derrota, porque necesitaba a mis padres a pesar de sus aparentes injusticias. Los llamé esa misma noche para reconciliarme con ellos. Luego sentí arcadas mientras un negro y sucio veneno abandonaba mi alma.

—Nada ha cambiado —interrumpió la Sombra el hilo de mis pensamientos—. Vale, sí, os dijisteis lo mucho que os queríais..., pero ahí se quedó todo. El dinero sí es real. El dinero se toca. Y la deuda vuelve a superar los 80.000 euros.

El quebrar que oí dentro de mí sonó como el chirrido que los goznes de las puertas del infierno deben emitir al abrirse.

—Es la verdad, chico: a ellos no les importa. Y tú no podrás olvidar. No podrás perdonar.

Tras dos años, dejaba de transitar por el espejismo de ese sueño agradable que había sido mi vida con Angélica y que, a la postre, se revelaba como otra cruel burla del destino.

—Nada ha cambiado... —Su voz ya era una letanía—. No tienes escapatoria, volverás a perderlo todo, dejando un rastro de corazones desolados a tu paso.

Había fracasado. De nada servía lo logrado desde que abandonara Barcelona.

—No podrás olvidar, no podrás perdonar.

Se avecinaba otro fin, otra muerte en vida. ¿Para qué esperar, entonces?

Busqué un bar donde ocultarme y llamé por teléfono.

La Sombra lo devastó todo. El pequeño y colorido jardín que con tanto esfuerzo y amor había cuidado desde que Angélica se cruzó en mi vida se confundía ahora con la negrura del resto de mi pasado, sin solución de continuidad.

Cuando llegué a casa, no quedaba ni droga en mis bolsillos ni dinero en nuestras cuentas.

Ni vicio insatisfecho.

Ni dudas de que yo era ya tan solo una suerte de espectro.

Angélica no sabía nada de mí desde la noche anterior. Me había llamado muchas veces, pero yo había sido incapaz de responder. No tenía valor.

Con cada tono me parecía estar dándole la espalda a la mano preocupada que me tendía mi propia conciencia, pero era incapaz de contestar el teléfono. Ya tenía listas las armas con las que me disponía a arrasar mi mundo, y su voz, suplicante o imperativa, solo me traería el mal trago de repasar todo lo bueno que estaba a punto de perder.

Hubiese dado lo que fuera por tener la fuerza necesaria para descolgar y hacer caso. Esa y todas las veces que me escabullí, burlé y engañé a los que trataron de arrancarme de las garras de mi enfermedad en el momento de su clímax. Cuando llegas a ese punto, ya no queda absolutamente nada: ni padres, ni hijos, ni dioses que puedan atenuar la fuerza de la necesidad.

La cuestión es que no solo para los demás era difícil comprender por qué yo no podía dar marcha atrás. ¿Por qué no? Aparentemente, solo mediaba una decisión de aspecto rudimentario. ¡También yo lo pensaba! ¿Por qué no podía? ¿Por qué no, si la diferencia entre sucumbir o no sucumbir radicaba en algo tan sencillo como elegir entre hacerlo o no hacerlo?

Fueron infinitas las veces en que me hallé a solas, frente al espejo de un hotel sin nombre, con una raya de cocaína preparada delante de mí. Los minutos se hacían eternos mientras la sensatez pujaba por prevalecer, haciendo sonar a la vez todas las voces de mis fantasmas, temores y seres queridos. Un estruendo de lamentos y súplicas incapaces de comprender aquel diálogo mudo con una mera sustancia convertida en polvo, ínfima, del tamaño de una llave, que cabe en el bolsillo, pero capaz de dejar fuera de juego la voluntad del más resuelto. De tantas veces, de tantas batallas, en muy pocas me declaré vencedor.

Angélica no me dijo nada al verme entrar. En realidad, tampoco me quiso mirar. Solo dejó que pasara de largo.

Se marchó enseguida porque tenía que trabajar…, y allá se llevó consigo todo lo que, a lo largo de aquella noche incierta, había ido creciendo en su interior y que jamás llegaría a confesarme por completo. Siempre tuvo ese hábito a la hora de discutir: el de guardarse lo peor para sí misma y decir lo justo, sin que las emociones terminaran de estropear lo que aún pudiera salvarse.

Ya a solas, tuve que enfrentar el futuro inmediato: primero, las consecuencias físicas y mentales —las manos temblorosas, la garganta seca, el zumbido en los oídos, el corazón desbocado, la ansiedad—; a continuación, el miedo —miedo a los rostros dolientes de quienes aún estaban lo bastante locos como para quererme, a los reproches, a la pérdida…, a morir. A morir no dentro de una semana, tres meses o un par de años. A morir allí mismo y en aquel preciso momento.

No era fruto de mi imaginación o de mis temores exacerbados. Constituía una posibilidad real, un hecho científico. Podía sentir cada vez menos el cuerpo y más la mente. Era la última estación antes de que los ansiolíticos hicieran efecto. Cerré los ojos pensando que, tarde o temprano, en una de esas, sucedería. Así me dormí y viví durante los años que duró mi drogodependencia. Con ese vaticinio deslizándose entre mis pensamientos, tiñéndolos de dudas, tristeza y desprecio por mí mismo.

Lo más lamentable era que amaba la vida, quizá más de la cuenta. Aprendí a hacerlo al comprobar que lo que me ofrecía era fugacidad, que todo se me escapaba. Sin embargo, me comportaba como un hipócrita al que en el fondo no le importaba y al que se podía acusar de utilizar rencillas divinas y familiares como excusa barata para entregarse a su vil naturaleza.

No conseguía convencerme de que era una enfermedad lo que me convertía en mi propio verdugo.

Las horas pasaron despacio, solo conseguí descansar a intervalos y con ayuda de más ansiolíticos. No quedaba nada del

día cuando escuché llegar a Angélica. Me levanté y fui a recibirla.

—¿Qué tal? —pregunté, tímido, intentando adivinar su ánimo.

—¿Cómo estás? ¿Has podido dormir?

—No mucho.

Subió a la habitación a ponerse cómoda sin que nos dijéramos nada más. Al cabo de un rato, entró en el salón y se sentó a mi lado, en el sofá. Parecía derrotada: prácticamente no había dormido la noche anterior. Bajé la mirada avergonzado y me encontré con mis manos y, en mis dedos, la alianza. Qué poco tiempo desde que me la colocara y cuánto significaba para ella. Para ambos.

—Sé que has vuelto a recaer.

—¿Desde hace cuánto? —pregunté, aunque ella no creyó necesario contestarme.

—¿Dónde has estado?

—Bueno... —Intenté mentirle—. Aquí y allá. Lo típico... Buscando un último sitio donde tomar una copa y...

—Déjalo. También sé dónde has estado.

Se hizo el silencio mientras yo asimilaba el significado de sus palabras y ella valoraba mi reacción.

—Lo sé todo, Alonso. Pero necesito oírtelo decir.

No lo pedía con enfado. Era más bien un leve ruego, expresado casi con dulzura. Sabía que lo que iba a decirle debía ser tratado con suma delicadeza. Así que empecé a hablar sabiendo que, con el punto final de mi confesión, mi destino quedaría en sus manos.

13

Determinación

No sé si fue esa conciencia la que lo cambió todo, pero vi aparecer una clara y fuerte determinación en mi interior que desconocía poseer: lo iba a dejar.

Cuando terminé, Angélica permaneció en silencio una eternidad.

Explicarle cuál había sido mi última parada antes de volver debió ser una de las cosas más difíciles que jamás me he obligado a hacer. En un prostíbulo de mala muerte, escondido en algún kilómetro desconocido de la carretera, había gastado hasta el último céntimo de lo poco que teníamos.

Me ahorré una parte que no podía explicar: lo que sentí y pensé en el intervalo de tiempo que medió entre mi salida de aquel antro y mi llegada a casa. Nunca me pareció oportuno contárselo ni a ella ni a nadie. En según qué momentos —especialmente cuando aún me encontraba bajo los efectos de las drogas—, escudarme en la pena y el arrepentimiento podía convertirse en una excusa, incluso ante mí mismo, de cara a futuras ocasiones. Tampoco creo que hubiese sido capaz de transmitir la intensidad de la desesperación que llegaba a sentir. Creo que nadie podría. Al menos, las veces en que lo intenté, todo acabó sonando ridículo.

En líneas generales, lo que me sucedía era que me quedaba sin sitios a los que volver. Fuera a donde fuera, acababa encontrándome conmigo mismo. Hay espejos en todas partes, y a mí hacía ya tiempo que solo me devolvían miradas de vergüenza, miedo y soledad.

Tuve la sensación de que aquella parte sórdida era a la que Angélica aludía cuando me dijo que necesitaba «oírmelo decir». Estaba en su derecho, nadie quiere vivir con la sombra de la duda. El resto —que había vuelto a consumir a escondidas—, por lo visto, ya lo sabía desde hacía tiempo.

Comprendí en ese momento que yo también había sido secretamente consciente de su conocimiento y, aun así, había utilizado su silencio para prolongar la duración de mi pacto con la Sombra, creyendo que nada escaparía a mi control. Su silencio, en realidad, no era otra cosa que la confianza de que todo lo bueno que nos rodeaba, y que tanto nos costaba conseguir, iría erradicando por sí solo aquel hábito mío tan peligroso. Su silencio, en realidad, había sido una pregunta constante: ¿le daría el tiempo la razón?

Aquel diciembre de 2016 no se adivinaba en el horizonte nada que indujera a pensar que el nuevo año traería algo bueno. Acababa de abandonar mi trabajo, la fe de Angélica en nuestro futuro pendía de un hilo —por muy buenas razones— y se habían confirmado nuestros peores temores con respecto a mi adicción.

La vida, juguetona como es, vino de nuevo a sorprenderme. De improviso recibí una oferta de trabajo, y una importante.

—Cuando se cierra una puerta, otra se abre.

Me lo dijo una vez la tía María, la hermana de mi abuela, que fue para mí una segunda madre, pues me crio y amó también desde el momento en que nací. Fueron curiosos sus últimos años. Ya era muy mayor y estaba cada vez más desconectada de este mundo. Pasaba la mayor parte del tiempo sumida en sus recuerdos y, a menudo, los confundía con la realidad. Volvía a ver a mi madre, a la que también crio, siendo niña y corriendo por el patio de la casa. Parecía no estar ya entre nosotros, pero de vez en cuando irrumpía en esta realidad para aportar un comentario breve con cierta carga de sabiduría.

Yo me encontraba revisando exacerbado los pormenores, que por aquel entonces consideraba injustos, de mi segunda separación.

Ella, sentada a mi lado a la mesa de la cocina, comía absorta. Callé de pronto, cuando mi propio discurso me condujo a un callejón sin salida.

—Cuando se cierra una puerta, otra se abre —me dijo.

Aquella escena me acompañó más tiempo del esperado, siempre para hacer acopio de fuerzas tras cada una de mis derrotas. Y no fue la única. En otra ocasión, salió de su mundo para ver el jardín, por el que la paseaba en su silla de ruedas.

—¡Para un momento, Alonso! —me llamó la atención—. ¿Has visto esa rosa?

Me detuve para ver la flor que asomaba por encima de las demás, saturada de color y de vida, pugnando aún sus pétalos por desenroscarse. Parecía estar allí a propósito. Me pareció que la flor, casi naciendo, y mi tía María, ya marchita, se contemplaban la una a la otra. Creo que fue la última vez que la vi con vida.

Así que, amparado por los buenos recuerdos, reuní a Angélica y a Claudia en el salón para contarles que se había abierto una puerta: Zeppelin, la productora de *Gran Hermano,* contaba conmigo para participar en su siguiente edición en Telecinco. Al igual que yo, pasaron por unos breves instantes de petrificación.

A pesar de los recientes acontecimientos, mi incorporación a Mediaset suponía una gran oportunidad a la que yo ya había renunciado por completo. Llevaba tiempo convencido de que el resto de mi carrera profesional se dirimiría entre pequeñas radios y televisiones de ámbitos locales. No disponíamos de demasiado tiempo para tomar una decisión —el programa empezaba en enero —, pero todos sabíamos que era una oferta que no podía rechazar.

En realidad, se trataba únicamente de poner sobre la mesa las posibles consecuencias a las que tendríamos que enfrentarnos: dada la naturaleza del programa, mi pasado quedaría expuesto. Tarde o temprano se convertiría en objeto de análisis, críticas y especulaciones. Claudia debía saberlo, al igual que Andrés y su madre, puesto que podían sufrir las consecuencias mediáticas. Hablé con todos para contar con su bendición y, por fin, contesté que aceptaba.

A la luz de aquella noticia, pude dotar a mi presente de un nuevo significado.

¿Por qué sucedían las cosas? ¿Había un orden, era cosa del azar o dependía de cómo percibiera los acontecimientos? Mi última recaída había sido clamorosa, grave y preocupante, pero también me había servido de mucho. Me había liberado de mi secreto, desenmascarando ante Angélica a la Sombra en el momento más oportuno. Con mi adicción a la vista era más fácil tomar conciencia de ella, de sus peligros, y afrontar juntos con inteligencia mi reaparición en un canal de primera línea como Telecinco.

Ante todo, me impactó la evidencia de que, por primera vez, había algo más poderoso aún: nuestro amor.

Angélica solo me dijo una cosa, una sola, para zanjar el tema tras mi confesión:

—No quiero esto en nuestras vidas, nunca. Ni cada quince días, ni cada mes, ni cada año. Nunca.

No volvería a mencionar el asunto jamás ni a hacerme el más mínimo reproche. Tuvo la magnanimidad de guardárselo para sí misma. Luego, optó por quedarse a mi lado, aun siendo dueña de sobradas razones para desaparecer.

Al contrario que en otras ocasiones, la peor parte de la tormenta parecía haber pasado y no todo estaba perdido. Más que nunca, merecía la pena intentar conservar lo conseguido. Haciendo balance de aquellos años, me daba cuenta de que estaba logrando ser feliz. Como tantas otras veces, ahora todo dependía de mí.

No sé si fue esa conciencia la que lo cambió todo, pero vi aparecer una clara y fuerte determinación en mi interior que desconocía poseer: lo iba a dejar. Por primera vez, mis circunstancias vitales lo propiciaban y no me cupo duda, sin saber muy bien por qué ni cómo lo haría, de que lo conseguiría.

Lo sentí como una poderosa afirmación, pero no fue grato. Que aquella sensación me resultara novedosa hizo que reparara en algo terrible: me pregunté si alguna vez había deseado realmente dejar las drogas. No quise indagar más por el momento, atemorizado ante lo que pudiera descubrir. Seguía sin estar

preparado y la vivacidad de mi presente reclamaba su sitio. Era consciente de que vivía un punto de inflexión y comprendía lo que, tanto para bien como para mal, podía suponer.

Tenía poco tiempo para dejarlo todo preparado. El *reality* requería encerrarse en una casa durante el tiempo que durase mi participación, sin mantener ningún tipo de contacto con el exterior.

Una de las cosas que más me preocupaban era mi familia y sus posibles reacciones. Tras las discusiones con mi hermano Andrés en el programa de Intereconomía, el desarrollo de los acontecimientos —con las intervenciones del resto de mis familiares— había sido determinante para que les pidiera que se mantuvieran al margen de mi vida. No había sido fácil y no lo sería en el futuro. Los iban a llamar, estaban dispuestos y aún hoy por hoy tengo mis dudas sobre si llegaron o no a comprender mi decisión.

La clave para mí no era permanecer en el concurso ni tratar de sobresalir de cualquier forma. No quise visualizarme al cabo de tres meses, sino al de dos o tres años, y decidí anteponer la restauración de mi imagen. Angélica sería mi portavoz y defensora en el plató, toda una nueva aventura para ambos.

Acababa de expirar el año 2016 y madrugué para disfrutar del mundo vacío. Me encantan los primeros de enero. A pesar de que no hay nada abierto ni prácticamente gente por las calles, me gusta deambular de aquí para allá. Satisface el anhelo que siempre he tenido de silencio y, especialmente aquel día, necesitaba algo de tranquilidad. Los sucesos se sucedían de manera vertiginosa y faltaba una semana escasa para entrar en *Gran Hermano.*

Llené un termo de café, me abrigué a conciencia y salí a pasear con los perros. Anduve hasta un árbol solitario en mitad de la linde de dos extensos campos de cultivo. Era un sitio tranquilo al que solía ir, ideal para soltarlos y dejar que camparan a sus anchas persiguiendo conejos sin temor a que se perdieran, cruzaran la carretera o molestaran a otras personas. Llevaba en la chaqueta un pequeño libro de bolsillo.

Me lo había proporcionado Coco, mi librero. Había pasado por su tienda unos días antes aprovechando que tenía que hacer unas compras en Madrid. Siempre que iba a verle elegía un par de libros y dejaba que él me recomendara un tercero. Me puso tres opciones en el mostrador, pero hizo especial hincapié en uno: *Biografía del silencio,* de Pablo d'Ors.

La mejor cualidad de Coco era que, como solo saben hacer los buenos libreros, los de toda la vida, a la hora de aconsejarme un libro trataba siempre de adecuarlo a mi necesidad, un lujo que solo proporciona el trato cercano y continuado con esos profesionales de los libros que alcanzan en ocasiones cualidades de vidente. Se toman la molestia de conocernos y siempre buscan en las conversaciones detalles que les aporten pistas sobre las necesidades que albergamos. Para Coco, además, era la parte de su trabajo que más le gustaba.

De manera que asumí que tendría sus buenas razones para ofrecerme aquel que ahora sostenía entre mis manos, a punto de abrir. Como preámbulo, citaba el autor un párrafo de Simone Weil.

> El deseo de luz produce luz [...]. Aunque los esfuerzos de atención fuesen durante años aparentemente estériles, un día, una luz exactamente proporcional a esos esfuerzos inundará el alma.

Lo leí varias veces antes de pasar a la primera página; intuí que me iba a gustar.

> Comencé a sentarme a meditar en silencio y quietud por mi cuenta y riesgo, sin nadie que me diera algunas nociones básicas o que me acompañara en el proceso. La simplicidad del método —sentarse, respirar, acallar los pensamientos...— y, sobre todo, la simplicidad de su pretensión —reconciliar al hombre con lo que es— me sedujeron desde el principio.

Así empezaba, y bastaron esas líneas para que me sintiera inspirado. Silencio, quietud, simplicidad, respirar, acallar, reconciliarse. Llevaba, sin saberlo, demasiado tiempo deseando todas aquellas cosas que se agolpaban ahora en un solo párrafo, presentadas allí como algo asequible a través de un simple procedimiento.

Sabía de la existencia de la meditación desde que era pequeño, obviamente, pero poco más. Nunca me la había tomado demasiado en serio. Mis padres la practicaron durante un tiempo.

En una ocasión, invitaron a casa al supuesto *guía* que los estaba iniciando y me llamaron para que lo conociera. Aquel señor se inclinó sobre mí y me preguntó si quería que me dijera una palabra, una designada solo para mí, que me serviría para muchas cosas, pero que debería mantener en secreto durante toda mi vida. Le habría contestado, de haber podido, que «toda mi vida» me parecía demasiado tiempo para mantener aquella promesa, pero era demasiado pequeño y mi cerebro de niño no pudo más que hacerme salir disparado para refugiarme en mi habitación. Me quedé sin mi palabra. Puede que por eso nunca me tomara en serio la meditación.

Por lo demás, era un ignorante. Solo conocía algún que otro vago detalle extraído de películas y artículos de prensa sobre el dalái lama, la filosofía tibetana o la psicología a los que, en todo caso, había prestado poca atención.

No me dio tiempo a leer mucho más, ni en ese momento ni en el resto de los días que me quedaban hasta mi ingreso en la casa donde se llevaría a cabo el *reality*. Sí que tuve tiempo, sin embargo, para preguntarme: «¿y por qué no?». Lo había intentado todo. Había visitado psicólogos y psiquiatras, había tomado pastillas y recibido electroconvulsiones. Tampoco me habían servido las huidas ni los olvidos ni la reiteración de mis torturas.

Lo intenté, meditar, dos o tres veces antes de marcharme, pero sin éxito. La inminencia de mi vuelta a una televisión nacional mantenía mi mente demasiado ocupada, pero me prometí mantener viva mi curiosidad hasta mi vuelta a casa.

Gran Hermano es un concurso que transcurre en el interior de una casa. En ella, se aísla a los participantes de cualquier contacto con el exterior. Todo lo que sucede en la casa es grabado y comentado en los platós a lo largo de diferentes galas. En base a su manera de actuar y a un proceso de nominaciones y votaciones, en

los que la audiencia participa, los concursantes van siendo expulsados de la casa.

Es mucha la proyección que ofrece un programa de esa envergadura. Como mínimo, se cuenta con los emolumentos que cada uno pacte en su contrato, y existe además la posibilidad de ganar el premio final. Una vez fuera, mientras la actualidad del programa siga vigente, es muy probable tener la opción de participar como comentarista en otros formatos de la cadena. Si, además, se ha sido protagonista de alguna trama que haya influido en las audiencias, esas colaboraciones se amplían y aumentan su valor.

Toda esa exposición y esa vida en los pasillos de Telecinco ofrece oportunidades laborales, tanto dentro como fuera de la cadena. En resumidas cuentas, es una magnífica ocasión para promocionarse y conseguir un puesto. Lo que no significa que no entrañe dificultades.

El mundo de la televisión es tan competitivo como cualquier otro en el que se ganen grandes cantidades de dinero y, por descontado, no hay sitio para todos. Tengo que reconocer que, entre mis dones, nunca he contado con demasiados arrestos para desenvolverme en esos entornos darwinistas. Excepto a la hora de combatir conmigo mismo, se me suele vencer con relativa facilidad: no tardo en abandonar por falta de motivación.

Esa carencia natural puede suplirse con entrenamiento, pero yo llevaba demasiado tiempo sin jugar a tan altos niveles. Entre unas cosas y otras, me sentí demasiado perdido en el programa y mi participación como concursante no llegó más allá de la cuarta semana, contando con que en la primera aún no entraban en juego las expulsiones. Todo un fracaso. Técnicamente, me vapulearon.

Por otro lado, al ser expulsado tan pronto, pude intervenir varias veces en los debates sobre el concurso que permanecía en emisión y, poco a poco, me fueron dando más oportunidades. Me sentía como un recién llegado a un equipo de primera división. Tenía ganas, muchas ganas, pero estaba sin foguear en el ámbito de la prensa rosa.

Y había otra cuestión que me inquietaba aún más: salía de un

reality show y todos los programas por los que estaba desfilando orquestaban sus contenidos alrededor de un elemento fundamental: la vida de los demás. Valía todo —su pasado, su presente y hasta su posible futuro—, cuanto más trágico e impactante, mejor. Al público, queramos o no, le gusta regodearse en el morbo de las cosas.

Mi pasado, tarde o temprano, saldría a la palestra, y dado su signo sabía que debía tener en cuenta las posibles consecuencias. A título personal, sí, pero también en lo tocante a conocidos, amigos y familiares, que serían, a fin de cuentas, quienes más sufrirían la presión mediática.

Tomé una decisión. Una que aunaba un objetivo personal y uno profesional, y que solo podía darse en un entorno como el que Mediaset me ofrecía. No era una idea nueva. Llevaba pululando por mi cabeza algún tiempo, pero siempre acababa descartándola.

Iba a hacerlo. No esperaría a que llegasen los depredadores.

Iba a conceder una entrevista en la que yo mismo desnudaría mi pasado.

14

La llave

Tenía ante mí la llave de una puerta a la que mi curiosidad se asomó ávida e instintivamente, y fue tan instantáneo su movimiento que me pareció que, más que toparse con algo nuevo, se encontraba con algo ya familiar que, por alguna razón, tuvo que dejar de explorar hacía quién sabe cuánto tiempo.

El 2017 estaba siendo trabajoso. Hasta julio, sus días no habían hecho otra cosa que galopar a un ritmo trepidante. Después de que me expulsaran de *Gran Hermano,* había seguido acudiendo a las galas en plató, una o dos veces por semana. El resto del tiempo, con esfuerzo, trabajaba por dedicarme a mi propio proyecto.

Estaba asustado. Desde que me confesara ante Angélica y me sintiera morir, los pasos hacia la resurrección habían sido lentos. Ambos, de hecho, habíamos muerto en cierta forma, pero, con el tiempo, de su boca brotó el perdón y empecé a resucitar junto a ella. Ella, la vida, Dios, el azar..., fuera lo que fuera, me brindaba la oportunidad de empezar de nuevo.

Y no era la primera vez. Solo o acompañado, nunca me había costado demasiado volver a empezar. Encontrar un trabajo, un amor y un lugar para vivir. Esta vez, sin embargo, todo era diferente.

Fui capaz de conservar a buen recaudo la curiosidad que me

suscitaron los breves párrafos que leí de la *Biografía del silencio* antes de entrar en *Gran Hermano*. En cuanto volví, retomé su lectura de manera más concienzuda.

> [...] se aprende a no querer ir a ningún lugar distinto a aquel en el que se está; se quiere estar en el que se está, pero plenamente. Para explorarlo. Para ver lo que da de sí.

Me cautivó por completo. Todo lo que pretendía aquel método me llamaba la atención.

> Meditar es, fundamentalmente, sentarse en silencio, y sentarse en silencio es, fundamentalmente, observar los movimientos de la propia mente.

Sugería un sencillo experimento: se trataba de intentar permanecer tan solo diez minutos inmóvil, concentrado en una sola cosa, en este caso, mi propia respiración. Solo tenía que seguirla y observarla, apartando de mi mente cualquier otro pensamiento. No parecía muy complicado, así que decidí probar.

Busqué un lugar tranquilo, lo más apartado de cualquier distracción posible, me senté y respiré hondo. Fracasé. A pesar de su aparente sencillez, me resultó imposible. Pensamientos y emociones acudían a mi mente a su antojo, de manera aleatoria, apoderándose de mí. Por mucho que me propusiera mantener fija mi atención en mis inspiraciones y exhalaciones, no tardaba en sorprenderme perdido entre las más cotidianas divagaciones o preocupaciones. Me secuestraban una y otra vez.

Ya ese mero conocimiento me pareció un hallazgo importantísimo, y me sorprendió que tal evidencia me hubiera permanecido oculta. Daba por sentado que, en general, salvo en caso de enfermedad mental, discapacidad u otras situaciones concretas, manteníamos el control sobre nuestros pensamientos y emociones, éramos dueños de todos ellos. Pero lo que más me llamó la atención fue poder verificar, a través de mi propia experiencia, lo que de la meditación contaba el libro. No necesitaba nada ni a nadie, solo seguir unas sencillas instrucciones y observar mi mente.

Desde aquel día seguí intentándolo y, aunque muy lentamente, fui haciendo progresos. Poco a poco me iba resultando más fácil mantener cierta quietud y concentración.

Meditar me ofrecía la capacidad de adquirir, a través de un camino, la confianza en que las respuestas a las preguntas más importantes que me hacía se hallaban dentro de mí mismo. Tenía ante mí la llave de una puerta a la que mi curiosidad se asomó ávida e instintivamente, y fue tan instantáneo su movimiento que me pareció que, más que toparse con algo nuevo, se encontraba con algo ya familiar que, por alguna razón, tuvo que dejar de explorar hacía quién sabe cuánto tiempo.

—Hace cuatro meses —comenzó Jorge Javier mirando a cámara con tono grave—, Alonso Caparrós se sentaba en este plató y confesaba su terrible lucha contra las drogas. Semanas después volvía acompañado de su hija, que declaró su total apoyo. Ahora le toca el turno a su padre, Andrés Caparrós. El conocido locutor viene esta noche dispuesto a reconocer los graves problemas que le han enfrentado a su hijo durante muchos años.

La entrevista se dividía en tres partes. Empezaría con unas preguntas más íntimas entre mi padre y el presentador, Jorge Javier Vázquez. Yo permanecería en una sala adyacente, observando sin poder intervenir hasta que no me incorporara, ya en la segunda parte. En una tercera parte, los colaboradores y periodistas del programa nos formularían las preguntas que creyeran convenientes en función de nuestras declaraciones.

Tres partes de una entrevista que era, a su vez, la tercera parte de una serie. Programadas todas ellas con la idea de explicar —y limpiar— mi imagen. La primera entrevista se había emitido en marzo. Entonces, había acudido yo solo, y me había destapado ante todos hablando de mi relación con las drogas. En abril, había vuelto junto a mi hija Claudia, y ahora, por fin, me sentaba frente a mi padre. Jorge Javier dio paso a un vídeo que recopilaba algunas de las declaraciones de la entrevista con mi hija.

—Buenas noches, Andrés —saludó el presentador—. No sabes

cómo te agradezco que estés aquí esta noche. Cuando me enteré de que venías, pensé: «Qué entrevista más dura, y qué decisión la de Andrés». Porque tú eres una persona totalmente alejada de todo este universo, y decidirte a sentarte en un plató de televisión para hablar con tu hijo sobre este asunto ha tenido que ser muy complicado para ti.

—Mucho —asintió mi padre—. Mucho. Me llama la atención, me golpea un poquito cuando Alonso subraya el hecho de que *yo* me he alejado de él. Porque…, Jorge, es que es muy difícil ser un buen padre cuando tienes un hijo drogadicto. No nos enseñan. Yo estoy solo desde los dieciséis años, caminando por la vida, mordiendo donde he podido, y lo que menos me podía imaginar era esto. Y ha sucedido. Es muy complicado cuando te enteras de que tu hijo es drogadicto.

Me removí en el asiento incómodo.

—Como padre… ¿te sientes un fracasado? —le pinchó Jorge Javier, como era su deber—. ¿Sientes que has fallado en algo? ¿Sientes que no has estado a la altura?

Mi padre seguía asintiendo.

—Sientes que no has estado a la altura. Que has fallado en algo. Lo que pasa es que no puedes echarte toda la culpa… ¿Cuánta oferta tiene la gente joven? ¿De qué sirve intentar dar un ejemplo? En caso de que yo lo hubiera sabido dar a mis hijos… A los cuatro, porque si he sido un mal padre para Alonso, también lo he sido para los…

Vi su miedo y comprendí que no se había preparado. Las cosas no iban bien.

—No, Andrés —interrumpió Jorge Javier—, perdona si no me has entendido. No te estaba diciendo que lo fueras, únicamente te he preguntado cómo te podías llegar a sentir.

—Impotente. Y rabioso. Porque te dices… ¿Qué puedo hacer yo? ¿Qué he podido o debido decirle? ¿Cómo he tenido que abrazarlo? ¿Reñirle más… o menos? —Suspiró—. Esa conversación pendiente a la que hace referencia Alonso… Alonso y yo no tenemos que… ¡Con mirarnos es suficiente! Yo sé que él nació con la luz de la alegría y de la bondad, y cuando nosotros…

Pero se perdía, así que, ante la mirada de Jorge Javier, se recondujo al carril adecuado:

—Déjame decir que me gustaría que los padres, todos los padres, y todos los drogadictos que hay en este momento escuchándome me permitieran ser un poco su portavoz en esta charla contigo... Porque ¿cómo vamos a...? —Hizo una pausa—. ¿Cómo voy a tomarme a mal las cosas que mi hijo..., cuando está en esos, en esa..., en ese alocamiento que produce la cocaína? Si yo sé que no es él. Es que no es él. Entonces, ¿que toca? Pues esperar, rezar...

Sus palabras se fueron convirtiendo en bofetadas para mí. Estaba huyendo, poniéndose a salvo. En el silencio que dejó transcurrir Jorge Javier, me vi a mí mismo cada vez más envarado ante la cámara.

—¿Y te llegaste a desesperar en algún momento?

Mi padre, por primera vez en la entrevista, buscó en su interior. Yo permanecía atento, como si me fuera la vida en esa pantalla.

—Muchas veces, Jorge —dijo al final con tono cansado—, muchas veces, muchas veces. Y te preguntas: «¿Dónde me he equivocado?».

—¿Temiste por su vida?

—Sí. Yo recuerdo que lo soñé muerto... y, bueno... —contuvo el llanto—. No me quiero emocionar demasiado.

—¿Se lo contaste a él?

—No, porque tampoco estoy seguro de que eso hubiera servido de mucho. Es que yo creo que, salvo esperar... —Y dejó la frase en suspenso, dando a entender que qué otra cosa quedaba—. Alonso ha sido y es un ciclón..., es un tipo lleno de vida y...

—Andrés —interrumpió el presentador, interesado en otros temas—, ¿tú esto lo comentabas con amigos? ¿Era un tema que hablabas con tu mujer?

—Con mi mujer —asintió mi padre en respuesta—. Ella es. Ella es. Cuando llega la madre, la muerte se acobarda. A mí me ocurrió eso a los veinte años. Tuve un accidente de moto, estuve en coma, y la madre, el empuje de la madre... A Alonso lo ha salvado

su madre, mi mujer.

—¿Con amigos no lo hablabas?

—No. Supongo que con algún amigo alguna vez.

—¿Por qué? ¿Te avergonzabas?

—No —y el tono de mi padre fue tajante aquí—, me dolía. Me dolía y, como te he dicho, hacía que me sintiera muy impotente, muy indefenso, muy incapaz. Era una cosa atroz. Yo, que estoy en la cresta de la ola, triunfando en la radio y en la televisión, que gano dinero, que quiero que mis hijos tengan buenos estudios, una buena carrera, y entonces... ¿Dónde me he equivocado? Cuando no das con la respuesta adecuada te sientes como una mierda... Perdón, te sientes muy mal. Me tocaba coger siempre el camino del sur y buscar el consuelo de la madre y de la mar.

La furia que sentía empezó a marcarme los rasgos de la cara. Los surcos de mi frente pugnaban por converger en el ceño y la mandíbula se me apretaba.

—Andrés..., has confesado que has sido incapaz de ver la entrevista de Alonso, que es demasiado doloroso para ti. Voy a pedirte que hagas el esfuerzo de mirar la pantalla y seguir algún episodio de la entrevista que hizo conmigo.

Algo peligroso se desató en mi interior al confirmar Jorge Javier mis sospechas: «has confesado que has sido incapaz de ver la entrevista de Alonso». Todo lo que sucedería a continuación ya no tendría nada que ver con la entrevista, ni con ninguna limpieza de imagen, ni con la televisión.

Mi padre se acomodó temeroso en el asiento y se dispuso a escuchar por primera vez en su vida cómo su hijo hablaba públicamente de su problema con las drogas.

—Vamos a ir desgranando tu historia —se dirigió a mí Jorge Javier—. Dices que empiezas a consumir cocaína cuando tienes diecisiete años. ¿Recuerdas la primera vez?

—Perfectamente. Mucha gente a mi alrededor consumía, pero, y no me preguntes por qué, porque no lo sé, a mí me enganchó de una manera espeluznante. Me acuerdo de que soñaba,

y además lo soñaba feliz, con montañas de cocaína.

—¿Cuánto podías llegar a consumir?

—Lo suficiente como para matar a siete caballos. No había fin hasta que mi cuerpo no podía más. Me hacían un tratamiento, pero no me decían lo que era. Me dormían y me despertaba como si me hubiese pasado un camión de mercancías por encima. Hubo una época de mi vida en la que podría haber muerto cualquier día, pero es que empiezas a convivir con la muerte.

En pantalla estaban mostrando retazos desconectados de mi declaración. Ahora, en el recuadro reservado para los primeros planos, captaban el rostro de mi padre, que pasaba de la pena a la contención en un ciclo sin fin. Si sus frases fueron para mí bofetadas, para él las mías estaban siendo latigazos que le laceraban el alma.

—Fíjate cómo estaba yo —continuaba mi yo de unos meses atrás ante la cámara—, ya no me quedaba cocaína. En ese momento estaba tomando una medicación que contenía anfetamina. Empecé a machacar las pastillas de anfetamina y esnifé eso. Acabé en el hospital. Me pusieron en una cama con todo preparado para el infarto. Es una historia que cada día me tengo que repetir en mi cabeza. Yo sigo viviendo en peligro. Cuando uno es alcohólico, cuando uno es cocainómano…, lo es para toda la vida. Tengo que estar siempre recordándomelo.

Se hizo el silencio en el plató. Aun después de haberlo escuchado de mi propia voz, algo en su interior se resistía a que tal sufrimiento, el mío, el suyo y el de toda mi familia, fuera concebible. Mi padre negaba con la cabeza con los ojos inundados de lágrimas.

—¿Por qué no hablan los políticos de esto? —preguntó mi padre cuando terminaron de mostrarle los vídeos—. ¿Por qué no hablan los políticos de la permisividad que existe en este momento? Tanta como para que las mafias de Italia, la Cosa Nostra, digan que España es la Casa Nostra. ¿Por qué no se habilitan presupuestos? ¿Por qué no se hacen campañas en las

televisiones? ¿En los medios de comunicación públicos? Para que se alerte a los jóvenes, para que se les diga cuánto peligro hay, cuánto destrozo traen consigo la cocaína y las demás drogas. Es bochornoso eso. —El público aplaudió entonces, ganado por sus palabras—. ¿Por qué no se nos ayuda a los padres? ¿Por qué nos dejan tan solos ante un problema que es absolutamente insoportable? Cuando estás creyendo que no pasa nada, que le va bien… Son jóvenes, tienen que vivir la vida, las novias, los novios…, y resulta que están cayendo en un pozo y tú no sabes qué hacer.

Estaba huyendo de nuevo, no podía hacer otra cosa, su dolor era demasiado profundo. Como buen profesional de los medios, buscó un discurso que ponía el punto de mira en la política, la mafia, la sociedad, en el resto del mundo… En cualquiera menos en él.

—Andrés, ¿cómo has visto a tu hijo?

—Pues, ¿sabes qué pasa, Jorge? Que ya está mayorcico mi hijo. Bueno, yo también lo estoy, viéndome ahora mismo ahí… Pero él sigue siendo un niño para mí.

»¿Sabes lo que me pasa? Que lo veo y tengo que seguir haciendo esfuerzos para no llorar.

»Pues es el relato de un calvario que ha vivido mi hijo, y que hemos vivido nosotros también, pero, bueno, es la misma historia que viven y que padecen cientos y miles de familias en España.

—Andrés, tú dices que tu mujer ha sido la salvadora. Para ella, cuando ya Alonso consigue superar su adicción, debe haber sido un descanso que conlleva también un bajón importante.

—Yo creo que es una profunda sensación de paz. Un «¡Ay, Dios mío, que nos lo han librado!». Y, sobre todo, debe sentir una profunda convicción de que ha hecho lo que se espera de una madre grande, como lo es Julia. Allí donde yo no he llegado, ha llegado la madre, y ha llegado sobradamente.

—¿Tú sigues teniendo miedo?

—Sí, tengo miedo, pero es normal. Lo que mueve al mundo no es el poder, no es el dinero, es el miedo. Contaba un escritor argentino que lo que necesitamos, lo que pedimos al nacer, es un

abrazo, porque tenemos miedo, no sabemos con qué nos encontramos. Y lo que pedimos al marcharnos es un abrazo, porque no sabemos a dónde vamos. Es el miedo lo que mueve el mundo, no es el sexo, no es el dinero, es el miedo a la inutilidad, al sinsentido de la vida.

—Andrés..., me gustaría también ver contigo este vídeo en el que tu hijo Alonso reclama la atención de su padre.

Esta vez no se dispuso mi padre de la misma manera que la anterior. En la presentación del primer vídeo, el presentador no le había concretado lo que se iba a encontrar. En este, sin embargo, lo ponía sobre aviso de que estaba a punto de escuchar un reproche. Su postura corporal delató su actitud a la defensiva.

—Yo recuerdo que una vez le dije a mi padre: «Papá, necesito dejar la tele, necesito dejar la tele...». Lo necesitaba porque me proporcionaba dinero... Entonces le dije: «Necesito dejarlo para concentrarme en esto». Pero mi padre me animó a que siguiera trabajando en la tele, de lo cual, ahora, no me lamento, porque he llegado aquí, hasta este punto, después de haber pasado todo eso.

Los vídeos seguían sucediéndose, uno detrás de otro, ofreciendo retazos de mis entrevistas.

—Yo creo que mi padre se mantuvo alejado porque no lo podía soportar. No quería enfrentarse realmente a la situación. Claro, lo conocía, lo sabía, pero era todo desde lejos, y yo en ese momento no lo entendía. Le cuesta venir a hablar conmigo sobre eso y reconocer su parte..., que no es ni buena ni mala, simplemente reconocerla, que exactamente yo no la sé. Nunca hemos tenido una conversación cara a cara.

—¿Te gustaría tenerla? —me preguntaba en ese punto Jorge Javier.

—Claro que me gustaría tenerla, claro que me gustaría tenerla... Lo que pasa es que no creo que vayamos a poder. Porque creo que, sobre todo, es un paso que debe dar él, y no tengo claro que vaya a darlo. Mi padre me duele mucho, me duele mucho porque, porque, porque... está ahí..., y no consigo... no consigo

tenerlo todo lo que yo lo quiero tener. No sé, hay algo huidizo en él.

Esta vez no le mudó el rostro. Se mantuvo alerta, escuchando sin escuchar. Me enardeció aún más la sonrisa condescendiente que esbozó antes de empezar a hablar.

—Yo estoy siempre esperándolo. Él también es huidizo, aunque no digo que yo no lo sea o que yo no lo haya sido. Pero eso ya pasó, mi escapismo con él terminó. Ahora lo que ocurre es lo contrario. Estoy, porque lo necesito mucho, esperando que él llegue y que se siente a hablar conmigo. De todo o de nada, de cualquier cosa. ¿Hablar de la droga? Bueno, sí, sería fantástico que él... Mira, me parece que no sería mala idea que él escribiera cómo vivió esos momentos y que yo contara cómo vivía esos momentos también. Y que conversáramos de ese modo. En todo caso, esa conversación, Jorge, claro, estaría bien que la tuviéramos, pero seguramente no en un plató de televisión.

La mirada de Jorge Javier anunció lo que seguía a aquellas palabras.

15

Incandescencia

Y como si su calor se tornara de pronto incandescencia, me replegué a un lugar extraño en el que aún habito.

—Ha llegado el momento de que entre en plató... Alonso Caparrós.

Por fin, Jorge Javier anunció mi entrada. Fueron sonoros los aplausos. Todo el mundo —mi familia, el presentador, el director del programa, el público— esperaba una conversación amable y sincera que me reconciliara con mi padre.

Me recibió con abrazos y besos que correspondí con dificultad. No sé cómo pude contener la pregunta hasta estar sentado, tras los saludos. La pregunta martilleaba contra mi alma desde el momento en que había escuchado a mi padre decir que había sido incapaz de ver mi entrevista.

Por fin nos sentamos cada uno en nuestro sitio.

—Le ha costado a tu padre ver la entrevista —dijo Jorge Javier, aludiendo a los momentos en los que, ante mis declaraciones, mi padre había contenido el llanto.

—Sí —respondí casi susurrando.

Miré entonces fijamente a mi padre, como si no existiera nada más en todo el universo, y la pregunta, ya por fin, salió disparada.

—¿No lo habías visto?

Negó con la cabeza una vez.

—¿Y la de Claudia tampoco?

Negó, mudo, por segunda vez.

Sentí una conmoción interior, seguida de un silencio sepulcral que lo abarcaba todo. Todo lo que yo era pareció concentrarse en

un apretado punto, dejando el resto a oscuras. Luego, lentamente, aquel punto empezó a vibrar. Era la vibración que precede al estallido. Una inmensa explosión que crearía todo un nuevo universo.

Había preparado la entrevista a conciencia. Había valorado todas las posibles declaraciones, preguntas y opiniones, poniendo por delante los reproches y las críticas que pudiera recibir. No en vano, mis dos intervenciones anteriores habían supuesto la mayor de las confesiones que jamás había hecho, ni ante Dios ni ante ningún otro ser humano.

Lo único para lo que no estaba preparado era para escuchar que mi padre no había visto ninguna de mis dos entrevistas.

Llegados a ese punto, me quedaban pocas opciones. Llevaba demasiado tiempo buscando a mi padre y por fin estábamos, aunque en un plató, el uno frente al otro. Podía callar, fingir que mi padre sabía de lo que hablaba y seguir escenificando la mentira de nuestra reconciliación. O podía imponer lo personal. Noté que mi padre se mantenía en guardia, entre preocupado y temeroso. Como yo.

Acuciada por mi necesidad, la realidad ganó la batalla.

Estoy seguro de que muy pocos comprendieron el discurso que esgrimí a continuación. Le costó muy caro a la imagen que llevaba restaurando desde hacía meses, pero ya nada era importante para mí, salvo que él —y solo él— me escuchara.

—¿No lo habías visto?

Negó con la cabeza una vez.

—¿Y la de Claudia tampoco?

Negó, mudo, por segunda vez. Creo que fue en ese momento cuando comprendió que me había decepcionado.

—Dame un beso —me pidió.

Y se lo di. Era mi padre.

—Voy a intentar hablar con el corazón en la mano —dije entonces.

Y era verdad. Nunca tuve la intención ni de ridiculizar ni de

atacar a mi padre. El que habló a partir de ese momento, sin duda torpe y atropelladamente, fue ni más ni menos que el corazón, roto y vuelto a pegar cien veces, de un hijo que llevaba toda la vida esperando a su padre.

No lo hice para responsabilizarle. Ni para torturarle. Solo quería reencontrarme con él. Recordaba tiempos en los que habíamos sido inseparables. Yo solo era un mocoso, y él, poco más que un chaval. Había permanecido siempre a su lado. Lo adoraba.

Entonces, un día, me pegó. Sin razón. Lo sé porque era demasiado pequeño para merecerlo: aún no concebía la maldad y aquella bofetada llevaba el impulso de demasiadas generaciones. Y como si su calor se tornara de pronto incandescencia, me replegué a un lugar extraño en el que aún habito. A él me entrego cada vez que aparece no la rabia, la ira o la locura —esas son fácilmente reconocibles—, sino el amor malentendido, venga de donde venga.

Mucha gente me dijo después que fui cruel e injusto, que no era el sitio ni el momento, que me equivoqué, puesto que de aquel encuentro nacieron mil batallas infinitamente más cruentas que tuvieron lugar tanto en lo público como en lo privado. Pero a pesar de lo que el mundo pudiera decir, nunca tuve —ni antes, ni durante, ni después— la sensación de no saber lo que hacía. Y tampoco tuve dudas. Al contrario, en todo momento fui consciente de lo que era importante. No vacilé ni un segundo a la hora de utilizar mi impotencia, mi frustración, mi ira incluso, para obtener el valor de seguir adelante, aun a sabiendas de que, ante la opinión pública, estaba enterrando mi nombre de nuevo.

En ese momento, Jorge Javier quiso dejarnos a solas, pero sin saber muy bien por qué, le pedí que se quedara.

—Estaba escuchando atentamente a mi padre —dije entonces— y creo que está muy desorientado respecto al tipo de conversación que quiero tener con él. El pasado es un estado mental, ya no existe. Martirizarse, torturarse por lo que ya ha pasado hace mucho tiempo no tiene ningún sentido. Y es algo a lo que tú, papá, te sueles aferrar mucho, no solo con eso, sino con muchas otras cosas más.

Ninguno nos dábamos cuenta de lo que nos unía, más allá de

los vínculos de sangre. Le hablaba a él y a mí mismo a la vez.

—Lo importante..., la conversación que yo quiero tener no versa sobre mí, versa sobre ti —continué—. Si nosotros cogemos, objetivamente, digamos, un informe de todo lo que ha sucedido en nuestra familia...

Me detuve. Acudieron a mi mente aquellas carpetas naranjas en las que había guardado, clasificados por años, todos los documentos de la vieja caja familiar. Pero no quería revelar su contenido. El día que decidí llamarlos, después de acostar a Claudia, años atrás, me prometí una cosa: resignarme y cargar con la deuda sin más reproches. No podía permitirme el lujo de vivir odiándolos. Llevaban demasiado tiempo sufriendo por mi adicción. Aquel era mi sentimiento de culpa, nacido justo después de esnifar mi primera raya de cocaína.

En el plató reinaba el silencio. El público parecía no respirar. Jorge Javier, el presentador, con toda su experiencia, no sabía bien a qué atenerse, nadie lo sabía, y mi padre escuchaba petrificado.

—La conclusión que saco —volví a empezar— es que el daño que te ha hecho esta profesión ya no se va a poder restañar. No entiendo qué es exactamente lo que quieres, porque ya te lo ha dado todo. Has cantado, has sido el mejor locutor de España... Y has perdido dos oportunidades que te ha dado Dios. No para hacer nada con tu hijo, sino para hacerlo contigo.

Así lo creía. Más allá de las decisiones que hubiésemos podido tomar unos u otros, del mero espectáculo televisivo..., de la vergüenza, del orgullo, del miedo, de Dios o como lo queráis llamar, aquello nos brindó la oportunidad, a través de mi oficio —un camino como otro cualquiera—, a mí, de hablar; a él, de escuchar.

Habían pasado cuatro meses desde que me sentara por primera vez en aquel plató para confesarme. Dos desde que lo hiciera con Claudia. Tiempo de sobra para asomarse, aunque fuera solo un poco, a mi verdad, de la que apenas sabía nada.

A la verdad de mi hija. En aquel mismo plató le había pedido perdón, sin que apartase la mirada, tras contarle el suceso de la barra del bar. Allí mismo ella me había perdonado. Me habría

gustado que lo hubiese visto. Claudia merecía su orgullo. Fue increíblemente valiente.

—Esas son las experiencias que alimentan el alma. —Yo seguía hablando. Me parecía imposible parar hasta haberme vaciado—. Y esto, papá, son palabras tuyas: «perseguir el éxito, perseguir el aplauso, no tiene valor ninguno». Pero tú lo sigues persiguiendo. Te voy a decir una cosa: el día que tú te sentiste tan feliz, ese del que tanto me has hablado, ese día que cantaste en la plaza Vieja de Almería y que fue el inicio de tu carrera..., ese día fue el inicio de tu perdición. Ese día, lo que tú querías te lo quitó todo, y por mucho que saques el tema de los políticos u otras cosas así, la realidad es que todo esto gira en torno a ti.

No podía parar de hablar. Estaba concentrado persiguiendo algo que no identificaba con claridad.

—Es que no puedo creerte cuando te sientas aquí y dices que quieres mejorar. O que tu intención es esta o aquella. Porque esta misma semana, tres meses después de quitarme la losa del piso de Almería —un piso que ya no es mío, que me lo quitó Hacienda—, me habéis vuelto a pedir el carnet de identidad para dar de alta la luz. No comprendéis que el único que puede salir perjudicado de eso soy yo. Te voy a pedir una cosa, desde la humildad..., desde la súplica. No sé cómo decírtelo... —Yo solo me trababa, incapaz de expresar todo lo que sentía—. Lo que me gustaría, ¡pero no sabes cuánto!, es que cogieras todo lo que tienes de la radio, lo metieras en el estudio, colgaras una soga del techo... y suicidaras al Andrés Caparrós locutor.

Me di cuenta de que en ese momento no existía para mí nada más importante que lo que estaba haciendo. Solo existía él.

—No quiero saber nada más de ese hombre —continué— que siempre se lo lleva todo a ese terreno. De ese hombre que sigue pensando que el mundo le debe algo, y que se debe doblegar ante él. Y no quiero verte en la recta final de tu vida, empeñado, siguiendo con esto. Acabas de decir que ahora estamos juntos. —Le recriminé sus palabras de hacía unos minutos—. Mentira. Hace seis meses que no nos vemos. Seis meses. Seis. Dios mío, no, no... No podemos mentirnos más.

Él solo escuchó la parte en la que le llamaba mentiroso. Pasó mi súplica e intentó defenderse.

—No, espérate —intentó acallarme—, yo no he venido aquí a que me eches la bronca...

—Déjame terminar... —le interrumpí—. Te echo la bronca porque cuando hablas solo haces alusión a mí. Nunca a ti.

—No, pero...

—Nunca a ti. Tienes que reconocer eso, papá —insistí—. Tengo un *email* tuyo, una respuesta al que te envié pidiéndote consejo sobre cómo podía acercarme a mi hijo. Tu respuesta, que hoy has repetido aquí, fue que hiciera lo mismo que hiciste tú: esas son tus palabras, están escritas, me dijiste que esperara. Y eso, papá, es el error más grande: porque lo que tiene que hacer un padre es acudir él.

Aquello sí era un reproche, pero no me importó. Siempre me había dicho que me esperaba con los brazos abiertos, pero nunca había venido a buscarme. Era la primera vez que se lo decía.

—No quiero que me digas: «Yo me sentí mal». Quiero que cambies, es lo que te pido. Acaba ya con esto...

—Déjame un momento —me interrumpió mi padre en este momento. Se hizo un breve silencio y hasta yo creí que me apaciguaba. Pero entonces...—: Nos están viendo muchos, muchos millones de personas en España.

—No, papá, a mí no me están viendo muchos millones de personas. Yo te estoy mirando a ti. Estoy hablando contigo. Me da igual que haya quinientos mil millones de personas. No empieces a aludir a lo de siempre..., mírame y habla conmigo.

—Sí, pero tú no respetas. Te refieres a la radio, señalas...

—No, no, no —le contradije antes de que tomase de nuevo el rumbo equivocado—. No me refiero a la radio, me refiero a lo que te ha hecho a ti este oficio. Que no tiene por qué hacérselo al resto del mundo, lo que te ha hecho a ti.

—Cállate —me ordenó con un gesto imperativo de la mano—. Cállate ahora, que voy a hablar yo. Yo nunca soy más feliz..., nunca he sido tan feliz como...

—Tú nunca has sido feliz.

—Déjame que hable.

—¡Pero si es que me dices cosas que yo sé que no son! Si es que soy tu hijo y te veo. ¿Qué me vas a decir?

En ese momento, Jorge Javier, viendo que el hilo de nuestra conversación se desvanecía en un intercambio estéril, intervino:

—Alonso —me llamó la atención serio—, que conteste.

Mi padre dejó pasar unos segundos antes de tomar el turno de palabra que le habían concedido, por fin.

—Aunque a ti te suene a música..., cacofónica o celestial, no sé... —Hizo esos aspavientos suyos con la mano justo antes de mirarme a los ojos—: Cuando tu padre se pone delante del micrófono...

—¿Qué? —No pude evitar cortarle de nuevo—. ¿Eres la hostia? ¿Eres maravilloso? ¿Qué?

—No, déjame que acabe. No interpretes —me pidió antes de hacer otra pausa—. Tú no sabes lo que es hacer radio, Alonso...

Y yo no podía, sencillamente no podía quedarme callado. Él me volvió a pedir que le dejara, pero me era imposible no saltar ante sus palabras.

—¡Es que me estás comparando la radio con la vida! ¡No! ¡No te lo voy a permitir! —Y lo repetí—: ¡No te lo voy a permitir!

Cuando, tras un intercambio rápido, recuperamos la calma, mi padre se limitó a sentenciar:

—Alonso. Alonso... Cállate dos minutos. —Me miró a los ojos; su mano izquierda enfatizando el gesto—. Si no fuera por la radio, tú no estarías aquí.

Ahí estaba: el sitio por donde huir.

Se aferró a él y recompuso su postura mientras el público arrancaba un fuerte aplauso. Pero no fue eso lo que hizo que me venciera en mi silla. Acababa de encerrarse a cal y canto en su estudio de radio: aquel en el que la única voz que oyó durante años fue la suya.

—Tú me estás hablando de soledades —continuó mi padre, mientras yo balbuceaba con rabia, agachando la cabeza y llevándome las manos a la frente.

—¡Pero habla del presente! —le pedí cuando, finalmente,

conseguí alzar la mirada.

—Es que mi presente tiene que ver con el pasado. Porque si yo no hubiera encontrado la radio...

—¿Qué tiene que ver eso con hoy?

—Que mi camino ha sido la radio. Mi forma de vida ha sido la radio. Y lo va a ser hasta que me muera. —Y, por fin, confesó esa verdad que yo ya intuía—: Porque yo no puedo vivir sin la radio.

Y aquello que andaba buscando, sin saber muy bien qué era, mientras atosigaba a mi padre se reveló por fin: su confesión. En esencia, su respuesta ante todo lo que le conté, pedí y mostré a lo largo de las dos primeras entrevistas, y en aquel desesperado discurso, era la misma: que tenía una necesidad imperiosa de la que dependía su vida. Tan imperiosa era que aquella mañana en la que casi me muero de una sobredosis se subió a su coche y se marchó, alejando de mí la esperanza de verlo entrar por la puerta, de ser abrazado y perdonado antes de desaparecer para siempre.

Me puse de pie en medio de aquel plató.

—Pero, entonces, un momento... —Me moví hacia el público y deshice de nuevo el camino—. Si dices eso, entonces no me cuentes milongas. Dime: «Hijo, yo no he estado en casa porque para mí lo más importante es la radio». ¡Y te aplaudiré! Pero a ti la radio, eso que tú dices que es tu vida... —No me salía, no podía decírselo a él, así que me volví hacia el público de nuevo—: Y, perdonadme que os lo diga, pero es que me llama mucho la atención que aplaudáis. Vosotros no habéis visto a mi padre vivir durante cuarenta y seis años en los que no ha sido un hombre feliz nunca. Por mucho que diga que sabe hacer la radio, que para él es la vida... —Con las escasas fuerzas que me quedaban, me dirigí de nuevo a él—: Si la radio es la vida, te tendría que haber hecho feliz. Tendrías que haber estado en los momentos en los que los retos humanos te hubiesen aportado algo al alma, ¿entiendes? No merece nada la pena en esta vida, nada, que no sea el corazón y la mente. ¡Nada más! Ni la radio, ni cantar, ni el éxito, ni los aplausos, ni absolutamente nada. No te quiero herir, no he venido aquí a pegarte una bronca delante de todo el mundo —entre el

público se oyeron algunas quejas, como un regaño por mis palabras, pero yo tenía claro lo que me quedaba por decir—: He venido aquí a suplicar que, de una vez, papá, de una vez, acabes con esto.

Mi padre se levantó y me abrió los brazos.

Lo acepté, sabiendo que estaba hueco.

Nos abrazamos, volvimos a sentarnos, y después de todo, se hizo el silencio en el plató.

16

A solas con mi locura

Por fin, abandoné la habitación en la que me hallaba a solas con mi locura, aunque no volvería a tener contacto con mi familia durante mucho tiempo.

Parecía que todo había terminado. Lo agradecí. Deseaba llevarme a cuestas mi decepción, mi desesperación y mi tristeza. Llevármelas lo más lejos posible no de allí, sino de *él*. No merecía la pena, no había escuchado nada de lo que le había dicho, estaba convencido de su versión.

Sin embargo, Jorge Javier me sorprendió cuando, en vez de dar paso a la ronda de preguntas de los colaboradores, anunció que mi madre estaba al teléfono.

Por un momento quise creer que llamaba para intermediar, para protegernos, para salvarnos a los dos. Todos nuestros ademanes reflejaban el sufrimiento que padecíamos y, a fin de cuentas, ambos merecíamos sosiego.

Cuando su voz sonó al otro lado de la línea, lo hizo para empezar diciendo que nosotros dos éramos las dos personas más importantes del mundo para ella y que los dos estábamos llenos de defectos y de virtudes. Luego vino el *pero,* y, conteniendo el llanto, dijo que tenía algo que decirle a su hijo. A mí.

—Le quiero decir a mi hijo, a él, que sabe lo que hay entre nosotros, y que sabe que lo quiero como solo quieren las madres..., que no tiene derecho a hablar así.

Presentí la importancia de lo que estaba a punto de suceder.

Volví a sentir el retumbar de las explosiones de la trinchera desde la que batallaba lo más esencial de mí mismo. Aquello de lo que dependía mi cordura. ¿Derecho? El mundo entero podía no entenderme. Juzgarme. Condenarme, incluso. Tanto me daba. Podía asumir también estar equivocándome, estar haciendo el ridículo, estropeando mi imagen al repudiar públicamente a mi propio padre... Podía traerme muchas consecuencias, sí, pero ¿derecho? Tenía todo el derecho. A mí también me sangraban las heridas.

A continuación, mi madre evocó su pasado con mi padre: lo solos que estaban al principio, todo lo que habían luchado. Dijo que, si no miraba a su pasado, se quedaba sin su historia, y no me permitió interrumpirla.

—No es justo, no, no... No quiero que hables —me cortaba—. Esto es una cosa de familia. No es para hablarla aquí y no es para que me lleve esta noche a tu padre hecho polvo porque a ti te ha dado por la meditación y estás en otro mundo.

Sentí que mi propia madre me dejaba solo, una vez más. No lo había hecho nunca cuando se trataba de mi adicción. Ahora que mis hijos han tenido la edad que yo tuve cuando las drogas me atraparon, he conseguido vislumbrar lo que mi madre tuvo que sufrir por mí.

Precisamente por eso, porque yo mismo pude experimentar hasta dónde llegaba su amor de madre, me resultó siempre un tormento tratar de entender cómo podían convivir junto a aquel sentimiento las veces en que tanto ella como mi padre se escudaron en mi mal para que no quedaran a la vista sus propios defectos.

—Quiero que me oiga España —afirmó de un modo que me sonó profundamente ridículo. ¿Con quién estaba hablando y qué pretendía?—. Y quiero que me oiga decir que, si tu padre tiene defectos muy gordos, y que si yo he sufrido por tu padre, también es verdad que esa vida la elegí yo. Vosotros habéis vivido una vida que ni los hijos de los reyes —declaró entonces, y yo sacudía la cabeza pensando que se engañaba y pretendía engañarnos a todos —. ¿Que tu padre no ha estado presente? ¡Es verdad, ni siquiera

conmigo! Pero habéis tenido una vida que cualquiera puede envidiar.

Dijo algo más, sí. Algo ligeramente vago acerca de que mis hermanos y yo habíamos tenido mucho amor…, unas pocas palabras más que ya casi ni escuché, y colgó el teléfono.

La *Biografía del silencio* me catapultó a la búsqueda de este. Siguieron cayendo en mis manos libros que andaban persiguiéndome y me tomé la meditación muy en serio, más de lo que nunca hubiera podido imaginar.

Pensaba que tan solo era un método importado del lejano Tíbet, una práctica algo vana para vaciar la mente y conseguir cierto estado de calma. *El libro tibetano de la vida y de la muerte,* que también apareció inesperada pero oportunamente en mi vida, amplió la vaga visión que tenía de la meditación y del budismo. Estaba escrito por Sogyal Rimpoché, un maestro budista dedicado, entre otras muchas cosas, a la aplicación de los métodos tibetanos para atender y aliviar el sufrimiento de los moribundos.

Ahí estaba: la muerte, cuyo enigma, desde que me fuera revelado por mi tía Elena, marcaría mi infancia; la misma con la que conviví durante mis años de adicción; la misma a cuyo borde me asomé; la misma que nos espera a todos y ante cuyos miedos nunca pude permitirme el lujo, a pesar de mí, de posponer su consideración. Incluso cabe la posibilidad de que yo mismo me arrojara a sus brazos una y otra vez para intentar comprenderla. ¿Qué hay más importante que eso?

El prólogo del dalái lama daba cuenta ya del asunto:

> Es evidente que a la mayoría de nosotros nos gustaría tener una muerte apacible. Sin embargo, también está claro que no podemos esperar morir así si nuestras vidas han estado impregnadas de violencia o si nuestras mentes han estado agitadas predominantemente por emociones como la ira, el apego o el miedo. Por lo tanto, si deseamos morir bien, debemos aprender a vivir bien. Para tener la esperanza de una muerte apacible, debemos cultivar la paz tanto en nuestra mente como en nuestra manera de vivir.

A pesar de que se afirmaba que no se podía llegar a triunfar realmente sobre la muerte, ofrecían aquellas páginas una reflexión lúcida y una serie de prácticas milenarias para intentar minimizar su sufrimiento.

Dediqué la mayor parte de mi tiempo libre, que era mucho en aquellas semanas, a leer y a meditar. A partir de marzo comencé a hacer escapadas en solitario. Buscaba casas rurales en pueblos remotos, siempre entre semana, para que estuvieran desiertos, y empecé por primera vez a tratar conmigo mismo.

Durante el día caminaba sin rumbo entre solitarios bosques y montañas acompañado de mis perros. Me detenía de vez en cuando a practicar la respiración, la toma de conciencia del momento presente, la contemplación de las maravillas y horrores del mundo procurando ignorar tanto el apego como la aversión que pudieran producirme.

Por las noches leía, meditaba y pasaba, sobre todo al principio, largas horas hechizado ante el fuego de la chimenea, reconociendo en las sombras que reflejaba en las paredes de piedra mis peores miedos. Los más recurrentes ya eran viejos conocidos, y aún me faltaba un largo camino para percibir las sutilezas de mi mente confusa, pero por primera vez no sentía la necesidad de huir de ellos.

Me esforzaba por observar sin dejarme arrastrar. Veía cómo aparecían y operaban las emociones y los pensamientos en mi mente, en mi cuerpo y hasta en mi espíritu. No me resultó fácil, pero estaba advertido y eso apuntalaba mi confianza. Nunca he creído que hubiera respuestas rápidas para los grandes enigmas, y me gustaba de aquel método que sus maestros invitaban continuamente al cultivo de la paciencia.

Al tomar conciencia de mí mismo de esa forma nueva, me daba cuenta de cómo los viejos recuerdos agitaban mi respiración mientras me arrastraban a terrenos dolorosos. Como el de aquella mañana en la que fui a comprar drogas con mi hija, a la que aún llevaba en la canasta de bebé. El tugurio era de unos conocidos y estaba cerrado al público. Dejé a mi hija en la barra mientras trajinaba con mis asuntos. Aunque en aquel momento no iba

drogado, aquel recuerdo me infligía, cada vez que topaba con él, el castigo de revivir la irreversibilidad de aquel acto maldito.

Pero también pude constatar que a base de calmada contemplación iba diluyéndose su poder destructor. Y que todo lo que acontecía en mi mente empezaba y acababa. Al final, todo resultaba estar prendado de un carácter ilusorio y lo único que no cambiaba era el hecho de que, en realidad, todo había cambiado.

Repasé una tras otra todas las cosas que me torturaban como el que afronta, no sin temor, las distintas etapas de un proceso de purgación: primero, el sufrimiento, la ansiedad, la convicción de que no podría escapar de mí mismo; luego, el acercamiento a aquel Alonso joven, perdido y asustado con el que aún sigo hablando, y, por fin, la ponderación calmada de todas las circunstancias que se dieron y del potencial resultante de aquellos actos.

Repetí aquel ejercicio una y otra vez, miles de veces. Hoy por hoy sigo haciéndolo. Fui lentamente apaciguando mis demonios hasta que me sentí capaz de contarlos allí donde pudieran serme útiles: a través de uno de los programas de más audiencia del país.

Claro que quería hacer méritos ante mis directores, claro que había en mí ambición, vanidad y oportunismo. Eran muchas las cosas que estaban en juego y yo nunca he dejado de ser humano, ni lo he pretendido. Pero la razón que prevalecía, la más importante para mí, era que todo lo que estaba dispuesto a decir en aquellas entrevistas era lo que necesitaba contarle a mi padre desde hacía muchísimo tiempo. Si era necesario decirlo de viva voz a través de cada televisor encendido, me valdría si con ello conseguía que, por una vez, no pudiera evitar escucharme.

Quería que viera mi vergüenza, mi arrepentimiento y mi valor, para luego escuchar lo que quisiera decirme. En el fondo confiaba en que se sintiera por fin orgulloso de mí. Pocas veces le di razones para estarlo.

Pero nada de lo que habíamos dicho ni mi hija ni yo había llegado a sus oídos. El mundo entero me había escuchado y mi padre seguía sin hacerlo. Además, mi madre había entrado en escena posicionándose, de manera contundente, al lado de mi padre.

A la mañana siguiente recibí un correo de mi hermano cuyo asunto rezaba: «Carta a un hermano muerto». Yo le envié a mi madre una fotografía, la representación de un cuadro, *Saturno devorando a su hijo,* de Francisco de Goya. Son los actos de lo que, en el argot militar, se conocería como una *declaración de guerra.*

La contienda se libró en los platós de Mediaset. Ya lo había anticipado mi madre: «Quiero que me oiga toda España». No sé cuánto tiempo duró, pero se hizo eterna y trajo como consecuencia lo que todas las guerras: miedo, llanto, vergüenza, encogimientos del alma y del corazón. Odio, también, y estupidez y arrepentimiento, y el desamparo de constatar que en cada uno de nosotros habita un Caín capaz de cualquier cosa.

Como todas las guerras, aquella también llegó a su fin.

No se firmó ninguna paz. Solo dejé de hablar en público de ellos. Lo hice después de que un día mi madre, en directo y tras verse sometida a mucha presión, confesara lo que tanto tiempo llevaba yo necesitando: que, en efecto, no cumplió su parte del acuerdo. Solo entonces pude empezar a dejar de pensar que no estaba loco.

Nadie excepto ella conocía la verdadera historia de lo sucedido con la deuda de la productora y el pacto que hicimos. Fue entre ella y yo. Aceptamos pagar la deuda a medias, pero ellos nunca habían llegado a cumplir. Pudieron remediarlo al vender sus propiedades, pero no pudieron o no quisieron. Nadie decía nunca nada sobre el asunto. Nadie. Mientras tanto, Hacienda, la Seguridad Social, los bancos y los juzgados seguían cobrándose de cualquier honorario que yo consiguiera la parte a la que legalmente pudieran acceder.

Solo ella podía respaldar mi verdad, pero por alguna razón que no llegaba a comprender nunca lo había reconocido. Hasta aquel día. Mi familia, mis hermanos, cualquiera que me importase, y aun muchas personas que no..., pensaban que yo era el responsable de todo, y que mis reclamaciones, fueran en público o en privado, eran producto de mi locura.

Demasiados años de silencio sin nadie que me dijera que quizá, aunque solo fuera en alguna cosa, llevaba razón. Es muy extraño sentir que nadie te comprende y que quizá nunca te comprenderán. No sabría exactamente cómo clasificar ese tipo de soledad, me suena cósmica. No tienes nada a lo que asirte.

La sentía con tanta hondura que mi mente contempló, no en pocas ocasiones, la opción de la locura. Llegué a dudar de mí mismo muchas veces. ¿Y si la paz consistía en reconocer que no era más que eso? Un hijo convertido, por el efecto de las drogas, en un amasijo retorcido de algo que en su día fuera un espíritu noble. ¿Y si eso servía además para que mis padres fueran felices sin tener que enfrentarse a sus propios miedos? Estos, sospechaba últimamente, quizá fueran infinitamente más grandes que los míos. Quizá fuera más fácil el sacrificio y consentir.

Así pues, cuando, a pesar del escenario de crispación que reinaba en el plató de *Sálvame,* mi madre reconoció que dejó de pagar porque no tenían dinero, pude sentir al instante una profunda sensación de alivio.

No necesitaba más. Ya no hacían falta más batallas.

De todo aquel terrible enfrentamiento obtuve dos certezas en las que podía apoyarme de forma fiable para dar el siguiente paso. Una, que mi padre era incapaz de afrontar la verdad que compartíamos; la otra, que, a pesar de todo, no estaba loco, que no me inventaba las cosas, que en algo tenía razón, que en esto mi drogadicción no tenía nada que ver. Por fin, abandoné la habitación en la que me hallaba a solas con mi locura, aunque no volvería a tener contacto con mi familia durante mucho tiempo.

Cuando me contrataron en *Sálvame,* lo que suponía una gran oportunidad, estaba emocionalmente extenuado. Ningún logro me parecía digno, pues había sido a costa, con o sin razón, del sufrimiento de los míos, y no terminaba de tener claro si había merecido la pena. Lo que yo quería era recuperar a mi familia, pero la situación en la que habíamos quedado era insólita. No solo por la distancia —nunca habíamos estado tan alejados—, sino también por los oscuros sentimientos que respecto a los otros llegamos a sentir.

No duró mucho aquella primera etapa en *Sálvame,* pero no pude evitarlo. Siguieron sucediendo cosas que aparecían en mi vida por cuenta propia, por un motivo claro, y que la cambiarían por completo.

17
Ángeles de la guarda

Solo empezaba a intuir que, como ángeles de la guarda acompañando mi camino, había a mi alrededor tanta gente buena que bastaba con aprender a mirar para sentirme privilegiado.

Mi primera etapa en *Sálvame* duró desde principios de enero hasta finales de mayo de 2018. En ese momento, abandoné el programa de manera aparentemente abrupta. Nadie se lo esperaba: ni mis directores ni mi representante ni Angélica... ni siquiera yo mismo.

Aquellos cinco primeros meses habían sido, dentro del marco de lo profesional, muy complicados. Era un novato. Casi toda mi carrera se había desarrollado en el plano del entretenimiento y, en la gran mayoría de las ocasiones, como presentador. Sin embargo, mi reaparición televisiva había estado marcada por mi participación como concursante en un *reality show,* como entrevistado en un enfrentamiento descarnado con mi familia y, por último, como carne de cañón tras mi aparición en un programa *del corazón* en el que no terminaba de tener claro si mi papel era el de un colaborador o el de un personaje creado ex profeso para generar nuevos debates.

Tras el enfrentamiento con mi padre, mi imagen estaba, como mínimo, cuestionada. Me costaba encajar muchas de las reacciones del público, vertidas en las redes sociales con la despreocupación y el atrevimiento desmedidos que propician esos entornos digitales. Me costaba conciliar mi vida personal con el hecho de enfrentar la

opinión pública. En definitiva: no estaba cómodo.

Pero no era la primera vez que me topaba con dificultades laborales, ni la ignominia me era desconocida. Podemos llegar a ser seres muy crueles, y supongo que no podemos evitarlo. Yo lo he sido con los demás, lo sé. Los demás lo han sido conmigo. Lo extraño es que, siendo una cosa que padecemos todos —como tantas otras en estos tiempos—, seamos incapaces de pensárnoslo dos veces, de recordar el efecto que produce en nosotros mismos, antes de actuar contra los demás.

La meditación o, dicho de otra manera, el entrenamiento de la mente, a la que cada día dedicaba más tiempo, consiguió ir acallando poco a poco el ruido sobrante, permitiéndole a mi alma dejarse oír. Iba muy despacio, saboreando cada logro, constatándolos tras la comprensión de los textos o la consumación de las prácticas. Leía, reflexionaba, releía, retomaba y practicaba sin cesar para ir dando pasos seguros, por muy pequeños que fueran.

Con el paso de las semanas, aprendí a calmarme con relativa facilidad, aunque era una tranquilidad que solo conseguía aliviarme momentáneamente. No tardaba en volver a brotar de nuevo la angustia, pues la fuente de la que manaba seguía abierta. Lo siguiente era hallar ese pozo de oscuridad y sellarlo para siempre.

Al ir liberando mi mente de distracciones superfluas, podía concentrarme con más facilidad en lo importante. Me iba dando cuenta de cosas a las que antes, sencillamente, no prestaba atención. Me encantaban las prácticas encaminadas a la toma de conciencia del instante presente: darte cuenta de dónde estás, el suelo en el que te sientas, la oscuridad que te rodea… Cuando, por las noches, meditaba en el campo, acompasaba mi respiración con el rumor de los árboles mecidos por la brisa. Y, por fin, al final de todas las cosas, empecé a atisbar mi propia conciencia, confundida, de fe vacilante, abundante en pecados y remordimientos, pero vibrante y decidida a librar las batallas necesarias que la condujeran a la liberación.

Esa toma de conciencia se iba haciendo, poco a poco,

extensible a todos los aspectos de mi vida. Sobre todo, a aquellas personas que más me importaban, los que tenían que ver con la restauración de mi propia identidad. Solo empezaba a intuir que, como ángeles de la guarda acompañando mi camino, había a mi alrededor tanta gente buena que bastaba con aprender a mirar para sentirme privilegiado. Siempre habían estado ahí, como Gabriel, como Savita, como mi propia mujer…, pero yo nunca me había fijado.

Josefina se había puesto en contacto conmigo, a través de mis redes sociales, dos o tres semanas después de la primera entrevista en la que me sinceré en televisión.

Le he preguntado, antes de sacar adelante estas líneas, qué fue lo que la empujó a querer conocerme. Me dice que fue cuestión de intuición. Y yo la creo: me ha demostrado muchas veces a lo largo de este tiempo su capacidad para olfatear el sufrimiento ajeno.

Quedamos en la plaza de Santa Ana, cerca de su hotel. Me contó que acababa de llegar de Australia y que permanecería un tiempo en España para visitar a amigos y familiares. Mi entrevista era la razón por la que estábamos allí, así que no tardamos en abordarla. Había escuchado mi historia en la tele, especialmente las partes en las que hablaba de que estuve cerca de morir. Hasta ese momento nunca había reparado en ese recuerdo. Cuando me sobrevenía, solo trataba de quitármelo de encima como fuera, pero siempre me dejaba un poso de angustia. Contaba con que nunca podría desembarazarme de él, que siempre estaría conmigo, que era uno de mis peores pecados…

—¿Sabes? Tal vez deberías darle a ese momento, a esa cercanía de la muerte, un valor especial.

Con sus palabras, me puse tenso en la silla. Siempre me saltan las alarmas cuando alguien se anima a ofrecerme consejos sobre asuntos de tal envergadura. Pero ella no iba por ahí.

—Yo voy a volver a mi país para pedir una segunda opinión…, algún otro médico que me diga qué opina de mi

problemilla.

El *problemilla* era, en realidad, un problema cardiovascular muy severo. En su situación, no pudo extrañarme que hubiera desarrollado una extrema necesidad de optimizar cada instante.

—Pero la cuestión es que no pierdo de vista que la mía es una enfermedad imprevisible. —Hablaba con tanta naturalidad y confianza que cualquiera habría dicho que nos conocíamos de toda la vida—. Lo mío no tiene solución, al parecer. Puede pegarme en cualquier momento y el margen para las despedidas es bien escaso.

Había estado meses ingresada, me contó, no hacía mucho. La enfermedad había reclamado su protagonismo dejándola tan solo con un hilo de vida. Y no había sido la primera vez.

—Alonso, yo sé lo que es mirar a los míos sabiendo..., bueno, creyendo que era el final.

No necesitaba que me describiera la sensación. Me resultaba bastante familiar.

Descarté que fuera una charlatana. No era solo lo que contaba su voz, todo su ser hablaba. Me llamó tanto la atención que inconscientemente comencé a escudriñar en ella todo lo que expresaba, pero no decía. La sosegada urgencia de su mensaje, la preocupación por alguien desconocido, su miedo, su temor y la convicción arrolladora con la que navegaba entre sus sufrimientos. Su fe, su poder, su generosidad, la belleza de su desesperación..., tan distinta a la que yo había arrastrado durante años sin querer hacerla mía.

Seguimos hablando y encontramos nuestro nexo de unión. Uno que sigue manteniéndonos unidos a pesar de la distancia que nos separa. Tanto ella, por su problema cardiovascular, como yo, por mi adicción, vivíamos con un corazón que, perseguido por la muerte, podía decir «basta, no puedo más» en cualquier momento. Con una clara diferencia: en mi caso, aunque durante muchos años estuve convencido de lo contrario, tenía solución. A ella solo le quedaban la resignación y la incertidumbre.

Supongo que puede parecer un detalle menor, pero saberme privilegiado de esa manera marcó una diferencia muy importante, una que tuve muy en cuenta a partir de aquel momento, que me

sirvió y me sirve de gran ayuda. Desde aquel día, se convirtió en una luz que me guía.

En aquella plaza del barrio de las Letras, acompañado por una mujer a la que acababa de conocer, menuda y luminosa, cuya única pretensión, aparentemente, era que me diera cuenta de la utilidad de mi propia experiencia, me asaltaron todas las preguntas posibles: ¿por qué le importaba lo que fuera de mí? ¿Por qué había accedido yo a acudir al encuentro? ¿Por qué había aceptado conocerla? ¿Qué esperaba encontrar? Y lo más importante... ¿Quién la había puesto en mi camino?

La última semana de abril, Celestina se apagó para siempre.

Cuando conocí a la madre de Angélica, yo era de los que pensaban que a partir de cierto momento no merece la pena vivir. Ahora tengo serias dudas. Suelo pedirle a mi mujer que, si llegara el caso de que la enfermedad me prive de mi conciencia y tenga que decidir sobre prolongar o no mi vida, no titubeé más de la cuenta y corte la general. Pero en el fondo, y a tenor de lo aprendido con Celestina, cuento con que, como hace siempre con las decisiones importantes, no me haga demasiado caso.

Lo que se desarrolló en torno a Celestina durante sus años de enfermedad, prodigado por parte de Angélica y sus familiares, representaba la unión de todos, el consuelo, la esperanza, el triunfo de la vida. Por primera vez, me había atrevido a desear lo mismo: morir rodeado de mis hijos y familiares, seguro de que mi recuerdo los colmaría de amor y no de dudas.

Su fallecimiento hizo que pensara en Memé, mi abuela, y en su hermana, la tía María, mis otras madres. Yo desperdicié la ocasión de estar con ellas durante sus últimos momentos. Memé solo tuvo una hija y, después, mi madre también sería primeriza con una niña, mi hermana mayor, Rosa. Por las ganas con las que me acogió, era evidente que la abuela llevaba tiempo esperando un varón. Hasta que naciera mi hermano Andrés, un año después, tuve la gran fortuna de recibir su amor casi con exclusividad. Mientras mi tía María se hacía cargo de Rosa, Memé se volcaba conmigo.

Siempre mantuvimos esa conexión. Por lo que me cuentan, era difícil arrancarme de sus brazos. Adoraba a mi abuela.

Una noche llegué a casa sobre las tres de la mañana. Mi hermana me dijo que nuestros padres se la habían llevado al hospital. Yo estaba colocado. Decidí no darle demasiada importancia. Ya llegarían noticias. Me fui a la cama y no llevaría más de media hora dormido cuando mi hermana me despertó:

—¡Alonso! ¡Alonso! ¡Memé... se ha muerto!

No llegué a tiempo de besar su frente. Debería haber salido disparado en cuanto mi hermana me dijo que la habían ingresado. El frío que encontré cuando llegué no se me olvida. Aun así, no soy severo conmigo mismo por no haber acudido antes. No era tan disparatado esperar a que mis padres nos llamasen para saber si era algo grave, nadie esperaba aquel desenlace. Si me castigo es porque ignoré el presentimiento que me invadió en cuanto mi hermana me dio el aviso. A veces he pensado que aquel estremecimiento era ella despidiéndose de mí.

Mi madre me dijo que llevaba un pañuelo en la mano y que se le desprendió de los dedos justo al morir. Hubiese podido estar allí para recogerlo y guardarlo para siempre e incluso, quién sabe, vernos antes de que se marchara. No sabré nunca si hubiera podido servirle de consuelo; desde luego, ella a mí, sí. La duda de cuánto influyó en su infarto la preocupación por mi adicción es una carga que llevaré conmigo siempre.

Mi tía María se desmayó entre mis brazos, en la puerta de casa, cuando volvimos sin Memé. Lo supo antes de que nos diera tiempo a decírselo. Habían pasado toda su vida juntas, más de ochenta años sin separarse la una de la otra.

Con ella me duele aún más el remordimiento. Memé había muerto inesperadamente, lúcida y con fuerzas. Mi tía, sin embargo, se consumió despacio. Me dio tiempo de sobra de estar con ella. Y aun así no lo hice.

Sucedió años más tarde. Por aquel entonces yo era una terrible versión de mí mismo, una de las peores de mi vida: la única que se regodeaba de ser quien era. Andaba por la vida creyendo que todo era para siempre. Se lo permitía todo: las

drogas y el derecho a ser perdonado por cualquier acto. Nunca fui tan cruel con los demás —ni conmigo mismo— como en aquella época.

Leí en la puerta de la nevera pegado con un imán el informe del médico: «Proceso de involución irreversible». Entré en su cuarto, donde yacía frágil en la cama. Estuve con ella un rato, pero no recuerdo que me despidiera como si no fuera a verla nunca más. Me marché a Málaga, donde vivía, dejándola al cuidado de mi madre y mis hermanos. Me marché convencido de que no obraba mal, de que estaba justificado, de que así era la vida y de que yo la entendía mejor que nadie. No tuve en cuenta el infinito tiempo y amor que me había prodigado desde el mismo día que vine a este mundo. Me alimentó, me arrulló, me cantó nanas, lavó y planchó mis ropas y me protegió de una forma u otra hasta el fin de sus días. Cada vez que me cruzaba con ella me cubría de besos, caricias y palabras de amor.

Merecía que me quedara con ella, como hizo mi hermana hasta concederle Dios el regalo de que expirara en el seno de su abrazo.

Todo parecía conducirme a lo mismo. Mi gran dilema vital siempre había sido el mismo y, a través del proceso de meditación, mi mente consiguió identificar por fin con claridad lo que necesitaba: resolver mi problema con la muerte equivalía a resolver mi problema con la vida.

Una tarde de domingo, Angélica y yo escogimos una película al azar titulada *Lo que de verdad importa.* No esperaba mucho de ella, tan solo el consabido rumor de fondo con el que me gusta sestear en la sobremesa. Contaba la relación entre un hombre sin fe que poseía el don de sanar a los enfermos y una niña con un cáncer complicado. Era una película amable y esperanzadora. Sencilla. Pero guardaba un mensaje final a partir del cual me aventuraría a probar una experiencia que hasta entonces me daba pavor y que cambiaría mi forma de pensar: no solo la medicina sana, también lo hace la mera compañía, la sonrisa, el humor, la distracción, la

empatía, la amabilidad, y el hecho de compartir el miedo y la esperanza.

Puede que en otro momento se hubiera diluido la inspiración que me produjera aquella película, pero vinieron a apuntalarla Josefina y su relato de convivencia con la muerte, el universo de bondad que había girado en torno a Celestina, Savita y sus hermanas entregándole su existencia a Gabriel, Memé, mi tía María...

Me lancé a mi escritorio y abrí *El libro tibetano de la vida y de la muerte* por la página 233: «La compasión: la joya que concede los deseos». Había subrayado esa frase no hacía mucho tiempo.

> Atender a un moribundo nos vuelve dolorosamente conscientes de la mortalidad, no solo del enfermo, sino también de la nuestra. Muchos velos e ilusiones nos separan del duro conocimiento de que estamos muriendo; cuando por fin nos damos cuenta de que morimos, y de que todos los demás seres conscientes están muriendo con nosotros, empezamos a sentir la candente sensación, que casi rompe el corazón, de la fragilidad y la preciosidad de cada instante y de cada ser, y de aquí puede crecer una profunda, clara e ilimitada compasión hacia todos los seres. [...] Sentir toda la fuerza de nuestra propia mortalidad y abrirle completamente el corazón es permitir que crezca en nosotros esa compasión intrépida que todo lo abarca y que alimenta la vida de quienes desean sinceramente ayudar a otros.
>
> Así pues, todo lo que he dicho hasta aquí sobre la asistencia a los moribundos podría tal vez resumirse en dos palabras: amor y compasión. ¿Qué es la compasión? No es solamente una sensación de lástima o interés por la persona que sufre, ni es solamente un afecto sincero hacia la persona que tenemos delante, ni solo un claro reconocimiento de sus necesidades y su dolor; es también la determinación sostenida y práctica de hacer todo lo que sea posible y necesario para contribuir a aliviar su sufrimiento.
>
> La compasión no es auténtica compasión si no es activa.

A la mañana siguiente me puse en contacto con la Asociación Española contra el Cáncer y concerté una entrevista para hacerme voluntario en el hospital de Guadalajara.

Fui directamente desde el hospital a Telecinco. Esa tarde

participaba como colaborador en *Sálvame*. Quizá no hubiese sucedido nada si me esperara un día como otro cualquiera, pero resultó que me hallaba en el centro de una polémica. Algo que me pilló por sorpresa.

El planteamiento de los guionistas pasaba por un enfrentamiento cara a cara con mi oponente en el plató, algo de lo más habitual y hasta rutinario, pero que, aquel día, me resultó del todo imposible. En cuanto empezó el programa y me di cuenta del procedimiento, volví a tener la sensación de que algo superior a mí se imponía. No podía seguir.

Abandoné el programa en directo sin poder evitar llorar. No quería dejarlo, pero lo sentí como una renuncia necesaria que no podía obviar. Pasé mucho tiempo en el coche antes de poder arrancar. Tenía demasiadas dudas con todo como para seguir adelante con nada.

Mediaba mayo de 2018. Llevaba pocas semanas ejerciendo de voluntario en las plantas de oncología y el efecto que me había producido aquella experiencia había iluminado todo con tal intensidad que lo demás había quedado temporalmente en un segundo plano. Descubrí, no sin cierta sorpresa, que me gustaba estar en aquellos pasillos del hospital. Había temido no ser capaz de soportar la visión de la enfermedad, del sufrimiento, de nuestros últimos días, pero nada de aquello me perturbó: al contrario, estaba a gusto y me ayudaba a entender.

Por primera vez en mi vida encontré la verdadera calma y su origen. Daba igual que me equivocara, que metiera la pata, que sintiera vergüenza o miedo, que el paciente se pudiera enfadar, aunque, la verdad, esto último casi nunca sucedía. Todo lo contrario, la mayor parte del tiempo allí solo recibía gratitud. Pasara lo que pasara, me iba a casa sin dudas, sin fisuras, con la absoluta certeza de no haber desperdiciado esas horas y, sobre todo, como decía el libro, sintiendo mi propia mortalidad. Todos y cada uno de aquellos segundos tenían una utilidad clara, por muy difíciles que pudieran llegar a ser.

En el plató, por tanto, no pasó nada grave, pero sí algo importante, aunque solo para mí: me di cuenta de que aún no era

capaz de compaginar todo lo que estaba descubriendo con mi trabajo y, menos aún, con mi manera de vivir en general. No me sentía capaz de armonizar la fascinación que me estaba causando descubrir mi dimensión espiritual con la forma de gestionar mis quehaceres habituales. Me daba cuenta, por primera vez en mi vida, de la discrepancia que existía entre lo que sabía que quería y necesitaba mi alma, y mis actos ante las cámaras. Consideré, no sin temor a equivocarme, que lo que más me convenía era no cortar la corriente de pensamientos y emociones traídas del hospital con otro enfrentamiento público que requeriría la atención de mi mente, distrayéndola de lo que en ese momento más necesitaba. No podía seguir con mi vida de antes y atender al cambio interior que estaba viviendo.

Sencillamente no estaba preparado para hacer las dos cosas.

Así que me marché.

18

La muerte

Al pasarnos la vida eludiéndola, siempre nos parece que la muerte nos pilla por sorpresa.

Conocí a Elena y a Javier casi al mismo tiempo y en el mismo hospital, aunque por causas distintas. El destino había vuelto a tirar sus dados y mi vida entera estaba a punto de volver a estremecerse.

Durante mis primeras rondas de voluntariado, la habitación de Javier había permanecido aislada para evitar cualquier posible infección, porque su sistema inmunológico estaba muy debilitado, así que cuando por fin pude entrar, lo hice con ganas. La espera había acrecentado mi curiosidad y estaba deseando conocerle. Me lo encontré sentado a una mesa, mirando por la ventana.

Sobre la mesa había esparcidos unos ejercicios de matemáticas, unos cómics de *Mortadelo y Filemón* y algunos dibujos hechos por él. Me cayó bien desde el primer momento. En cierto modo, me recordaba a mí. Mis primeras lecturas fueron cuentos y tebeos. Entre mis preferidos estaban *Astérix* y, por supuesto, *Mortadelo y Filemón.* Aún conservo algunos ejemplares de mi infancia. Al igual que Javier, yo también dibujaba tratando de copiar, infructuosamente en mi caso, las genialidades de Ibáñez y Uderzo.

Empezamos a charlar sobre nuestros favoritos y me enseñó sus propios personajes. Me impresionó en todos los aspectos: no era un chaval cualquiera, gozaba de un mundo interior sorprendente. Le prometí llevarle algunos ejemplares de mi

colección para que los leyera y me contase qué le parecían.

Al salir, su madre, Inma, me acompañó hasta la puerta y me dio las gracias. Me habló de la gravedad del cáncer de Javier, diagnosticado un par de meses atrás. Esperaban un donante para un trasplante de médula y estaba muy asustada. Allí plantado, me sentí algo ridículo. Sus palabras eran demasiado conmovedoras. No pude evitar pensar en mis hijos, sobre todo en Andrés. Me sentía ínfimo ante la magnitud de lo que ellos estaban pasando y de su manera de afrontarlo. Mis tragedias empezaron a parecerme absurdas.

—Yo... —intenté responder vacilante— tengo un hijo de la misma edad, ¿sabes? Solo imaginar tu preocupación... En fin, piensa que aquí está en las mejores manos, y que todo va a salir bien.

Elena era amiga de Angélica desde hacía mucho tiempo. La había mencionado en muchas ocasiones, pero yo no la conocía personalmente. Sabía que habían compartido mucho tiempo juntas en su juventud y que desde hacía dos o tres años sobrellevaba como podía una terrible enfermedad: esclerosis lateral amiotrófica.

La conocí en el hospital. La ingresaron por una leve complicación y acompañé a Angélica a visitarla. Hasta ese momento, como muchas personas, supongo, siempre que imaginaba que me ponía enfermo prematuramente pensaba en el cáncer. Por su crueldad e incertidumbre, era lo que más temía que me pasara. Conocer a Elena cambió mi visión de muchas cosas.

En la habitación había bastante gente, pero solo recuerdo a Elena en la cama y a su madre de pie, a su lado, recibiéndonos con una cálida sonrisa. En ellas dos se resumía todo y relucían en su vínculo de dolor. La enfermedad estaba muy avanzada y Elena ya no podía moverse ni hablar, ni siquiera respirar sin la ayuda de una mascarilla de oxígeno.

Angélica se acercó y la besó, luego le acarició el pelo con la misma delicadeza con la que se lo atusaba a Celestina, su madre. Luego me la presentó. Nos miramos y me pareció que se alegraba

sinceramente de vernos.

Elena tenía un hijo de doce años, Óscar, que, como era normal, no lo estaba pasando nada bien. Había encajado muchos golpes duros en muy poco tiempo, y yo, en un intento de ser de utilidad, me ofrecí a enseñarle algo de boxeo en cuanto su madre saliera del hospital, para que se distrajera.

Empezamos antes incluso de que a Elena le dieran el alta. Dimos nuestra primera clase en el sótano del hospital y nos lo pasamos genial. Me sorprendí a mí mismo aprendiendo tanto de él como de Javier: la increíble fortaleza y capacidad de adaptación que tienen los niños; lo valiosos que son, como método de supervivencia, el juego, la creatividad y el humor. Al terminar quiso subir a la habitación de su madre para que le hiciéramos una demostración de lo que había aprendido.

Nos plantamos delante de su cama y procedimos ante un público agradecido y risueño compuesto por su madre, su abuela y la cuidadora. Utilizándome como *sparring,* Óscar hizo una breve exhibición de los golpes y llaves que habíamos practicado. Se mostraba contento y orgulloso, sobre todo cuando me retorcía el brazo. Nos reíamos todos.

Seguí yendo dos o tres veces por semana. Las sesiones solían acabar con una taza de café en la cocina con la madre de Elena. Nos gustaba charlar, y a mí, sobre todo, escuchar. Escucharla. Era una mujer sensible, inteligente y culta. Su historia de sufrimiento no empezaba con la enfermedad mortal de una de sus hijas: entretanto, el cáncer le había arrebatado a su marido, del cual estaba aún profundamente enamorada. Por último, aunque había podido superarlo, la enfermedad la había atacado también a ella.

Hablaba con valentía, sin esconder ni sus padecimientos ni lo que sentía. Era pura honestidad y sabiduría. La gente que sufre tanto dice las verdades más difíciles y duras, pero las más bonitas y útiles también. Me iba a casa con todo aquello y por la noche, después de cenar, me encerraba a leer, a repasar cada minuto de lo acontecido y a meditar sobre ello.

Me concentraba en los ojos infinitos de Elena mirando a su hijo. Y en los de su madre mirándola a ella, padeciendo el dolor de

las dos. ¿Qué sufrimiento era comparable a aquel? ¿Qué sentido tenía? ¿Quién se merece ver a su propio hijo despidiéndose para siempre del suyo sin poder siquiera tenderle los brazos?

Pensaba en mi hijo Andrés. En la posibilidad de que pudiese enfermar, en verlo postrado con una mascarilla de oxígeno. En qué sentiría si tuviese que mirarle por última vez... Pena. Angustia. Siempre había estado lejos de él y la vida me estaba enseñando, a través de la mirada anhelante de Elena, que en esos asuntos era mejor no perder tiempo.

Me acordé entonces de aquellas preguntas que lancé a Dios en su momento. Aquellas que nunca contestó y por las que tanto le había recriminado: «¿Por qué a mí? ¿Por qué tengo yo que ser un drogadicto? ¿Por qué sufro tanto?». Me acordé porque de pronto me daba cuenta de que las preguntas estaban mal formuladas. Más bien debiera haber empleado el plural: «¿Por qué nosotros? ¿Por qué el ser humano? ¿Por qué sufrimos siempre, de una u otra manera?».

Una mañana, a finales de julio, recibí un mensaje de la madre de Elena. Su hija por fin descansaba. En el funeral, al igual que con Celestina, pude volver a comprobar la importancia, el poder y la belleza de una familia bien avenida y el profundo significado del amor a la hora de compartir el dolor.

Una de sus hermanas subió al púlpito para leer unas palabras. Fue un discurso sereno, inteligente, hermoso y útil del que me he acordado muchas veces desde entonces. Nos dijo que no dejáramos de hacer todo lo que Elena no pudo hacer desde que enfermara. Cosas sencillas. Nada de lo que mencionó parecía complicado. Pasear, sentir la brisa en el rostro, abrazar, mirar, decir, respirar...

Amar.

Llegado septiembre aún me llamaban para colaborar en programas de la cadena, pero cada vez con menos frecuencia. Estaba muy desconectado de la actualidad del corazón y, en realidad, del mundo entero.

A decir verdad, todo lo que yo quería era seguir aprendiendo

de mis vivencias como voluntario. Combinadas con la práctica diaria de la meditación, estaban cambiando mi interior, mi mente y mi manera de pensar.

> Tomar en serio la impermanencia es liberarse poco a poco de la mentalidad de aferramiento, de nuestra errónea y destructiva imagen de la permanencia, de la falsa pasión por la seguridad sobre la que construimos todo. Poco a poco nos vamos dando cuenta de que todos los dolores que hemos conocido por querer asir lo inasible eran, en el sentido más profundo, innecesarios. Aceptar esto también puede resultar doloroso al principio, porque parece muy ajeno. Pero a medida que reflexionamos y seguimos reflexionando, nuestro corazón y nuestra mente experimentan una transformación gradual. Desprenderse empieza a parecer más natural, y se vuelve cada vez más fácil. Quizá necesitemos mucho tiempo para llegar a captar toda la envergadura de nuestra necedad, pero, cuanto más reflexionemos, más desarrollaremos una actitud basada de desprendimiento; es entonces cuando se produce un cambio en nuestra manera de verlo todo.[1]

No eran palabras vanas. Lo estaba comprobando a través de mi propia experiencia. Javier estaba en el Hospital del Niño Jesús: había pasado todo el verano preparando su organismo para un trasplante de médula. Cuando llegué a visitarlo, me encontré a su madre mirándolo a través de la pared de cristal que permitía a los familiares ver a sus allegados enfermos durante el proceso de aislamiento. Tras una noche larga y complicada, el chico por fin dormía.

Mi mente, perdida en paralelismos extraños, me hizo acordarme de mi madre. Al igual que la de Javier, también había vivido ese no poder hacer nada, nada más que esperar mientras su hijo se debatía entre la vida y la muerte. En su caso, la angustia se resolvería en horas; Inma, en cambio, vivía y vive con esa incertidumbre desde que a Javier le diagnosticaron su leucemia.

Estaba agotada. La noche había sido muy complicada. Los efectos secundarios de la medicación le habían provocado mucho dolor a Javier. Los médicos habían recurrido a todo, pero había transcurrido mucho tiempo hasta que, por fin, habían conseguido mitigarlo.

Al igual que Elena, Inma no tenía complejos a la hora de expresar lo que sentía. Lo hacía casi como una necesidad. Cuando habló, lo hizo como si aquello se la estuviera comiendo por dentro:

—Me ha pedido que le pusiera fin —susurró hecha pedazos—. Es solo un niño, y me ha pedido que le pusieran una inyección y que acabara con todo de una vez.

Viéndola allí, con las manos pegadas al cristal en un intento frustrado de abrazo, no era difícil imaginar que en su fuero interno estuviera pidiendo a Dios que la cambiara a ella por su hijo.

Antes de conciliar el sueño, rayando ya el amanecer, Javier le había contado en un susurro ronco todo lo que echaba de menos, que parecía poco, pero lo era todo. Viniendo de un chaval de quince años que transitaba en la frontera entre el sufrimiento y la muerte, solo podían esperarse las más puras verdades. Él, que prácticamente no había vivido aún, no anhelaba un gran futuro ni logros ni posesiones, solo el aroma de la comida que su madre preparaba cada día, y pasear con sus padres y hermanos por el campo.

Una vez más, contemplaba cómo de los sufrimientos más severos brota el anhelo de las cosas más sencillas. Si algo puedo aseguraros que no abunda entre los asuntos que trata la gente cuando encara su destino final es lo material. Nadie menciona el deportivo que tiene en el garaje ni la segunda casa en la playa. El ser humano, en esto como en todo, adquiere verdadera conciencia del valor y la fragilidad de la vida cuando ya no es posible posponer la realidad, cuando ya no le cabe duda de que va a morir. Me he dado cuenta, con el tiempo, de que ese descubrimiento tardío contribuye mucho a aumentar la angustia y la zozobra a la hora de partir. Daríamos lo que fuera por un paseo más, por un abrazo más, por un *te quiero* más. Nos pilla casi por sorpresa, nos deja con cara de idiotas a pesar de las muchas veces que lo hemos escuchado, o quizá precisamente por eso. La religión, la filosofía, la ética, la ciencia, las reflexiones tras las catástrofes como la pandemia por el covid-19, el pensamiento humano en general nos advierte de lo que es verdaderamente importante, necesario y bueno.

Pese a todas las demostraciones de nuestra insignificancia, seguimos actuando contentándonos tan solo con que alguien, nuestra ciencia todopoderosa, tal vez, nos venga a resolver el problema lo antes posible, de forma que nuestra manera de vivir y de pensar no se vea alterada, por muy absurda que se revele.

Al pasarnos la vida eludiéndola, siempre nos parece que la muerte nos pilla por sorpresa. Resulta que, aun siendo incierta y lo más importante, lo único seguro de nuestra existencia, no nos preocupamos lo suficiente a la hora de tomar las debidas precauciones. Eso influye en nuestra manera de vivir.

Al salir aquel día del hospital me senté en la terraza de un bar, orientado hacia el sol. Me pedí un café solo americano, encendí un cigarrillo y llamé a mis padres. Lo hice sin miedo y satisfecho, había llegado la hora de los perdones.

19

Un trozo de cielo azul

Siempre... siempre hay un trozo
de cielo azul.

A partir de enero de 2019 dejaron de llamarme con regularidad para que participase como colaborador en el programa. Me había quedado otra vez sin trabajo. La verdad, no me importó demasiado, al menos en primera instancia. Me dejó tiempo para prestar atención a mi espiritualidad como camino para buscar mi verdad, mi sentido, mi razón, mi porqué.

Uno de aquellos días, en una de las habitaciones que visitaba en el hospital, conocí a unas monjas. Una de ellas estaba enferma y nunca le faltaba la compañía de otra hermana. Allí, todos los pacientes que nos abrían su corazón —había otros que no lo hacían, y es comprensible también— siempre tenían necesidad de compartir su miedo, de contar cómo se sentían, de bromear, de llorar y, en definitiva, de distraerse. Era bueno y sanador.

Aquellas mujeres, en cambio, padecían de una manera distinta al resto. Estaban casi siempre en silencio. Pero no en un silencio pesado, sino en una calma serena. La que yacía en la cama parecía estar siempre durmiendo, aunque bastaba escudriñarla para adivinar su concentración. No parecía rehuir su propio sufrimiento, sino que lo abordaba con paciencia, y acabé por comprender —era bastante evidente, en realidad— que tenía a alguien con quien hablar y que, la oyera o no, le ofrecía cierto consuelo.

No importaba cuál pudiera ser su dios. El camino que indicaba llevaba a la comprensión del dolor, a su aceptación, a su

uso para otros. Nunca las oí lamentarse, solo esbozar amables sonrisas. Me hicieron pensar mucho. Eran la prueba viva de que todo está en la mente, y esa certeza, poco a poco, se iba desvelando como la más importante.

También María Ángeles, a la que conocí por las mismas fechas, me mostró otra perspectiva de la enfermedad. Miguel, su hijo, trabajaba en un centro de internamiento de menores, y yo había decidido probar otros voluntariados. A través de un compañero de Angélica impartí, durante unos meses, unos talleres de televisión para los chavales de allí, y así terminé dando con él y con su madre.

Las historias de aquellos chicos eran desgarradoras, brutales y sangrientas. Tras su apariencia de diablos, solo había, excepto en los casos estrictamente clínicos, niños que estaban solos. Niños perdidos. Niños nacidos en entornos de extrema pobreza e incultura, carne de cañón para las bandas, los narcotraficantes y las mafias, y a los que la sociedad ya había abandonado, como tantas otras cosas.

Aquel internamiento suponía para muchos de ellos una crueldad, y así me lo expresaban, pero no por los motivos que yo hubiera podido imaginar. Durante el tiempo que duraban sus condenas eran extraídos del pernicioso ambiente en el que vivían. Ya en el centro, les daban apoyo psicológico, charlas, disciplina... Les enseñaban un oficio y los orientaban hacia un futuro que tal vez mereciera la pena.

Pero, en cuanto acababan sus condenas y se quedaban sin la tutela del Estado, volvían al mismo arroyo en el que ya se ahogaran una vez, y lo sabían. No tenían otro sitio a donde ir ni herramientas para inventar una alternativa. Allí no había nadie que les dijera «estudia, aprende, esfuérzate, tú vales mucho». Todo lo contrario: las sombras los esperaban, frotándose las manos, para explotar la rebeldía, la fuerza y la ignorancia de su juventud.

Cada vez que uno de ellos me contaba su historia personal, me acordaba de mi hijo Andrés y temblaba solo de imaginar que algo así pudiera sucederle. Todo es posible, a fin de cuentas. La vida ya me lo había demostrado en mis propias carnes. Nadie está

a salvo de la tragedia, nadie, no hay sitio donde esconderse.

El puesto de Miguel estaba en la entrada, en la sala de cámaras. Coincidíamos en la puerta principal y aprovechábamos para charlar tomándonos el último café antes de entrar a nuestras respectivas ocupaciones. Un día lo noté cansado y le pregunté. Me contó que su madre estaba enferma desde hacía quince años y que, inevitablemente, gran parte de su tiempo estaba dedicado a su cuidado. Tenían días complicados. Vivían en un pueblo de Guadalajara y los días de quimioterapia eran especialmente largos, sobre todo cuando surgían complicaciones. Le dije que me gustaría conocerla y que me avisara la próxima vez que tuvieran que ir al hospital.

María Ángeles me gustó desde el principio. Seguía fielmente *Sálvame* y se alegró muchísimo de conocerme. Me contó cuánto la ayudaba el programa a hacer las horas más llevaderas y eso me reconfortó, y a partir de entonces me hice un asiduo entre sus visitas.

Recuerdo que solía apoyar su mano en mi antebrazo, para impulsarse hacia mi mirada, cuando me hacía una pregunta o me daba un consejo. Se le agrandaban los ojos llenos de ilusión o de trascendencia, hasta el punto de que uno olvidaba que los dolores la acompañaban desde hacía tiempo. No se debían a su enfermedad en sí, sino al deterioro de su organismo tras tantos años recibiendo tratamientos agresivos. Sin embargo, su mirada era especial, muy intensa, distinta a las que hasta ese momento había visto.

A pesar de su gravísima enfermedad, conservaba la ilusión y una viva esperanza. Me sentía a gusto con ella. Me trataba con muchísimo cariño, con esa capacidad que solo algunos tienen de vernos obviando todo lo malo que pueda haber en nuestro interior. Pero, sobre todo, me gustaba una capacidad suya: la de verter todo su ser en el instante presente. Abordaba cada cosa, ya fuera escuchar, hablar, sonreír, pensar o mirar, como si fuera lo único que existiera.

No estaba acostumbrado a ese trato y me sorprendió el efecto que me causó el que alguien ofreciera tal disposición... para estar. Sin más, sin prisa, sin la pretensión de añadir nada más a su mera

compañía. Hacía que me sintiera importante y hasta necesario. Cada vez que nos despedíamos me marchaba reconfortado.

Mi instinto no se equivocaba. Su manera de morir, meses después, fue una lección maravillosa, un ejemplo de que hay una forma de hacerlo con el temor justo y sin perder la esperanza.

Ella lo sabía. Un par de semanas antes nos vimos en el hospital. Estábamos juntos en la sala de quimioterapia.

—Estoy cansada —me dijo tranquila, con los ojos acuosos mientras se acariciaba el dorso de la mano, lleno de moratones. La enfermera le acababa de poner una nueva vía para inocularle su tratamiento.

Tuve miedo. Intuí lo que pretendía decirme. Recordé uno de los consejos aprendidos en mis lecturas, según el cual todo lo que debía saber es que una persona a punto de morir solo necesita amor, uno tan incondicional como sea posible, libre de expectativas.

—Te entiendo, no te preocupes.

Apoyó entonces la cabeza en el respaldo de la silla, cerró los ojos y una sola lágrima, de las más hermosas que he visto, rodó por su mejilla.

Falleció el 24 de noviembre, el día de mi cumpleaños. Cada uno es libre de pensar lo que quiera. Yo nunca he creído en las casualidades. Un par de días antes de morir despertó de su trance final, me miró fijamente y me dijo:

—Alonso, no eres malo.

Fue su último regalo. No podía por menos que otorgar cierta credibilidad a quien tan cerca estaba ya de Dios. No estuve en el momento final, pero Miguel me dijo que se fue en paz, sin sufrir, mientras dormía, y que sus últimas palabras fueron para decirles que de todos esperaba su perdón, que los amaba y que estaba agradecida.

Siempre estaré en deuda con ella. La llevo conmigo, en un sitio especial, muy cerca de mi corazón.

Los meses siguientes los dediqué exclusivamente al

voluntariado. Recapacité mucho sobre mi familia, mis hijos y mi vida. Esta vez desde la calma, el estudio, la reflexión y la guía que me ofrecían el budismo y la meditación, no desde la rendición o la desesperación. Y con la puesta en práctica de la compasión activa, la singladura de mi existencia fue cambiando.

No fue sencillo. Llegué a dudar absolutamente de todo, incluso de mi matrimonio. Me costó mucho conciliar lo espiritual con lo mundano.

Adquirieron tanta importancia para mí aquellos meses que no me preocupé ni siquiera de buscar trabajo. Había llegado el momento de reconstruir mi mundo y mi identidad, pero, esta vez, no lo haría sobre mis escombros. Savita, Gabriel, Celestina, Josefina, Javier, Elena, María Ángeles y otros muchos ángeles me habían señalado mi propio camino. Ellos me inspiraron para que me decidiera a reconciliarme no tanto con mi familia, mis padres, el mundo o Dios, que también, sino conmigo mismo, paradójicamente, la persona con la que menos había tratado.

Empecé por mi familia. A pesar de su virulencia, de la exposición pública, de los daños colaterales, de otra época glacial con ellos, nunca dejé de pensar que lo sucedido, además de inevitable, había sido beneficioso. Aun así, aunque todo aquello fue bueno para romper viejos moldes, habíamos sufrido mucho y estábamos heridos.

Me puse en contacto con ellos. Quería pedirles perdón y tratar de explicarme, aunque lo segundo era menos importante. Me importaba menos tener la razón. Empezaba a bastarme con comprenderme a mí mismo y hace tiempo que procuro escuchar más que hablar, al contrario de lo que había practicado toda mi vida.

Todos volvimos a llorar, es cierto, pero esta vez fue al abrazarnos, ya para siempre. Mi familia me ha perdonado y entendido, y yo a ellos también. Era cierto lo que dijo mi madre en el plató: no tenía derecho a quejarme por nada. Bajo todas las dificultades del mundo, que fueron muchas, mis padres mantuvieron incólumes el amor y la bondad que, junto a Memé y a la tía María, nos inculcaron a mí y a todos mis hermanos.

Aquella caja mía de recuerdos, que es ya parte de mí mismo, me ayudó a reinterpretar determinados acontecimientos a la luz de nuevos datos. La pelea televisada con mis padres y mis hermanos sirvió para que, por fin, cayera el complejo muro emocional que durante años me había mantenido alejado de ellos. Con la confesión de mi madre sobre el asunto de la deuda recobré mi cordura y pude terminar de cartografiar mi pasado.

Contaba, además, con el impagable apoyo y el amor de Angélica. En su regazo lloré las amargas verdades y mentiras que sobre mí mismo y los demás fui descubriendo aquellos días. Su paciencia, su amor, su dulzura y su bondad siguen siendo, hoy por hoy, lo que me mantiene firme. Ante la duda, solo tengo que observar sus dones.

Ella hace de forma natural todo lo que para mí sigue siendo un aprendizaje satisfactorio, pero costoso. Su trabajo como logopeda en un gabinete psicológico con niños y adultos con problemas como el autismo o distintas capacidades mentales me parece heroico, y aún se me escapa la sonrisa cuando la oigo mencionarlos poniéndoles siempre delante el pronombre posesivo *mi* o refiriéndose a ellos con un diminutivo cariñoso. Los adora y se preocupa por ellos más allá de sus obligaciones profesionales. Les lleva regalos, tartas caseras y promesas cariñosas; baila con ellos al terminar cada sesión, que siempre cumple. Es mi amor y mi maestra. Cada día me demuestra, a través de sus actos, lo equivocado que estoy.

—Sería mayo de 1966. Tu madre y yo fuimos dos náufragos que las olas llevaron a la misma orilla. Yo tenía tan solo veintidós años, llevaba un par de meses viviendo en Madrid, y ella..., algo más, creo. La única riqueza que teníamos eran nuestros sueños.

Aquella orilla era la Cadena SER. Él hacía sus primeros pinitos como locutor y ella era la recepcionista.

—¿Qué te gustó de ella, papá?

—¿Ella? Le gustaba a todo el mundo, hijo —dijo con sonrisa orgullosa—. Era preciosa y amable. Siempre la podías escuchar

tarareando *Doce cascabeles* desde su mesa. Oírla hacía que me sintiera seguro y querido por la vida.

—¿Cuándo te diste cuenta de que la amabas?

Guardó silencio mientras buscaba en su interior. Lo ha hecho toda la vida. Cada vez que le apremiaba, me contestaba que estaba esperando el brotar del sentimiento y de la palabra adecuada.

—Sería la tercera o cuarta vez que comimos juntos —dijo por fin—. Alonsico, cincuenta y cinco años después, aún me pregunto por qué aceptaba comer conmigo. Todo el mundo la quería, por su belleza o por su bondad o por su simpatía. La verdad es que, hasta ese momento, no sabía qué quería de ella... o con ella.

Ahora me encanta escuchar a mi padre. Casi no le queda rastro de amargura al contar su pasado.

—Estábamos terminando el segundo plato del menú, el más barato, ojo, en un restaurante de la calle Desengaño, cerca de la radio. De pronto, me dijo: «Voy a decirte algo», y yo, pues, con la seriedad con la que me miraba, sentí ansiedad y se me puso el corazón en la boca. Bebí un sorbo de agua, intuyendo que venía algo importante, y ella salió con eso: «Antes de que sigas pidiéndome que comamos juntos, tienes que saber que...».

Mi padre, el rey de la pausa dramática.

—¿Qué, papá? ¿Qué? Venga, hombre, ¡por Dios!

Él se sonrió al notarme impaciente.

—Pues me miró a los ojos y me lo contó. Que su madre y su tía dependían de ella, que su padre estaba preso en la cárcel de Kenitra, en Marruecos. Y que ella había tenido que venir a España ante el temor de entrar también en prisión. Y dejó para el final lo que, creía ella, podría parecerme menos aceptable: «Soy hija natural», me dijo. Y entonces, guardó silencio.

—Bueno, ¿y qué le dijiste?

—«Desde hoy, tus responsabilidades son las mías.» Y fue la decisión más acertada de mi vida.

Nos quedamos los dos en silencio.

—Alonsico..., ¿sabes cuáles son las únicas cosas ciertas en la vida? La incertidumbre... y la esperanza. El ser humano no puede sobrevivir a la primera sin el abrigo de la segunda.

Y yo, contento de haber aprendido algunas lecciones, sonreí con él.

—Lo sé, papá. Siempre… siempre hay un trozo de cielo azul.

Agradecimientos

Gracias a que mis padres tomaron aquella decisión de seguir adelante, estoy aquí sentado ahora, escribiendo estas líneas. Gracias a eso, soy una posibilidad. Todo lo demás, si se piensa bien, importa muy poco o nada.

Si mi editora, Sara, me lo hubiese permitido, habría escrito un libro de páginas infinitas, aunque solo fuera para que hubiera sitio en él para todas las personas que faltan. Me siento en deuda con ellos. Quería que constaran en este humilde libro con la esperanza de que, tal vez, pudieran servirle de asidero a cualquiera que necesite —como lo necesité yo— salvarse de sí mismo.

Desde que la gente me vio recuperado de mi adicción a la cocaína en televisión recibo muchos mensajes de gente que pide ayuda o consejo. Nunca sé qué contestar. Soy, sin duda, el peor de los ejemplos. He tardado veinticinco años en superarlo. No creo que pueda darle lecciones a nadie.

Mi única recomendación respecto a las drogas es, sencillamente, que no las consumas. Si, por desgracia, ya estás enganchado, lucha sin descanso. No pierdas ni un minuto: te destruirán a ti y a todo lo que te rodea.

Ahora bien, si me preguntas cómo ha de ser esa lucha…, ahí ya dejo de ser una fuente fiable. Por eso, quizá, terminé llegando a la conclusión de que todo lo que podía hacer era contar lo que me pasó a mí, y de lo que a mí me sirvió. No tiene por qué serle útil a nadie más, aunque, de corazón, espero que lo sea.

Yo empecé a curarme cuando tomé contacto directo con la enfermedad y con la muerte, durante mi voluntariado en el hospital de Guadalajara. Me maravillé del enorme poder de la ciencia y de la medicina. Su promesa es deslumbrante. Pero cuando ya no sirve ningún remedio, cuando llega la hora, cuando

estamos a punto de cruzar el umbral, ahí buscamos la mano de quien nos llora para que nos acompañe hasta la mismísima frontera, desde la que ya no cabe más que soltarnos y confiar ante la visión de lo que esté por venir.

Todas las personas enfermas —y sus familiares— que me han permitido y me permiten estar con ellas mientras luchan por sus vidas, todas ellas, son las que cada día me salvan. Algunas se han marchado y nunca las olvidaré. Están todas en mi corazón y su recuerdo me alienta cada vez que tengo dudas.

Nuestro momento más sincero es cuando llega nuestra hora. Todo lo que nos queda, impotencia, rabia, desesperación, miedo, cariño, paz y amor, es puro y esencial. Y todo nace de la verdadera comprensión del valor de nuestra existencia. El alma se queda desnuda.

Cuando me reconcilié con eso, todo lo que hasta ese momento había querido de la vida me pareció vano e inútil. Yo no dejé las drogas y cambié mi manera de pensar. No habría sido capaz. Aquellos ángeles me cambiaron, y a mi adicción no le quedó más remedio que replegarse.

Pero como pasó ya el tiempo del engaño, os seré sincero: aún la vigilo de cerca, miro a un rincón y sigue ahí. No me angustia: tengo sobradas fuerzas para luchar.

Notas

1. Sogyal Rimpoché, *El libro tibetano de la vida y de la muerte,* Círculo de lectores.

Un trozo de cielo azul
Alonso Caparrós

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2021

ISBN: 978-84-08-24343-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta